

EL

PALMAR

DE TROYA

EL ENIGMA

*“Por sus hechos
los conoceréis...”*

1890
1891

Es difícil, en muchas ocasiones, mantener el equilibrio y la objetividad, cuando se intenta reflejar en unas pocas líneas de escritura todo el alcance y trascendencia que pueden tener fenómenos, que, por no suceder cada día, sorprenden; y por afectar a las facetas de las creencias y del espíritu, pueden dañar a muchos; o despertar a muchos también una fe sin fundamento verdadero, sin suficiente fundamento, o sin fundamento ninguno.

Sería fácil, en este caso, atacar unos hechos, apariencias y convicciones —los que se vienen produciendo en el llamado Sagrado Lugar de Apariciones del Palmar de Troya— que hacen coincidir sobre ellos los argumentos adversos más contundentes, a la luz de las leyes eclesiásticas y de la ciencia. Andando por los caminos de la fe y de las creencias se anda casi siempre por terrenos resbaladizos e inseguros; sobre todo cuando se abandonan los cauces establecidos, los cauces ortodoxos. En este reportaje no defendemos los hechos que acaecen en el Palmar; pero tampoco les hacemos cara en un ataque más, de los muchos que se les han lanzado desde los orígenes de las apariciones. Si lo que pasa en la ya famosa aldea sevillana es obra malintencionada de los hombres, o una desviación del sentimiento religioso un poco especial de las tierras del Sur, caerá más tarde o más temprano en el olvido. Como tantos otros fenómenos similares. Si lo que se expone a lo largo de las páginas de este trabajo es un puro disparate, será este mismo disparate el que destruya su falsa consistencia y el que disperse por los cuatro puntos cardinales a los devotos hoy numerosísimos del Palmar, al igual que antes los convocó allí masivamente.

Nos hemos basado en todo lo que hemos encontrado a mano y en algo más: en los aspectos ocultos, intencionadamente o no, y en el testimonio de cientos de conversaciones con quienes son devotos y quienes no lo son, con indiferentes y con enemigos

encarnizados. La realidad, por encima de todo, y nuestras propias impresiones, han sido lo primero a la hora de tener en cuenta las bases del reportaje. No se hace en él tampoco filosofía. Sólo una exposición —hemos intentado que clara— de un cisma religioso en el seno de la Religión Católica que lleva camino de convertirse en el más espectacular de los últimos tiempos.

En un principio, tropezamos con el hermetismo de unos hombres, los máximos responsables del cisma, que no querían hablar; no por miedo a las réplicas, a las que ya estaban habituados, sino por no albergar el convencimiento de que nuestras intenciones eran limpias, es decir: temían ser tomados poco en serio, mal interpretados, o de una manera frívola, sin consideración y sin respeto. Pensamos que es digno de respeto todo lo que el hombre realiza con fe y con entrega, y, aunque desconocemos si alguien por detrás maneja los hilos invisibles pero resistentes de la trama que arrastra a miles de devotos en peregrinaciones continuas hasta el lentisco donde la Virgen se apareció, lo cierto es que existen muchísimas personas de muchos lugares de dentro y fuera de nuestras fronteras que creen que todo lo que ocurre allí es cierto. Y que obran en consecuencia y con valentía.

Importantes son también en este trabajo el aporte de los informes y mensajes atribuidos a la divinidad y que surgen bajo el cielo del Palmar con una gran frecuencia. Y una serie de hechos considerados como milagrosos por los creyentes, prodigios solares y apariciones masivas, contempladas por grupos numerosos y en muchas ocasiones. En algunos de estos sucesos hemos estado presentes e incluso nuestras cámaras han conseguido reflejarlos. No nos pronunciamos en ningún sentido con respecto a la veracidad o falsedad de los fenómenos palmarianos, entre otras cosas porque no sería honesto, no ya para con nosotros mismos, sino para mucha gente sencilla que se vería herida, sin duda, en lo más íntimo.

En vista de nuestra decisión firme de llevar a cabo el empeño hasta concluir como fuera este libro, los ya obispos palmarianos, cabezas visibles de la nueva orden de los Carmelitas de la Santa Faz, nos pusieron en las manos toda clase de facilidades; nos recibieron siempre y nos brindaron documentos y fotografías que ellos habían guardado hasta entonces como objetos valiosos.

“Dios les ha puesto a ustedes en el camino del Palmar para que difundan sus excelencias”, nos dijeron. No llegamos a creer nosotros tanto, pero aceptamos esa especie de reto, aun a sabiendas de que el compromiso tenía sus dificultades y nos acarrearía problemas. Y una vez en marcha, muy metidos en faena, los devotos palmarianos se dividieron en dos grupos: los partidarios de que el libro se llevara a cabo con la colaboración de todos ellos, y los que preferían no colaborar en absoluto, seguramente previniéndose contra lo que ellos pensaban que podría convertirse en un ataque más a sus actividades y a su fe.

Quizá lo que más distingue a los fenómenos palmarianos de otros de su especie es el hecho de que los seguidores incondicionales, los que no se permiten duda alguna, los devotos de buena fe, no son en este caso personas de baja condición social ni de ínfima cultura, como es lo clásico, ni pertenecen a núcleos de población pequeños y aislados, incomunicados, características que parecen ser comunes en otros lugares de apariciones y mensajes, tanto de España como de otros países. Los devotos del Palmar de Troya, los auténticos, no los meros curiosos que se acercan un domingo a ver qué ocurre por allí, pertenecen, en general, a la clase media acomodada, existiendo entre ellos muchos universitarios, profesionales y artistas. También, y sobre todo en los últimos meses, una buena parte del clero ortodoxo ha cambiado sus hábitos de años por los de la nueva orden cismática.

Otro aspecto en el que hay que reparar es el número tan considerable de extranjeros que se van sumando al proceso heterodoxo iniciado en la provincia de Sevilla hace muy pocos años y que lleva camino de no terminar nunca. En el seminario del Palmar, más de un 80 % de los internos proceden de fuera de nuestras fronteras, apareciendo a la cabeza de la estadística, con buena ventaja, Irlanda. Y en el convento de las Reverendas Madres Palmarianas, todavía pequeño en espacio, pero grande en proyectos, residen alrededor de medio centenar de hermanitas, y la lista de solicitudes de ingreso, en espera de un convento de mayores dimensiones, pasa del millar ya, seguramente.

Si se piensa seriamente en las motivaciones del cisma que ahora surge con tan enorme vitalidad, hay que terminar hablando del desconcierto espiritual que ha provocado en la Humanidad

dad el progreso desmesurado, y las guerras postreras, y la desintegración de la familia; la deriva de las iglesias que hasta hace poco tiempo parecían firmes como rocas. En suma, la soledad que oprime las espaldas de los hombres de todos los continentes como una pesada losa. Porque el ser humano necesita creer en algo superior, y, si lo que tiene se derrumba, se ve en la obligación de una nueva búsqueda, de una nueva esperanza. O la inventa y la sigue con la fidelidad de un perrillo faldero.

Que cada cual, al terminar la lectura de este libro, obtenga sus propias conclusiones. Nosotros nos limitamos, simplemente, a exponer lo que allí está ocurriendo y algo de lo que, posiblemente, de seguir el cisma la andadura que lleva, ocurrirá.

“Y acaecerá en los días postreros, dice Dios, que derramaré de mi Espíritu sobre toda carne; y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas; y vuestros jóvenes verán visiones; y vuestros ancianos soñarán ensueños; y aun sobre mis siervos y sobre mis siervas en los días aquellos derramaré de mi Espíritu, y profetizarán. Y obraré portentos en el cielo arriba y señales sobre la tierra abajo...”

(profeta JOEL)

UNA PRIMERA VISITA AL PALMAR DE TROYA

Era el día doce de octubre del pasado año. Por toda Andalucía se había extendido, durante las semanas precedentes, una abundante propaganda que convocaba a todos los fieles marianos en general, y a los devotos del Sagrado Lugar de Apariciones del Palmar en particular, a una magna concentración. Las octavillas distribuidas hacían explícito el deseo manifestado por la Santísima Virgen de ver allí en esa fecha a muchas personas. También la propaganda rebasó los límites de las provincias del Sur y llegó, en forma de cartas urgentes, telegramas y llamadas telefónicas, a todos los puntos de la geografía española y a muchos lugares de más allá de las fronteras. Se anunciaba a la vez la posibilidad de presenciar grandes prodigios, como parece que es norma, cada vez que ocurren este tipo de concentraciones. Los anuncios impresos se habían colado en los bolsillos a través de los buzones de correspondencia, sin saber nadie quién se había encargado de eso ni cómo se había llevado a efecto. Pero el despliegue propagandístico fue masivo y resultó eficaz. En cada provincia, en cada población, se organizaron viajes colectivos y los automóviles de turismo, conducidos por la fe o por la curiosidad, poblaron las carreteras cercanas a Sevilla de un tráfico nervioso y apresurado.

Desde muy tempranas horas de la mañana iban acudiendo devotos, escépticos y domingueros, en un doce de octubre que se presentó lleno de sol y con una temperatura de verdadero verano tardío. Hacía calor y el aire ni se movía. Todo invitaba a pasar unas horas reconfortantes en plena Naturaleza, lejos del bullicio y los humos contaminantes de la ciudad. Algunos creyentes llegaron el día anterior y vieron transcurrir la noche entre cánticos religiosos y rezos y procesiones, bajo la bóveda oscura del firmamento, mientras en el altar sencillo, casi una improvisación de esas que se hacen por aquí y que luego duran toda una

vida, estaba expuesto el Santísimo en una custodia de oro orlada de rayos resplandecientes. La propaganda habitual, octavillas y circulares, se había expresado con los siguientes términos: "El día 16 de julio, festividad de la Santísima Virgen del Carmelo, la Santísima Virgen se apareció a Clemente Domínguez Gómez durante la solemne procesión con la imagen de Nuestra Madre del Palmar, y le transmitió el siguiente mensaje:

Mis queridos hijos: Todos los que están presentes, os doy mis más expresivas gracias. Estoy muy contenta con vosotros.

Hijitos queridísimos de todas las naciones, que habéis venido a este Sagrado Lugar: Todo esto está lleno de ángeles, complacidos de vuestra presencia en este Sagrado Lugar. Hoy ha sido una de las peregrinaciones más importantes que ha habido aquí: Con mucha oración, mucha penitencia, gran culto solemne, mucho amor y recogimiento. Hoy ha sido un día grande en la historia del Palmar de Troya. ¡Haced mucha oración y penitencia! Los acontecimientos están ya ahí, ahí mismo, a la vuelta de la esquina. Hijitos queridísimos: ¡Redoblad vuestra penitencia! Los acontecimientos ya están próximos, muy próximos. Pero, mi corazón, ha sentido hoy una gran alegría, un gran gozo, al ver y contemplar a todos estos hijos míos, de tantas naciones, que han venido a postrarse a mis plantas. Gracias a todos vosotros.

Y, ahora, hijitos míos, quedan establecidas las siguientes peregrinaciones para todo tiempo que venga. A saber: 12 de octubre, festividad del Pilar, fin de año y entrada del Nuevo año, Semana Santa y Resurrección, y mi gran fiesta del Monte Carmelo. Así, para todos los años.

"PROXIMA PEREGRINACION —rezaba la propaganda, en grandes caracteres— **DIA DOCE DE OCTUBRE, Sacerdotes, enfermos, devotos todos de María: ¡ACUDID AL PALMAR DE TROYA, LUGAR EN DONDE SE VIVE LA AUTENTICA FE CATOLICA, APOSTOLICA Y ROMANA, EN DONDE SE CONSERVA LA SANTA TRADICION Y SE CELEBRA LA SANTA MISA TRIDENTINA, LATINA, DE SAN PIO V! ¡VIVA NUESTRO SANTISIMO PADRE EL PAPA PABLO VI VICARIO DE CRISTO!"**

La concentración a la que se referían las octavillas fue una de las más numerosas, si no la más, de las que allí se han producido. Según cifras facilitadas por algunos de los presentes, el número de personas anduvo rondando los cuarenta mil, aunque, a juicio de los servicios de Tráfico que controlaron aquel día el discurrir de los vehículos por las carreteras de la comarca, no debió superar la cifra de veinte mil. Sea de la manera que sea, lo cierto es que fueron varios miles los que accedieron a la aldea del Palmar, en una temporada de verano que, por aquellos lugares, a causa del fuerte calor, es difícilmente atractiva.

A la sombra frondosa del éxito conseguido por aquella manifestación masiva de fervor mariano y de curiosidad, el doce de octubre, como ya podía preverse desde las primeras horas de la mañana, no iba a irle mucho a la zaga, en cuanto a expectación y concurrencia se refiere. A lo largo de todo el día siguieron llegando automóviles y autobuses que ostentaban en la placa de sus matrículas el símbolo de las más variadas procedencias. Se veían coches de Madrid, Valencia, Sevilla, Valladolid, Granada, Murcia... Algunos autocares habían emprendido el viaje, con unos días de antelación, desde Francia, Alemania y Austria. Muchos devotos, la mayoría, llegaban vestidos con el hábito del Carmelo, según había establecido —dicen— Jesucristo en previos mensajes comunicados en el Sagrado Lugar de Apariciones; y exhibían, sobre pecho y espalda, de forma un poco ostentosa y desafiante, un gran escapulario sujeto al cuello con un par de cintas rojas. Predominaban, como es natural por la proximidad geográfica, los españoles, y, de ellos, los de las zonas vecinas a Utrera; pero la concurrencia extranjera era numerosísima, se podría asegurar, por las lenguas que se oían y por su aspecto, procedente de los cinco continentes. Entre ellos, muchos sacerdotes.

—¿Ha visto usted a la Virgen alguna vez? —preguntamos a un hombre viejo, de apariencia campesina, sin duda vecino de la aldea del Palmar, a un kilómetro escaso del lugar donde iban concentrándose desordenadamente los vehículos, desamparados del sol de fuego, sin conseguir refugio bajo los árboles, tan escasos que no suman más allá de la media docena.

—Nunca —respondió el viejo—; yo no he conseguido verla nunca. Y eso que llevo viniendo hasta aquí casi todos los días,

desde que empezó esto de las apariciones y de los mensajes. Y no será por falta de fe, que más que yo pongo en duda que alguno la tenga.

“Pues sí que empezamos bien”. Y desenfundamos las cámaras fotográficas, buscando motivos para el disparo, sin perder la esperanza de que podríamos encontrarlos. Sobre el paisaje marrón del barbecho desnudo —parece mentira que esto sea Andalucía— numerosos grupos de personas, arrodilladas, rezaban rosarios y viacrucis, o entonaban cánticos religiosos ya de feliz recordación, porque no suelen oírse por parte alguna. Cada misterio del Santo Rosario, cada estación del viacrucis, cada estrofa cantada con más voluntad que acierto, les iba acercando unos metros más hacia el altar erigido en la colina que hoy se conoce con el nombre de Cerro de Cristo Rey, y sobre el que se levanta y destaca sobre el fondo azul purísimo del horizonte sin fronteras la Imagen de la Santísima Virgen del Palmar. Iban dejando en la tierra seca un sendero de polvo liso y machacado sembrado de huellas de rodillas y de pasos. Arriba, alrededor del altar, muchos brazos en cruz parecían despedir por sus extremos temblorosos y cansados las mudas oraciones y las súplicas que brotaban del fondo del corazón. Había en el ambiente una paz absoluta, un silencio adornado solamente por los rezos que se perdían en el aire, un orden y una devoción verdaderamente insólitos, porque allí no dirigía nadie a los miles de devotos que habían acudido. Junto a la carretera, donde comienza el sendero que conduce a lo alto de la colina, hay una cruz blanca de madera con una fotografía del Papa Pablo VI y otra imagen de la Santísima Virgen presidiendo el dilatado paisaje desde un sencillo monumento de piedra. El sol caía a plomo sobre las espaldas y sobre los rostros que anhelaban ver aparecer por el cielo algún prodigio.

Un autocar, que procedía de Valencia, se detuvo al borde de la carretera. “Hemos visto a la Virgen Santísima —afirmaban los que descendían del vehículo—; la hemos visto todos. Todos.” Y, atropelladamente, excitados todavía por la impresión del acontecimiento, relataron que por la carretera, mientras se deslizaban entre los olivos sobre las suaves lomas cercanas a Utrera, cuando el autobús, largo y veloz, recorría ya sus últimos kilómetros y los viajeros, cansados, oteaban el horizonte diáfano.



Desde muy tempranas horas de la mañana iban acudiendo los devotos.

no, con la intención de reconocer algún detalle del paisaje, algún cortijo con palmeras o la torre alta y fina de una iglesia afilada como una aguja, entonces se produjo el hecho milagroso, el prodigio. Iban rezando el rosario por enésima vez. De súbito, unos pocos metros por delante del parabrisas curvo y panorámico, se produjeron una llamarada deslumbrante y un ruido lo más parecido a una terrible explosión, ensordecedora, atronante. Y, sobre la cinta azul oscuro, o gris, de asfalto ondulante, la Santísima Virgen, vestida de blanco, abriendo en un gesto maternal su manto de color celeste, se apareció, envuelta en una especie de nebulosa resplandeciente. La visión duró apenas unos segundos, mas los suficientes para que todos los ocupantes del vehículo pudieran contemplarla y adorarla. "Fue algo maravilloso", afirmaron.

Al grupo de valencianos vino a unirse una señora.

—Yo también he visto a la Virgen —dijo con mucho entusiasmo—; yo también la he visto, esta mañana, nada más llegar.

—¿Y cómo ha sido eso? —preguntamos.

—Muy bonito; muy bonito. No pueden ustedes hacerse una idea. Comencé viendo una especie de copos de nieve muy pequeños delante de los ojos; y luego, de pronto, los copos de nieve se convirtieron en el manto blanco de la Santísima Virgen. Y dentro, poco a poco, se fue aclarando una figura que era ella, era ella...

Mientras el día avanzaba, el número de los que acudían al Palmar se iba acrecentando. Se formaron grupos en diferentes sitios, junto al altar, a la entrada de la finca, al pie del monumento a la Virgen, o en las proximidades del pozo, cuya agua, por intervención divina, aseguran, cura todas las enfermedades del cuerpo y del alma. Todo dentro de un recogimiento total, con un gran respeto.

No existía —ni existe en la actualidad tampoco— el más mínimo comercio allí; ni siquiera es posible adquirir un escapulario o una reliquia. Aquello no se parecía en nada, ni se parece, a las típicas manifestaciones religiosas populares, que tanto se prodigan por las provincias del sur, y en las que cada uno procura



Aspecto de la aldea de El Palmar de Troya.

arrimar el ascua a su sardina, vendiendo estampitas del santo que se venere, recuerdos o velas, o instalando una tómbola de muñecas y cubos de plástico y pelotas cuya estridencia acompaña los rezos y procesiones a través de potentes altavoces de voz metálica. No, allí no había, ni hay, puestos de chucherías ni de tabaco, ni kioscos de bebida, ni se vende absolutamente nada.

Al caer la tarde, se celebró una misa solemne. Algunos videntes entraron en éxtasis y recibieron mensajes de Nuestro Señor o de la Virgen. Los devotos o curiosos que estaban próximos a ellos, los rodearon y contemplaron durante largo rato sus caras arrobadas, sus brazos abiertos, mientras podían oír perfectamente los diálogos que sostenían con las apariciones. “Tras una lluvia de menudos pétalos de flores, pálidos y rosados —relata una señora— se ha aparecido la Virgen a media altura entre el cielo y el barbecho”. Todos los que tenían que estar, por devoción o por divertimento, se encontraban ya en el Palmar; algunos, obedeciendo órdenes divinas, se cubrían con gruesas capas largas de paño marrón. Había refrescado mucho y la temperatura volvió a ser como debía, esto es, otoñal; y una brisa tenue llegaba procedente del oeste, del Atlántico. Paulatinamente, la tonalidad azul purísimo del cielo se fue tornando de un color morado, cada vez más oscuro. Los cánticos y rezos parecían oírse entonces con más intensidad, mientras el altar, sobre la curva de la colina, más bien un alcor, y el tosco monumento y la sencilla cruz, moteaban la oscuridad con los centelleantes puntos de luz de sus bombillas eléctricas y sus velas.

—Cuando vine por primera vez —cuenta el conductor de uno de los autobuses— no creía en esto, qué va. Recuerdo que aquella noche, mientras la gente se congregaba en torno al monumento y hacía procesiones y rezaba, subiendo y bajando sin cesar desde el altar al portillo de la tapia, así hasta el amanecer, yo me tumbé sobre uno de los asientos del coche para dormir, ya que el viaje de regreso, con el grupo que había traído, era muy largo. Estaba muy cansado. Y dormí profundamente, hasta que el sol comenzó a asomar por lo alto de la loma donde está el monumento. Y, oigan, no se me olvidará: sobre el sol, como clavada en él, ascendía también una gran cruz negra perfectamente trazada. Muchos vieron aquello lo mismo que lo vi yo. Desde entonces creo ya lo creo que sí. Y solamente una vez de



Muchos devotos vestían hábito y exhibían grandes escapularios.

las numerosas que he venido a traer devotos, no vi nada; las demás, todas. Siempre vi algo.

—¿Siempre?

—Siempre. Menos esa vez que digo, siempre tuve visiones. Me acuerdo una noche, cuando estaba rezando de rodillas allá arriba al lado del altar, en el que estaba expuesto el Santísimo, de pronto, yo creo que me estaba quedando un poco dormido, oí algo parecido a una explosión, y en el lugar que ocupaba la custodia lo que estaba era un busto de Nuestro Señor, de perfil, chorreando sangre por la cara. Yo no me podía creer lo que estaba viendo y me acerqué para contemplarlo bien. Entonces volvió a aparecer la custodia con el Santísimo en el lugar donde estaba la cara de Nuestro Señor. Volví a mi sitio, sin conseguir explicarme aquello, y cuando empezaba a dudar de que hubiera sido real la aparición, ¡zas!, otra vez la explosión y el rostro de Jesucristo chorreando sangre por la mejilla abajo. Lo mismo que les cuento me ocurrió cuatro o cinco veces. ¡Qué cosa tan maravillosa! ¿Cómo no voy a creer ahora? Y menudo era yo antes con los asuntos de la Iglesia...

—Si van ustedes a escribir algo de esto, digan la verdad.

De entre la muchedumbre de devotos se destacó un pequeño grupo hasta nosotros. Nos habían visto tomar fotografías y hablar con muchas personas. Se adelantó Escolástico Medina, apóstol palmariano de Andalucía Oriental.

—Digam la verdad. Las pocas veces que la prensa se ha ocupado de nosotros y de los fenómenos que aquí están sucediendo, lo ha hecho sin seriedad. Todo lo que ustedes ven aquí es obra exclusivamente de la mano de Dios, que nos está poniendo ante los ojos toda la grandeza que posee para que podamos contemplarla y no tengamos la más mínima duda. Y algunos, ni así quieren verla. Vengan. Les voy a presentar a Rosario, la vidente; luego les presentaré a Clemente, por si quieren hablar con él.

Durante nuestra conversación con la vidente Rosario Arenillas nos rodeó un nutrido grupo de personas, curiosos por escuchar sus confesiones.

—¿Ha visto hoy a la Virgen?



Iban dejando un sendero de polvo, sembrado de huellas de rodillas y pasos.

—Sí, esta mañana. He visto a la Santísima Virgen y a Nuestro Señor.

—¿De verdad que los ha visto?

—Igual que los estoy viendo a ustedes ahora.

—¿Igual?

—Exactamente igual.

—¿Dónde los ha visto?

A la vidente pareció no agraderle el interrogatorio y comenzó a ponerse nerviosa.

—A la Santísima Virgen allí, en medio del cielo; al Señor, sobre el suelo.

—¿Sobre el suelo?

—De pie sobre la tierra, sí. Al Señor, yo, no sé por qué, siempre lo veo en el suelo.

—¿Y cómo los ha visto?

—¿A qué se refieren?

—Que cómo los ve, si de pie, de tamaño natural...

Habíamos colmado la paciencia de Rosario Arenillas.

—Con la misma claridad —respondió un poco fuera de tono— con que les estoy viendo a ustedes la maldad que traen.

Los que nos rodeaban se removieron sorprendidos.

—Se refiere —medió una voz anónima— a la maldad que tienen ustedes como seres humanos.

(“Vaya; menos mal”. Y el suspiro nos salió de los talones.)

Todo el mundo esperaba presenciar algún prodigio. Se comentaban todavía con admiración los últimos milagros atribuidos a la intervención de la Santísima Virgen. El 16 de julio pasado, tras haber bebido del agua bendita del pozo, una muchacha sordomuda de nacimiento, que había acudido con fe desde un lugar cercano al Palmar, comenzó a hablar a gritos, ante el estupor de todos los presentes. Y eso no fue nada. Unos meses antes, un joven de Albolote (Granada), llamado Antonio Escobar, parálítico, que se arrastraba de un lugar a otro con mucha dificultad apoyándose en dos muletas de madera, curó de su enfermedad, que, a decir de los médicos era incurable a la luz de la Medicina actual. Antonio fue llevado hasta el pozo del Palmar de Troya por unos familiares y amigos en un automóvil. Una vez allí, rezaron todos y rogaron a la Virgen por su curación, mientras el parálítico bebía tragos y más tragos del agua mila-



Imagen de la Divina Pastora, a la entrada del lugar de las apariciones.

grosa. Entonces, una vidente entró en éxtasis. Entre ella y la Santísima Virgen se estableció un largo diálogo referente a la enfermedad del joven granadino. "Ha dicho la Virgen —comunicó la vidente a los que estaban allí— que lo lleven a la Iglesia de la Consolación de Utrera, ante la imagen del altar mayor. Y que beba más agua".

La escena que se desarrolló en el interior de la Basílica del pueblo sevillano fue contemplada por mucha gente.

—Suelta las muletas —ordenó la Virgen al muchacho.

—No; no las suelto —replicó éste—, que me caigo.

—Que las sueltes te he dicho.

—Que no las suelto.

A través de la vidente, la Virgen que presidía con su imagen el altar mayor de la iglesia de la Consolación de Utrera, recomendó a los presentes que acercaran al granadino parálítico hasta los mismos pies de la estatua.

—Que lo dejen ahí solo, apoyado en sus muletas.

La vidente comunicó a los demás el deseo de la Virgen. Antonio quedó solo frente al altar, mirando asustado a la imagen, sosteniéndose difícilmente sobre sus toscas muletas. Su cuerpo deforme por la enfermedad y por la postura forzada destacaba su perfil en el presbiterio. Se hizo un gran silencio.

—Dice la Virgen que sueltes las muletas.

—Pues dile que no las suelto, que me caigo.

—La Santísima Virgen te ordena que las sueltes.

—No.

Y Antonio Escobar se agarraba a sus palos con el temor de que de pronto desaparecieran, dando con sus huesos en el suelo.

—No; no las suelto.

—Dice la Virgen que no seas terco.

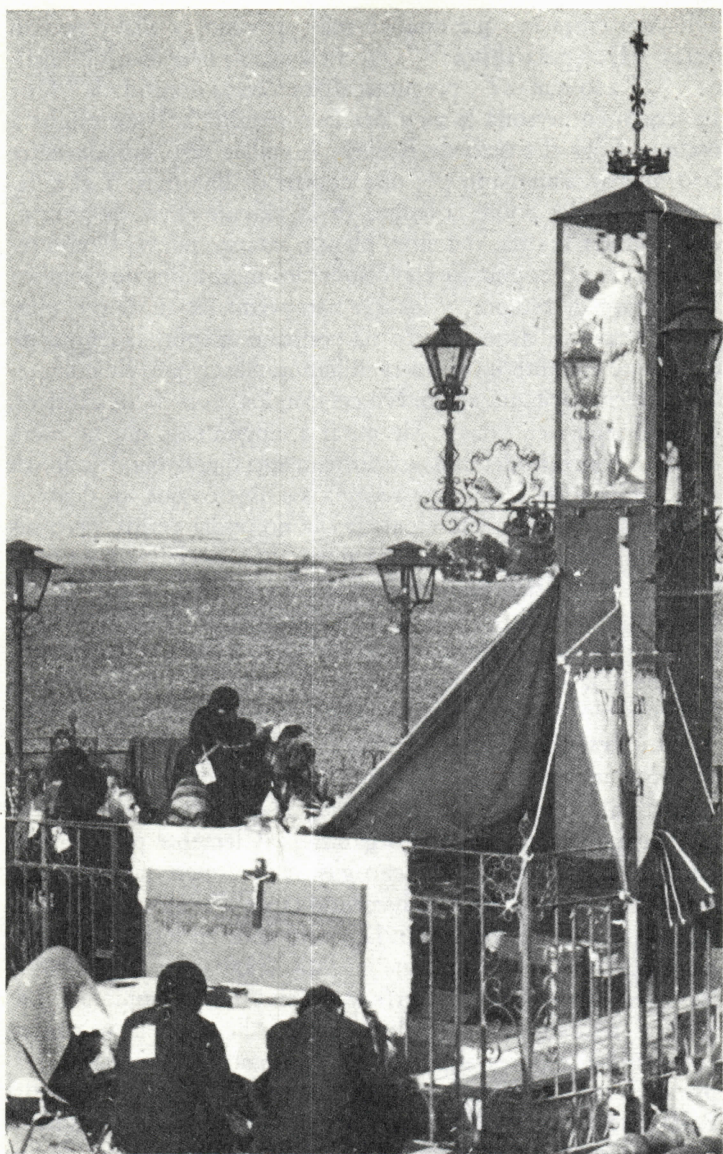
—Que diga lo que quiera, pero no las suelto.

Al final tuvieron que arrebatarse a Antonio las muletas violentamente. Se ve que su fe no era mucha. Al principio se mantuvo en pie, encogido, temeroso de que el más leve movimiento lo echaría por tierra; luego, se enderezó un poco y dio unos pasos. Finalmente, salió andando tan tranquilo. Nos han contado que en la actualidad regenta un salón de recreo, de futbolines y billares en su pueblo. Las muletas penden desde entonces de un muro en la iglesia de la Consolación de Utrera.



Uno de los escasos lentiscos sobre los que la Virgen suele aparecerse.

Historias y más historias, milagros y más milagros iban brotando de los recuerdos, mientras en el Palmar de Troya, en aquel día 12 de octubre, era ya noche total y las velas y linternas se encendían. Había concluido la misa solemne, según el rito litúrgico del Concilio de Trento y en latín, y los grupos de devotos rezaban y cantaban esparcidos sobre la tierra del barbecho que ahora se veía negra. Los curiosos y domingueros se habían cansado de esperar una aparición en la que no creían, habían enfilado ya la cinta de la carretera de vuelta a su rutina, a lo de siempre, a lo vulgar. A la entrada de la finca donde se producen las apariciones, unas manchas negras que se adivinaban personas porque se movían y rezaban y cantaban con mucha devoción, formaron entre sus filas un pequeño círculo y se inquietaron. “¿Qué pasa?”. “Que va a caer en éxtasis Rosario Arenillas”. “Que va a entrar en éxtasis Rosario Arenillas.” “Que va a entrar en éxtasis Rosario.” La voz se desparramó como un viento y el círculo se fue haciendo más nutrido y aparecieron varias linternas que surcaron la oscuridad hasta clavar sus rayos de luz artificial en la silueta de la vidente. Los rezos y los cánticos prosiguieron, pero con más vehemencia, con más tono. Rosario se había quedado con la vista prendida en un punto concreto del firmamento, entre las estrellas; su rostro se había transformado y abrió los brazos, en cruz, con un gesto de dulzura y de entrega. Sus ojos, tras los cristales de unas gafas grandes, despedían un brillo extraño y potente —a lo mejor por los rayos de luz de las linternas (“No; siempre le pasa eso”)— y las palmas que estaba contemplando. “¡Ya está en éxtasis!”, gritaban algunos. El círculo se estrechó y un par de hombres vestidos con una especie de hábito marrón impidieron el avance excesivo de quienes estaban dispuestos y deseosos de presenciar también ellos el prodigio. “¡Está en éxtasis; está en éxtasis!” Empujones y codazos por todas partes, en todos los costados, no era cosa de perderse aquello, nadie quería perderselo. “Niño, estáte quieto ya, no me pises”. Los cánticos subían la escala de los tonos y se repetían sin interrupción. “Es que el clima este tan fervoroso ayuda mucho a la vidente”. Rosario estaba hablando con Jesucristo. El diálogo, traducido en monólogo por la voz, en estos momentos extraña, de la vidente, quedaba grabado en los magnetofones. De pronto, se produjo una



En el lugar donde se produjo la primera aparición se ha levantado un altar.

agitación entre los que estaban más próximos a ella y podían oírla. “¿Qué pasa ahora?” “Que va a recibir la comunión mística”. “¿Y eso qué es?”, preguntó alguien en la oscuridad. “Que Jesucristo en persona le va a dar la comunión”. Todo estaba a oscuras. Sólo el rostro de Rosario Arenillas resplandecía entre las tinieblas, iluminado por una docena de linternas. Y el milagro se produjo. Sobre la lengua de la vidente cayó, de pronto, una Sagrada Forma, redonda, blanca, intacta, nueva. Como recién sacada del copón. Se elevó sobre los murmullos de asombro algún grito de estupor, y los que aún permanecían de pie, muy pocos, se arrodillaron. La Hostia permaneció sobre la lengua de la vidente durante unos pocos minutos, hasta que, finalmente, desapareció garganta abajo. No cesaron los rezos ni los cánticos. Rosario seguía en éxtasis. Sin mirar a ningún sitio que no fuera el punto concreto del inmenso firmamento que había dejado sus ojos paralizados, la vidente recogía los objetos que los devotos le ofrecían, muchos a su espalda; ella no podía verlos, pero sus manos, sin el menor titubeo, los alcanzaban en el aire, para ofrecerlos a Jesucristo, para que recibieran un leve toque de sus dedos misericordiosos, una bendición especial. También le entregaron un mozalbete, el cual se vio alzado hacia el cielo sujeto por una sola mano y sin el menor esfuerzo. “Es que el chaval está enfermo y, a lo mejor, Nuestro Señor le devuelve la salud”.

Poco después Rosario se levantó y el grupo se fue dispersando entre murmullos. La vidente no se acordaba de nada.

Junto al altar, en el punto más alto de la curva negra de la colina, la procesión ya estaba organizada. Clemente pasó junto a nosotros a buen paso. “Mucho gusto; perdonen que no pueda atenderlos, pero se nos está haciendo tarde”. Todos tuvimos enseguida una vela en la mano. Los veteranos en visitas al Sagrado Lugar habían previsto que muchos llegaríamos allí sin ella y las ofrecían sin ningún interés y de muy buena voluntad. Las llamas temblorosas se multiplicaron y llenaron la oscuridad con sus resplandores amarillentos. Los rostros, iluminados, resplandecían. A hombros, la imagen de la Santísima Virgen del Palmar se balanceaba rítmicamente al compás de los pasos lentísimos de los que la llevaban. Sobre las andas, unos ramos de flores y unos candelabros protegidos con cristal. No se habían formado verdaderas filas procesionales; cada uno iba por donde



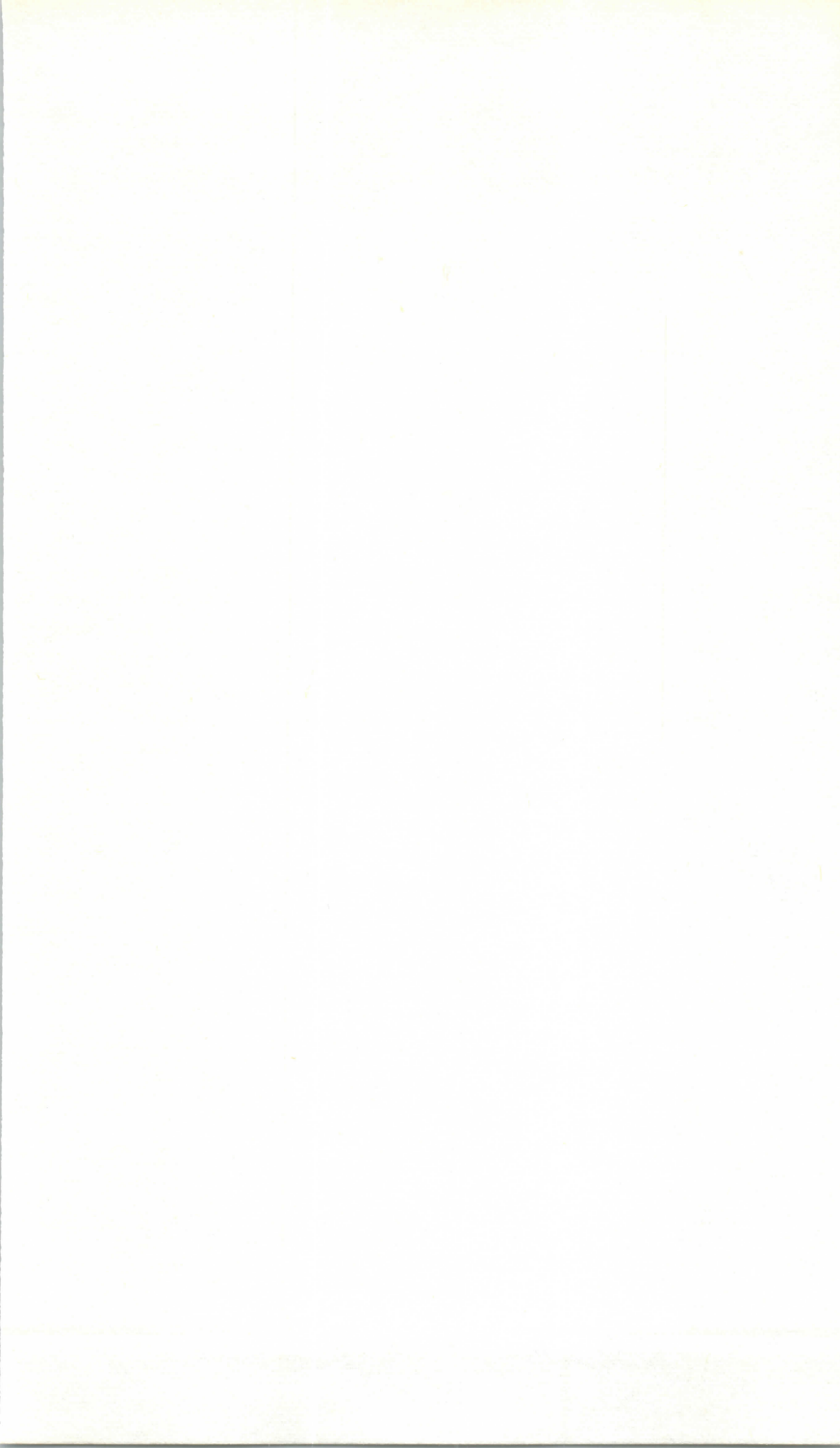
Sobre la lengua de la vidente apareció, de pronto, una Sagrada Forma.

quería y como quería, unos delante, otros detrás, la mayoría rodeando a la imagen. Y una paz extraña invadía todo el ambiente, mientras muy pausadamente la procesión se deslizaba como un reptil de luz mil veces interrumpido sobre la tierra negra que se adivinaba bajo millones de estrellas que parecían estar semipagadas. “Miren, fíjense en los rostros, en las expresiones de la gente”. Y resultaba increíble. No se veía cara sin dulzura, ni ojos sin brillo, ni boca sin sonrisa. Cuando la imagen de la Virgen del Palmar llegó junto al pozo de agua milagrosa, los devotos se reunieron en un gran corro, mientras Clemente, en uno de sus éxtasis, recibía y transmitía un mensaje del Padre Eterno, largo e importante. Eran asuntos de la Iglesia y de sus obispos, del Papa Pablo VI, de la gran catástrofe que se avecina...

Después, la procesión se puso otra vez en marcha en dirección al altar de la colina. De nuevo los resplandores tenues de las velas se estiraron y volvieron a oírse los cánticos y los rezos, mientras —daba la impresión— una paz interior desconocida invadía los espíritus de los devotos. “Ese es el estado de gracia, del que habla la religión”. Y, en verdad, parecía que sí, que aquella gente devota de las apariciones y mensajes del Palmar, estaba en estado de gracia, aunque uno no pueda suponerse lo que es eso. “De aquí —nos aseguró Escolástico Medina, apóstol de Andalucía Oriental— surgirá la gran reforma que la Iglesia de Jesucristo está necesitando”.

Virgencita, debuelbele la salud
y la alegría a Maria Eugenia,
y darle suerte en la vida.
“Por favor”

Depositados con devoción en cualquier sitio aparecen ruegos como éste.





PRIMAVERA DE 1968: LA VIRGEN SE APARECE Y HABLA

En la finca "La Alcaparrosa", a un kilómetro escaso de la aldea del Palmar de Troya, y a unos quince de Utrera, término municipal al que pertenece, los últimos días de marzo habían levantado, verdes y brillantes, los sembrados de trigo. El panorama, desde la suave colina que parte el horizonte, era magnífico, ondulado de alcores donde las brisas mecían las mieses jóvenes, bajo un sol tibio y radiante. Abajo, la aldea moteaba el paisaje con el blanco de sus casas y el color de sus tejados. La carretera era un ir-y-venir incesante de vehículos en dirección a Cádiz, o de vuelta, o trajinando mercancías entre los pueblos cercanos de la comarca. La vitalidad pujante de la Naturaleza en primavera imperaba por todas partes, en los trigos nacientes, en las hierbas de la cuneta, en las ramas de los árboles escasos que bordean la carretera, en el aire, purísimo, y en cualquier criatura, pájaro o persona, que al abrir los ojos en aquel día treinta se vio sorprendido por el nuevo aliento que reanima todo año tras año.

Unas niñas habían salido al campo, de paseo, con sus trajecitos planchados y sus trenzas y sus zapatos, todo arreglado con esmero, como para una competición de madres cuidadosas y abnegadas. Carretera adelante, porque los demás caminos son sólo polvo y piedras, las niñas corrían y jugaban, ajenas a otra cosa que no fuera perseguirse unas a otras, reír y dejar que el fresco vientecillo les acariciara a cada salto, a cada carrera. "La Alcaparrosa" estaba toda cercada por una tapia de piedra y tierra apisonadas, muy sólida, que impedía el acceso a su interior. Con los codos apoyados sobre ella, las cuatro niñas que el cielo había escogido para poner en marcha el fenómeno religioso más espectacular del siglo, y tal vez también el de mayor resonancia y

trascendencia, se detuvieron unos instantes para contemplar cómo el verde lavado de los trigos dejaba ver entre sus tallos las rojas amapolas con su cabecita negra y peluda que parecían frágiles campanas vegetales. Había también otras plantas silvestres de color azul, pequeñas, y margaritas, y tantas otras, tan vivas que daban ganas de cogerlas todas.

—Vamos a cortar unas cuantas flores para adornar el altar de la Virgen —propuso una.

En Andalucía, y en Sevilla más, existe hacia la Santísima Virgen una devoción secular, muy arraigada en el espíritu de aquellos pueblos campesinos, alejados de la cultura y del progreso durante tanto tiempo. En primavera, los altares se llenan de flores y reciben una serie de celebraciones religiosas que en otras épocas del año no se producen. Hasta existen competiciones de adornos florales en calles y plazas que, en el mayor porcentaje de los casos, tienen como pretexto un fondo de creencia en el más allá, y así es difícil que por entre el colorido abigarrado de los pétalos no emerja una cruz o una imagen de la Virgen, que siempre son la cumbre o el centro de la obra.

Ana, Rafaela, Josefa y Ana no lo dudaron. Saltaron por encima de la tapia, manchando sus vestidos con la tierra y la cal todavía húmedas de pasadas lluvias y de recientes rocíos. Y corrieron por el alcor hacia la curva del horizonte, donde unas pocas plantas de lentisco ofrecían sus ramas delgadas cuajadas de florecillas multicolores. Por el suelo, entre los tiernos tallos del trigo, habían brotado también muchas amapolas. El lugar era excelente para conseguir unos ramos grandes y bonitos. Las niñas iban cortando las flores y colocándolas al pie de uno de los lentiscos, junto al tronco, con cuidado de no estropear su lozanía ni sus colores.

—Alguien nos está mirando.

—¿Qué?

—Que alguien nos está mirando.

—¿Quién?, si aquí no estamos más que nosotras.

La que había iniciado la conversación miró a su alrededor.

—Es verdad, qué tonta soy. No hay nadie. No sé por qué me lo pareció.

Continuaron con su labor, hasta tener reunida bajo las ramas del lentisco una buena cantidad de flores, suficiente para

confeccionar un ramo enorme. Y se sentaron a descansar.

—Alguien nos está mirando.

—Pero qué tonta eres.

—Os digo que sí; lo siento.

La convicción de la que había hablado terminó por sobresaltar a las demás. Se levantaron, mirando en todas direcciones.

—¡Aquí, aquí!

—¿Dónde?

—¡Aquí, encima del lentisco!

Unos ojos claros, en efecto las estaban contemplando con dulzura.

—¿Qué es eso? ¿Quién es?

A pesar de lo insólito del caso, incomprensiblemente, las cuatro niñas dejaron de sufrir cualquier temor. Se sintieron atraídas por aquel par de ojos, mientras una paz extraña las invadía. Poco a poco, en torno a los ojos que miraban dulcemente por encima del lentisco, se fue dibujando un rostro y, después, un amplio manto blanco y luminoso.

—¡Es la Virgen! —exclamaron las niñas, mientras caían de rodillas.

La visión duró sólo unos segundos, pero fue nítida e inconfundible. Las niñas aseguraron después que habían tenido ante ellas a la Santísima Virgen “de carne y hueso”, realmente.

La que se armó en la aldea del Palmar cuando las niñas regresaron de su pequeña excursión, no es para contarlo. Hubo muchos que se acordaron de Fátima, Lourdes y Garabandal; otros no hicieron el menor caso, “cosas de crías”; y unos pocos volvieron la cabeza indiferentes: “Que las lleven al médico, o al cura”.

Pero la chispa estaba ya encendida. En un lugar como el Palmar de Troya, donde es raro que ocurra algo ajeno al vivir rutinario, la posibilidad —aunque solamente era eso— de que la Virgen se apareciera era ya un acontecimiento. Aquella noche todo el mundo se fue a la cama más tarde, después de darle muchas vueltas al asunto. Y, al día siguiente, como un solo hombre, todos los vecinos de la aldea andaban pateando los sembrados

de "La Alcaparrosa". Y, en fechas sucesivas, llegaron también muchos hombres y mujeres de Utrera y hasta de Sevilla, porque estas nuevas corren como la pólvora. De día y de noche la finca se vio recorrida por grupos de curiosos que albergaban la esperanza de encontrarse de buenas a primeras con la Santísima Virgen sentada en cualquier piedra o subida en cualquier sitio. Las cuatro niñas videntes fueron también, mas sin resultado positivo. Ya se comenzaba a sospechar que la cosa no era seria. Habían transcurrido varios días y nadie tuvo la dicha de toparse con la aparición. Las niñas juraban y juraban que ellas habían visto a la Santísima Virgen sobre el lentisco de "La Alcaparrosa". Por si acaso, las visitas proseguían y la gente más crédula, o la más devota, cortaba con sus manos fervorosas las ramitas del árbol, para guardar una reliquia. "Mira que si es verdad".

El 11 de abril, —todavía no habían transcurrido dos semanas desde la primera aparición— la Virgen pudo ser contemplada por Rosario Arenillas, mujer muy religiosa, madre de familia numerosa y asidua visitante del Sagrado Lugar de Apariciones del Palmar, desde entonces. Rosario es un personaje destacado en la trama de nuestra historia, como pudimos comprobar durante nuestra primera visita. A la nueva vidente se le apareció la Virgen en esta ocasión vestida con el manto del Carmelo, y es bajo esta apariencia como suele contemplarla, cuando el hecho sucede. Rosario ha sido calificada de analfabeta, para restar fuerza a su testimonio. Se trata de una mujer de baja cultura; pero no es analfabeta.

Este segundo fenómeno celestial hizo arreciar la llegada de gente a "La Alcaparrosa". Las cuatro niñas consiguieron nuevas visiones. Y estalló el entusiasmo general. A todas horas el lugar se encontraba concurrido. La Virgen podía volver en el momento más impensado para grabar su imagen en cualesquiera ojos. Así llegó el día 20 de Mayo, fecha en que la favorecida por la visión resultó ser María Marín, natural y vecina de Utrera, a doce kilómetros del Palmar. Los poco más de dos mil habitantes de la aldea puede decirse que se pasaban allí el día entero, rodeando a las cuatro niñas, sin perder la esperanza de participar ellos también del espectáculo. María Marín vio a la Virgen también según la reflejan las imágenes del Carmelo. Dentro de un resplandor. Así se producen, por lo general, las



Ninguna prohibición ha podido evitar que los devotos se congreguen junto al altar de "La Alcaparrosa".

apariciones, no sólo en el Palmar de Troya, sino en todos los lugares marianos (Fátima, Lourdes, Garabandal, etc.), desde aquella primera que se recuerda, acaecida el 3 de mayo de 1941, cuando un herrero de Orbey, en una planicie cercana al valle de Munster sintió sus ojos heridos por una gran luz dentro de la cual destacó la imagen de la que hoy es llamada Virgen de las Tres Espigas, envuelta en destellos.

El seis de junio del mismo año, 1968, María Luisa Vila, de Sevilla, fue la protagonista de uno de los hechos más portentosos que se produjeron durante aquellos primeros meses. Casada con un abogado también sevillano, María Luisa Vila, es persona equilibrada y culta que goza de respeto entre los videntes del Palmar. María Luisa acudió al lugar de las apariciones, como tantos otros, ganada por la curiosidad y el ansia de poder contemplar hechos sobrenaturales. Y consiguió su propósito, porque en su persona, a la vista de mucha gente, se llevó a cabo la comunión mística más espectacular que se conoce. En pleno éxtasis, mientras contemplaba a la Santísima Virgen, sintió la presencia de Jesucristo, quien le comunicó iba a administrarle la comunión. Cuando María Luisa Vila abrió su boca y sacó al exterior la punta de su lengua, Nuestro Señor depositó en ella —cuentan los testigos presenciales— una Sagrada Forma ensangrentada. La sangre resbalaba por los labios e inundaba la boca, pero sin caer al suelo ni una sola gota. El prodigio duró unos minutos. Los suficientes para que todos pudieran cerciorarse de su veracidad, de que no era una visión fugaz ni engañosa.

Por los lugares cercanos a Utrera el nuevo milagro se expandió y en Sevilla corrieron los rumores, transformando, sembrando la confusión como ocurre siempre que una noticia va de viva voz, se transmite de unos a otros sin seriedad y sin el refrendo de alguna autoridad en la materia que sea. Las jerarquías eclesiásticas sevillanas, no se sabe por qué, en un principio no dieron importancia a los hechos, considerándolos más bien como una muestra más, folklórica, del temperamento de aquellas tierras. Después, como los rumores ya empezaban a atentar contra el prestigio de la Iglesia establecida, sobre todo porque algunos mensajes dados por la divinidad en el lugar de las apariciones atacaban con dureza los medios y procedimientos, y los fines de la organización eclesiástica, y se hablaba en ellos de la

necesidad de una reforma profunda, la cosa inquietó, o más bien molestó al Prelado de la Diócesis. El Señor Arzobispo hizo difundir a través de todas las parroquias de la Archidiócesis de Sevilla una pastoral que negaba toda veracidad a los fenómenos palmarianos, calificando a los videntes y a quienes les secundaban de "histéricos" y aconsejando a los fieles se abstuvieran de visitar el monumento que se estaba levantando en el Palmar de Troya. No pasó el asunto de ahí, oficialmente hablando. Pero la autoridad eclesiástica no hizo nada, en la práctica, para hacer abortar el movimiento místico y reformador que estaba surgiendo. Despreció la importancia del fenómeno, que por lo menos, socialmente, inquietaba; y se limitó a enviar al lugar de las supuestas apariciones a una especie de inspector, perteneciente al cuadro de mandos de la Catedral, quien llegó allí una tarde con una cámara fotográfica al hombro, recorrió la suave loma sin ningún detenimiento —así se quejan los actuales obispos cismáticos—, impresionó un carrete de película, desapareciendo a continuación, sin dignarse siquiera en indagar las dimensiones de los hechos que allí se venían produciendo desde meses atrás, sin hacer una sola pregunta a los videntes ni a los que ya comenzaban a erigirse en mandos del nuevo movimiento reformador de la Iglesia. "Eso sí —se quejaron los videntes—, cuando regresó a Sevilla, redactó un informe en el que nos puso a parir".

Y las apariciones, mientras tanto se multiplicaban. Ya no eran sólo las cuatro niñas y Rosario Arenillas y María Luisa Vila quienes gozaban de la deferencia celestial de poder contemplar de vez en cuando a la Santísima Virgen e incluso de dialogar con ella. Cayeron en éxtasis, durante los meses del verano del 68, en varias ocasiones, Antonio Romero, Manuel Fernández, José Navarro, Antonio Anillos y Arsenia Llanos. El número de devotos y curiosos que se reunían en torno al lugar de las apariciones —el lentisco ya no existía, porque desprovisto de ramas a causa del afán de guardar reliquias de la mayoría, se había secado— aumentaba día a día. Se organizaban rezos del Santo Rosario y Viacrucis que recorrían el campo en una serie de estaciones que parecían sin fin. Y los domingos se celebraba el santo sacrificio de la Misa, al aire libre, sobre el altar casi improvisado en el rústico monumento. La tapia de "La Alcaparroza", a fuerza de entradas y salidas, ofrecía ya un portillo amplio,

cada vez más amplio, por el que personas y vehículos circulaban a sus anchas. A instancias del dueño de la finca, una tarde se llegó hasta allí la Guardia Civil e hizo desalojar el lugar, sin el menor incidente. Pero la medida resultó inútil, en esa ocasión y en otras sucesivas. El propietario, condescendiente, transigió al fin, con la condición de que no penetraran los vehículos. La Autoridad eclesiástica sevillana continuó su táctica de desprecio hacia los fenómenos palmarianos, “ya se cansarán”; sin embargo prohibió la celebración de cualquier tipo de culto religioso en aquel lugar, “eso sí que no”. Prohibición que tampoco causó el menor efecto.

Los enemigos de conceder al Sagrado Lugar de Apariciones del Palmar de Troya cualquier categoría de credibilidad largan ahora, con un tonillo de burla, la pregunta: “¿dónde están las niñas que contemplaron a la Virgen por primera vez?” Porque al poco tiempo de dar comienzo los hechos sobrenaturales puestos en entredicho, Ana García, Rafaela Gordo, Ana Aguilera y Josefa Guzmán, las cuatro niñas videntes, que habían llegado hasta “La Alcaparrosa” para coger unas flores en el mediodía de aquel 30 de marzo, desaparecieron de la escena. Sin dejar rastro. Sus padres —malintencionados palmarianos que también los hay; o quizá lleven razón, así afirman— se marcharon en busca de otras tierras, de otra habitación, de otro trabajo, instigados por alguien, desde luego. “Esas tienen ya hasta novio”, aseguran algunos. Otros, por el contrario, afirman que las niñas, que ya no son tan niñas, continúan viendo a la Virgen del Palmar, cada una desde su nueva residencia.

Que las cuatro protagonistas principales de los hechos durante los primeros meses de los fenómenos sobrenaturales palmarianos han desaparecido, se han alejado de allí, es un hecho. Sin embargo esto no causa extrañeza a los expertos estudiosos de estos temas, quienes afirman que lo mismo ha ocurrido en todos los casos de apariciones de la Santísima Virgen. Parece que es algo con lo que hay que contar y a lo que se denomina, utilizando el lenguaje propio de estos estudiosos, “negaciones”. Y, al final, resultan ser una prueba más de la veracidad de las visiones.

El caso es que las concentraciones de devotos arreciaron y su número seguía multiplicándose increíblemente. Se fundaron espontáneamente grupos en las distintas provincias cercanas a Se-

villa; y ya no era raro ver que se detenía junto al portillo de entrada a "La Alcaparrosa" algún autocar con matrícula extranjera o de las regiones del norte de la Península. Núcleos marianos de ambos lados de la frontera solicitaban informes y datos que les eran servidos confusos y contradictorios. Pero se extendió por varios países la inquietud y era necesaria una mínima organización que diera a conocer los hechos. Fueron meses de confusión, en los que muy pocos supieron a qué atenerse. Y ya se aparecían no sólo la Santísima Virgen y Nuestro Señor, sino también la Santísima Trinidad, y otras personalidades del calendario religioso del Dogma. También, un día, surgió, a la izquierda de Jesucristo, Pío de Pietralcina, el famoso beato italiano estigmatizado y defensor a ultranza de la oración y del sacrificio. El volumen del fenómeno palmariano tomó proporciones gigantescas. No era tomado en serio por casi nadie, pero se hablaba mucho de él, y, si caía a mano, la gente se acercaba hasta el Palmar para curiosear un poco y contar con una experiencia propia.

Así llegaron, en la noche del 15 de octubre, Clemente Domínguez Gómez y Manuel Alonso Corral, ajenos de la importancia que iban a alcanzar después. Eran unos curiosos más, que regresaban de Cádiz, o que iban a Cádiz, para pasar en sus playas un par de días. Junto al portillo de la entrada un gran corro de chicos y chicas giraban y reían, groseramente, en torno a una mujer. No cabía duda de que "aquello" era tomado a cachondeo. Y se alejaron del lugar sin ascender siquiera hasta el tosco monumento —apenas una cruz y algo más— que recordaba el sitio exacto de la primera aparición de la Virgen. Mientras continuaban su viaje, comentaron lo desagradable del espectáculo. "En numerosas ocasiones —aseguran ahora los implicados en el cisma palmariano— han llegado hasta "La Alcaparrosa" grupos de gente con el único propósito de armar camorra y desprestigiar los hechos sobrenaturales. Al principio, alguna vez, lo consiguieron; pero después salen siempre de allí con el "rabo entre las patas". Culpas de esas visitas revolucionarias a la autoridad eclesiástica.

Les quedó, no obstante, a Clemente Domínguez y a Manuel Alonso, latente la curiosidad de contemplar alguno de los fenómenos místicos de los que tanto se hablaba.

“Un día aquí mostraré los resplandores de mi gloria. Ese día está cercano; lo estáis tocando con las manos. Será un día grandioso, lleno de gloria, y podré estar rodeada de todos mis hijos. Muchos de ellos tendrán una visión clara de mi persona; otros verán mi silueta; otros, un gran resplandor que les sorprenderá, porque se darán cuenta de que en él estoy “yo”. Pero otros, perversos, me verán y lo negarán; porque el soberbio pone la ciencia por encima de las cosas de Dios, y no se da cuenta de que Dios es el Máximo y gobierna todas las cosas, y la ciencia está sometida a él. Y otros, que querrán seguir su camino de perdición, me dirán: ¡Quítate de ahí!, porque saben que la visión les traerá responsabilidad y tendrán que cambiar de camino, pero su soberbia se lo impide. Sin embargo, a los que tengan el alma como niños, me verán y me aceptarán como madre que soy, y querrán seguir el camino que yo he trazado. Estos se alegrarán por toda la vida, pues ese día me volcaré de tal forma, que se darán cuenta de las gracias que he recibido de la Augusta Trinidad.

Seré la precursora de la segunda venida de Jesucristo, vuestro salvador. Él está pronto a llegar; muchos de vosotros lo conoceréis. Le veréis llegar con rostro glorioso; toda la humanidad doblará la rodilla ante él. Vendrá rodeado de ángeles, acompañado de Elías y Enoc, los cuales tendrán otra venida anterior a él; serán los dos que invitarán a la humanidad a que haga penitencia; pedirán que nuevamente vistan de saco, para prepararse a la Gloriosa venida del Juez.

Hijos míos: velad, está cercano el día del juicio, pero antes usará de gran misericordia como buen juez que es. Os adelanto que la llegada de El, mi divino hijo Jesús, es antes de 1990 y después de 1980. No os digo ni el día ni la hora, pues no me está dado a mí revelarlo, hasta que el padre celestial lo determine. Una vez que haya llegado el señor todo será distinto. Habrá paz, pues será borrado el pecado; por tanto, no habrá enfermedades, ni sufrimientos; y la muerte corruptiva será abolida, pues será un tránsito glorioso de una vida a la otra. Ya el pueblo de Dios no volverá a tener tentación de pecado, pues Satán quedará sepultado en los infiernos por los siglos de los siglos.”

En estos términos se expresó la Virgen aparecida en el Palmar de Troya, unos meses después de que en la finca “La Alca-



Viacrucis y Rosarios siembran de rezos el lugar de las apariciones.

parrosa" dieran comienzo los hechos sobrenaturales. "ORAD; ORAD; ORAD", había ordenado Jesucristo ya en varias ocasiones.

A las visiones, ya normales y frecuentes, vino a sumarse desde entonces el mensaje celestial, la orden, el consejo, las recomendaciones. "La Virgen me habla", habían manifestado anteriormente algunos videntes, mas no se había producido ningún mensaje claro y concreto, sólo incitaciones a la oración y a la penitencia. Sin embargo, era lógico que tanto fenómeno sobrenatural, tuviera unos fines determinados, precisos; aquello no iba a suceder así porque sí, sin causa ni razón. Tanto si el asunto era obra de los los hombres, como si, en efecto, se trataba de verdaderas apariciones, era necesaria una explicación, un "para qué". La justificación llegó, poco a poco, a través de mensajes sucesivos que fueron cayendo desde el cielo sobre el lugar de apariciones del Palmar de Troya, como una lluvia esclarecedora.

"Os exhorto a una mayor penitencia —manifestó la Virgen, el 9 del 3 de 1971— pues grandes males están próximos a caer sobre la Humanidad pecadora. Haced mucha oración y sacrificio. A través de mis apariciones actuales os voy revelando el secreto de Fátima. Estad atentos a mis actuales lugares de apariciones. Voy hablando al mundo, pero no soy escuchada. Espero que vosotros me escuchéis, acordaros todos de que soy vuestra madre. El mundo verá pronto el poder de Dios y temblará, pues la ira del padre no se hará esperar mucho. También verá pronto la misericordia de Dios; el gran milagro sucederá pronto, mas antes es necesario purificar el cáliz, estáis avisados y ya por poco tiempo, pues la hora llegará para todos, según hayáis hecho penitencia o no."

También, en los comienzos del año 1971, la Santísima Virgen, aparecida en el Palmar de Troya según la advocación del Carmelo, comunicó lo siguiente:

"Se acercan muy pronto grandes males para España y para todo el mundo. Mas los que invoquéis mi protección no temáis. Yo soy la reina del mundo; confiad en mí, yo soy vuestra divina pastora, de-

jaos conducir como sumisas ovejas, pues yo, como madre del divino pastor, rogaré por vosotros. Es mi hora, la hora de María. Yo os exhorto a todos a que no ofendáis más a Jesús, no ultrajéis más su sagrado corazón, a que no ciñáis más sus sienes con corona de espinas. Mis queridos hijos: ¿A dónde camináis con tantas ofensas a Jesús? ¡Humillad vuestras cabezas; pedid perdón, al mansísimo cordero, de vuestros pecados, y dad ejemplo, por toda la tierra, de verdaderos discípulos de Cristo. Mirad, que la que os habla es vuestra madre celestial''.

“Mirad, hijos míos: es la hora terrible. La hora de ofuscación de la Iglesia. Es la hora de las duras batallas del enemigo infernal contra los hijos de María. ¡Caminad, caminad, caminad siguiendo la brújula que marca mi báculo sagrado, y así os podré pastorear! Hoy, en esta hora grande de la Iglesia, es cuando pastoreo más que nunca. Pero, también, ésta es la hora en que abundan los falsos pastores y he de cuidar, más que nunca de mis ovejas, ya que los lobos acechan contra ellas. Los lobos están hambrientos y arremeten contra mis indefensas ovejitas. Andad con mucho cuidado con respecto a los falsos pastores que hoy pululan por la Iglesia vestidos de ovejas''.

“Andad con mucho cuidado con respecto a los falsos pastores que hoy pululan. Manteneos firmes en la fe, en las sagradas escrituras, en el magisterio de la Iglesia y en la santa tradición. Pues hoy se levantan falsos doctores, enseñando falsas doctrinas, contrarias a la santa tradición. ¡Levántense todas las naciones! ¡Unanse en cruzada santa y aplasten al enemigo infernal! Levántense las naciones al grito de Miguel y aplasten a la serpiente infernal! ¡Levántense las naciones en defensa de la sagrada tradición, de las buenas costumbres de la Santa Madre Iglesia Católica, Apostólica y Romana! ¡Aplasten las innovaciones progresistas!

La tierra temblará. Y todo porque el mundo no hace penitencia, porque el mundo no ora y porque el mundo está dando las espaldas a Dios y Dios dejará caer su justicia sobre la ingrata humanidad''

A través de estas comunicaciones de la Santísima Virgen que hemos reproducido, quedan claras algunas de las motivaciones que justifican las supuestas apariciones en el Palmar. Destacamos entre ellas su papel de precursora de una segunda venida de

Jesucristo a la Tierra; el aviso de la proximidad del Juicio Final y el comienzo de una segunda época, llamémosla así, de la Humanidad, semejante a la anterior al pecado original, feliz, sin posibilidad de pecado ni sufrimientos y sin muerte. Antes de ello, grandes catástrofes, la destrucción, el caos, provocado por el desconcierto y la desviación de los que hoy son los máximos responsables de la Iglesia. Y, sobre otras consideraciones, la necesidad imperiosa de orar y hacer penitencia, para poder acogerse bajo su protección mediadora.

En realidad, la filosofía que inspira esta segunda encarnación de Cristo y segunda venida, es curiosa, original. Aparece diseminada, nada coherente, por múltiples mensajes, y es difícil de hilvanar. Casualmente, mientras estábamos confeccionando este capítulo del libro, tomamos contacto con una vidente palmariana que habita en Madrid y que nos ha rogado silenciemos su verdadero nombre, permitiéndonos sólo referirnos a ella llamándola May Frank. Sus visiones de la Virgen y de Jesús son muy frecuentes al igual que sus percepciones de mensajes. En uno de ellos, su entendimiento captó, según ella con enorme clarividencia, la idea divina que se le reveló: A causa del pecado original, que fue un pecado de desobediencia, el Cuerpo Místico se desintegró, separándose de él la Humanidad. Todo el proceso religioso va encaminado exclusivamente a conseguir el retorno de la Humanidad al Cuerpo Místico. Cuando esto suceda terminará el ciclo religioso. Pero para que eso ocurra, es necesario que se superen tres etapas o estadios, de los cuales ya se han realizado dos.

Hubo una época primera del Padre, durante la que el requisito para la reintegración fue la sumisión del género humano. Así aparece en el Antiguo Testamento. Pero sólo se sometió de verdad Jacob; por eso Dios estableció para todos los demás, la Humanidad entera, los diez mandamientos. Si los hombres los cumplían, demostrarían que su deseo era volver a unirse al Cuerpo Místico. Aquella fue la época del Padre. Mas, viendo Dios que la Humanidad era incapaz, por sí misma, de conseguir la sumisión, la hizo entrar en una segunda fase, en la que el requisito propuesto fue la entrega, entendiendo por entrega la negación de sí mismo, circunstancia de la que el mismo Dios dio ejemplo con la llegada a la Tierra de Jesucristo. El mismo Dios

se entregaba a sí mismo por la intervención de su Hijo. Ya terminó el Antiguo Testamento. La Pasión de Cristo exigía, no obstante, una correspondencia: "Yo me entrego, con la condición de que también os entreguéis vosotros". Pero la Humanidad no se entregó. Fue esta segunda la época del Hijo.

Y, en la actualidad, nos hallamos ya en la tercera y última con la que el ciclo religioso culminará: la etapa del anañadamiento. Cuando toda la Humanidad esté abrazada a Cristo, crea en él y quiera salvarse con una total entrega, Cristo nos llevará en su abrazo hacia el Padre. El Cuerpo Místico quedará compuesto de nuevo y para siempre. Antes el género humano sufrirá una extraordinaria mutación, porque ya no vivirá con otra energía que no sea la emanada de Dios directamente, es decir, ni nos alimentaremos, ni tendremos que respirar ni por nuestras venas correrá la sangre. Todo eso será ya innecesario. Floataremos, volaremos, tendremos energía pura. Estamos en la época del Espíritu Santo. "Toda esta teoría, que yo comprendo con una total claridad —afirma Mary Frank—, me la reveló Nuestro Señor el pasado 11 de noviembre. Pronto el mundo entero será católico y habrá llegado el momento".

También por su parte, Dios se ha manifestado en el Palmar de Troya y ha explicado rotundamente el motivo de las apariciones, y su indiscutible veracidad. Ante la pregunta de un vidente en el Sagrado Lugar de Apariciones del Palmar, referente a si eran ciertas o no las visiones y mensajes, surgió de pronto en medio del cielo el rostro de Nuestro Señor, quien se expresó en estos términos (16-12-71):

"Ya he repetido muchas veces que el hombre soberbio y necio se mete a juzgar el plan divino. Como su mente no llega más allá de lo que yo lo he permitido, tiene la osadía de negar la aparición. ¿Acaso el Padre de bondad, el Padre de misericordia, no tiene derecho a aparecerse? ¿Bajo qué conceptos pueden escudar esta tesis humana, necia de que yo no me aparezco? Dicen: el Evangelio afirma que nadie ha visto al Padre. Correcto, correctísimo. Palabras pronunciadas por Jesús. Mas no han interpretado bien las palabras de Jesús. Desde luego nadie me ha visto en la tierra en cuanto Dios. Pero sí en figura humana. ¡Necia humanidad! ¿Acaso no me manifesté a los profetas del Antiguo Testamento? Repasad la historia, personas que

hoy están en los altares, también me vieron en forma de anciano venerable. ¿O son capaces de negar el diálogo sostenido entre éste, vuestro Padre, y la sierva Catalina de Siena? Por ventura, ¿es mentira también que Teresa de Jesús viera a este Padre junto con el hijo y el Espíritu Santo?

Hoy todo es claro: como se niega la tradición y se quiere partir de cero, pues es fácil negarlo todo.

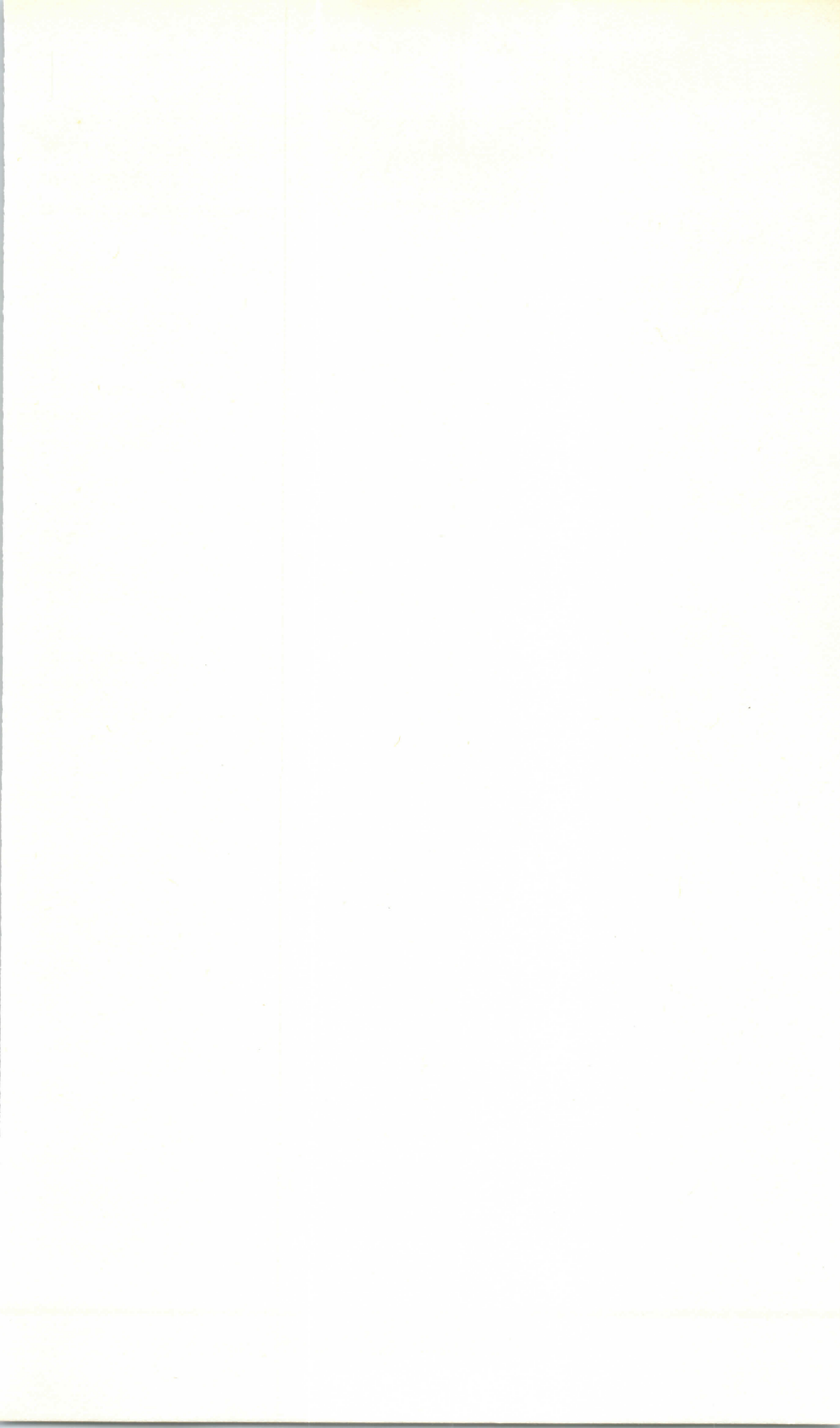
Observad lo siguiente: sabéis por el Santo Evangelio que el Espíritu Santo, fue visto en forma de paloma y lenguas de fuego. ¿Acaso, el Espíritu Santo es una paloma? No, hijos, no es una paloma; sino que toma esa forma como hubiera tomado otra. ¿Acaso los ángeles tienen cuerpo? No, son espíritus puros; pero toman apariencia corporal para ser vistos por los hombres de la tierra.

¡Necios! contestadme a esta pregunta: ¿Dónde está el cuerpo del Padre Pío? Yo respondo: sepultado en San Giovanni Rotondo. Luego, ¿sois capaces de explicar por la inteligencia humana que ese cuerpo sepultado se aparezca glorioso a determinadas personas? Y, sin embargo, se aparece. Conclusión: misterio divino.

¡Pobre humanidad!, todo lo sabe, todo lo gobierna; pero lo que no sabe es que depende de mi poder.

He aquí vuestro Padre lleno de cólera y de ira sobre la humanidad, por los horrendos pecados, por las terribles maquinaciones, por el descanso de la humanidad. El hombre se ríe, pero ahí está a las puertas 1972, donde tantas convulsiones habrá.

¡Que siga el hombre riéndose, si es que le quedan ganas todavía! ''





CLEMENTE, EN EL PALMAR

“Datos históricos sobre hechos que precedieron a las primeras visiones y misión apostólica del vidente del Palmar de Troya, Clemente Domínguez Gómez.” (*Por el obispo de la Santa Faz y amigo del vidente, Manuel Alonso Corral.*)

Para servir de introducción a un libro sobre las visiones y mensajes, dados por el cielo al vidente Clemente Domínguez, me han solicitado que escriba una breve historia que dé al lector una idea lo más exacta posible sobre los momentos que precedieron a las manifestaciones celestiales y misiones apostólicas de este elegido de Dios.

Aunque yo conocí a Clemente en Sevilla, el día 18 de mayo de 1968, creo que fue en el momento preciso, determinado por la Providencia, para poder conocer, seguir y compartir las etapas que como vidente, habría de vivir.

Por razones de mi trabajo, fui trasladado desde Madrid, donde residía desde hacía más de 25 años, llegando a esta mariana, histórica y bella ciudad de Sevilla, a primeros de enero de 1968.

Desde que conocí a Clemente, nuestra amistad fue, cada día, más estrecha y sincera. El había nacido en esta ciudad de Sevilla, en el número 13 de la calle Santander (hoy número 5), muy próxima a la Catedral, el día 23 de abril de 1946. Trabajaba en una oficina como contable y su manera de vivir era sencilla.

En los primeros días de nuestra amistad, y tras de una conversación que mantuvimos, él me reveló que en el espacio de una semana, había tenido dos sueños: Se le había aparecido la Santísima Virgen y le había impuesto el hábito de Santo Domingo. Clemente me contaba todo esto con una gran naturalidad, a lo que yo no di importancia. Pero él, seguro de la trascendencia de esos sueños, reafirmaba rotundamente: Yo seré dominico.

Pero antes de continuar el breve relato sobre Clemente, quiero hacer al lector una escueta presentación de los comienzos de las apariciones celestiales en el Palmar de Troya.

El día 30 de marzo de 1968, la Santísima Virgen del Carmen se aparece por primera vez, sobre un lentisco de la finca "La Alcaparrosa", a cuatro niñas del pueblo. Esta planta, llamada lentisco, abundaba mucho en la finca. Del lentisco de la primera aparición, no quedó nada, pues los devotos cortaban sus ramas como valiosas reliquias. En el lugar exacto se colocó una pequeña cruz de madera, y alrededor de ella se hacían las oraciones y los videntes recibían las visitas celestiales. De esta manera se conservó el sitio elegido por la Santísima Virgen en su primera aparición. Después, siendo ya Clemente vidente, se colocó en este lugar del lentisco la Sagrada Faz de Jesús, y la imagen de Nuestra Madre del Palmar.

Cuando conocí a Clemente, ya había yo visitado el lugar de la aparición, como simple curioso, aunque manteniendo un cierto respeto e interés. Hablé a Clemente del Palmar, que él también había visitado ya, y en mi coche nos desplazamos al lugar de las apariciones. Durante las distintas visitas que hicimos a lo largo del año 1968, nuestra postura fue de curiosidad respetuosa, pues en el fondo admitíamos que podía haber algo sobrenatural.

Era el 15 de octubre del año 1968. Nos enteramos de que la Santísima Virgen había llamado por



Manuel Alonso Corral, obispo de la Santa Fe.

medio de María Marín para que acudieran muchos ese día al Palmar. Clemente y yo fuimos al Palmar ya de noche. Cuando llegamos todo había pasado, pues eran ya cerca de las once de la noche. Sin embargo, a esa hora nos esperaba algo desagradable. Al llegar a la puerta de la finca, observamos que aún, en el lentisco, había un grupo de personas. Estas daban vueltas, como danzando en corro, alrededor de una mujer, mientras que, intercalando sarcásticas carcajadas, cantaban las avemarías del Rosario, entre risotadas y aplausos diabólicos. El espectáculo, estremecedor, se apreciaba a esa distancia, gracias a unos cirios que arriba estaban encendidos. No nos atrevimos a subir al lentisco. Rezamos unas avemarías y regresamos. Algún tiempo después nos informaron que una mujer demente, que nadie conocía, había sembrado la confusión entre los asistentes, diciendo que era la encarnación de la Virgen del Pilar.

Desde esa fecha, Clemente y yo, desistimos casi de visitar el Palmar. Pero, fue entrado el verano de 1969 cuando, gracias a un artículo publicado en el ABC por un padre jesuita en defensa del Palmar, nuevamente sentimos cierto interés por estos fenómenos sobrenaturales. Interés que aumentó gracias a otra nota, publicada también en el ABC, del hermano Nectario María, anciano de reconocida santidad y sabiduría, por la que invitaba a una conferencia que iba a pronunciar en el convento de La Salle, calle San Luis 35, de Sevilla. Clemente y yo fuimos a escuchar la conferencia. Había allí un buen número de personas, entre ellas, Don Antonio Vota y su esposa. El hermano Nectario María hizo una resumida e interesante exposición de los fenómenos del Palmar, acompañada de pruebas documentales. Finalizado el acto, pudimos intercambiar algunas palabras con el hermano Nectario, quedando algo más convencidos de que las apariciones pudieran ser ciertas.

Pero una fecha clave en esta reseña histórica es la del 15 de agosto de 1969, festividad de la Asunción de la Virgen. Por la mañana, salimos Clemente y yo hacia las playas de Cádiz, para pasar el día. Pero en nuestro itinerario, decidimos pasar por el Palmar de Troya. Allí había un grupo de personas que esperaban a un padre jesuita, y que posiblemente dijera misa por la tarde. Poco después llegó este sacerdote, hablamos con él y decidimos quedarnos allí todo el día.

Por la tarde acudieron más peregrinos. El padre jesuita dijo la Santa Misa sobre un altar que había junto a la tapia, fuera de la finca de las apariciones. Durante la Misa tuvo María Luisa Vila una visión de la Santísima Virgen. Era la primera vez que presenciábamos un éxtasis, aunque no estábamos muy próximos a la vidente. Comulgamos con mucha devoción y quedamos convencidos de que las apariciones del Palmar eran verdaderas. Subimos después al lentisco, en donde estaba María Marín viendo al Señor, en un maravilloso éxtasis. De pronto, oímos una voz potente, la del hermano Nectorio María, que decía con seguridad: "¡Cristo está aquí presente!" Todo nuestro ser se estremeció. Era la primera vez que oíamos que el Señor se aparecía también en el Palmar. También presenciábamos una visión de Rosario Arenillas, apreciando una fuerte fragancia celestial.

Desde entonces, nuestras visitas al Palmar eran casi diarias. Fuimos conociendo mejor a los videntes y recibiendo pruebas de su autenticidad.

Un detalle muy significativo eran las frecuentes atenciones que el Señor y la Santísima virgen tenían para con Clemente, a través de los distintos videntes del Palmar, dándole una singular distinción y mostrándole una especial preferencia. Sin duda alguna, el cielo iba preparando el camino de aquel a quien, después, confiaría sus mensajes más importantes.

Veamos algunos de estos hechos:

La vidente Rosario Arenillas reveló a Clemente que la Virgen le había dicho que llegaría un día a tener visiones y que sufriría mucho. Estábamos una noche en el lentisco, la vidente María Luisa Vila, su esposo, Rosario Arenillas, Clemente Domínguez, un matrimonio de Jerez, algunas personas más y yo. Durante el rezo del Santo Rosario, entraron en éxtasis María Luisa y Rosario. La Santísima Virgen llamó a Clemente a través de las dos videntes, para que se acercara a Ella. Dichas videntes no se atrevían a hablar. Pero Clemente sintió en su interior la llamada, como una fuerza, que le hizo aproximarse más al lentisco. La Virgen avanzó hacia él, puso sus manos sobre su cabeza y le cubrió con todo su cuerpo. María Luisa Vila decía: "¡Mira, Rosario, mira!" Ambas estaban presenciando el hecho.

Algo similar ocurrió pocos días después con el Señor, estando María Marín en éxtasis. Y de otras muchas formas, el cielo reiteraba sus atenciones para con Clemente, a través de los demás videntes.

Inolvidable fue para nosotros la fecha del 14 de septiembre de 1969, festividad de la exaltación de la Santa Cruz. Era ya de noche. Poco tiempo antes habíamos presenciado un éxtasis de María Luisa Vila, que nos llenó de gran paz. Pero, el diablo, a través de una persona que estaba presente, turbó mi alma, llenándome de duda. Clemente y yo nos bajamos a la carretera. Una angustiosa confusión que aprisionaba mi espíritu me hizo exclamar: "¡No vuelvo más al Palmar, mientras la Virgen no me llame!" Clemente se puso a llorar. De pronto, del horizonte, salió una luz potentísima que avanzó lentamente hasta posarse sobre el lentisco, formándose una gran cruz, sobre un pedestal de flores luminosas y con maravillosos resplandores. La emoción era indescriptible. Clemente y yo salimos corriendo hacia el lentisco. Pero, a la mitad del camino, la maravi-

llosa visión desapareció. Preguntamos a tres personas que allí estaban rezando si habían visto algo. Nos miraron extrañados, respondiendo que no. También estaba allí el vidente José Navarro (Pepe Cayetano), y él nos confirmó nuestra visión, entrando, poco después, en un maravilloso éxtasis.

Seguíamos frecuentando el Palmar. Clemente y yo hacíamos todos los días el Viacrucis y dirigíamos algunas veces las oraciones en el lentisco, y esto era del agrado de los que allí estaban, especialmente de los videntes. Tuvimos oportunidad de ver, en varias ocasiones, los éxtasis de las cuatro primeras niñas, que eran de un candor extraordinario; conocimos e hicimos gran amistad con la vidente Arsenia Llanos, cuyos éxtasis nos producían una gran paz en el alma. También presenciábamos algunas visiones de Manuel Fernández, Antonio Romero y algunos más.

Clemente mostraba deseos de ver a la Virgen. Se lo había pedido muchas veces.

Fue el día treinta de septiembre de 1969, cuando Clemente tuvo la primera visión. Había transcurrido un año y medio desde la primera aparición en el Palmar.

Estábamos en el lentisco un buen número de personas. Entre ellas se encontraba la vidente Rosario Arenillas. Estaba oscureciendo. De pronto, sentimos cómo suspiraba Clemente, y nos dijo que veía dos figuras de personas, una alta y otra más baja, que venían andando lentamente hacia el lentisco desde la parte alta de la finca. Las dos figuras, que eran oscuras, y de las cuales el vidente no podía apreciar los rasgos de sus rostros, quedaron paradas a unos metros más arriba del lentisco. Clemente, al mismo tiempo que las veía, era consciente del lugar y personas que le rodeábamos. El comprendió por detalles, un poco difusos, de sus cuerpos, que se trataba del Señor y del Padre Pío. Pasada la visión, la vidente Rosario Arenillas, que también había con-

templado la aparición, le confirmó que eran el Señor y el Padre Pío.

Pocos días después tuvo idéntica visión, en las mismas circunstancias, con la vidente María Luisa Vila.

Desde estas fechas, Clemente tenía visiones con frecuencia. También veía a la Virgen, a San José y a otros santos, pero de la misma manera que la vez primera, a oscuras y sin poder apreciar sus rostros.

El día 8 de diciembre de 1969, festividad de la Inmaculada Concepción, fue una fecha memorable para Clemente. Por la mañana fuimos al Palmar y permanecimos allí todo el día. Nos reunimos un buen número de personas. A media mañana Clemente entró en éxtasis ante la visión de la Virgen Inmaculada. Minutos después, apareció el Señor, como Cristo Rey. Era la primera vez que el vidente había visto al Señor y a la Virgen, claramente, apreciando perfectamente todos sus detalles de figuras y rostros. Clemente cayó en tierra por el arrobamiento, con la pérdida de todos sus sentidos. Desde esta fecha, todas las visiones de Clemente fueron de una percepción perfectamente clara.

Pero, por la tarde, ya oscureciendo, el cielo le regaló con otras visiones maravillosas. Primero apareció la Santísima Virgen, rodeada de ángeles, los cuales portaban los hábitos de la orden de Santo Domingo. Apareció, poco después, el Señor, y después, vino un santo; el Señor indicó al vidente que se trataba de Santo Domingo. Este santo, fundador de los dominicos, anunció a Clemente la presencia de San José, que también se hizo visible. El vidente oyó por primera vez la voz del Señor, de la Virgen y de ambos santos.

La visión iba haciéndose cada vez más impresionante. Clemente recibió de manos de la Santísima Virgen el hábito de Santo Domingo, que traían los ángeles, y se lo imponían. Poco después, recibía también los ornamentos sagrados de sacerdote, e

iba recitando, en latín, las partes de la Misa que le dictaba San José, menos la Consagración. Para que no haya error por la interpretación que puedan hacer los lectores, he de advertir que todo esto sucedía en forma mística, ya que el vidente se veía así revestido en la visión. Los que rodeábamos al vidente, sólo apreciábamos sus gestos y oíamos su voz. Fue un éxtasis de indescriptible belleza y emoción.

El primer mensaje lo recibió Clemente de boca de Santo Domingo, el día 10 de diciembre de 1969, recomendando el rezo del Santo Rosario de Padrenuestros.

Pero en este día sucedió un hecho muy significativo: Cuando llegamos al Palmar, la puerta de entrada a la finca, que estaba junto a la gran cruz que hay en la tapia, estaba cerrada. Esa fue la primitiva entrada. Nos pusimos a rezar cerca de donde hoy se encuentra la Imagen de la Divina Pastora. Cayó Clemente en éxtasis. Vio cómo San José se trasladó desde el lentisco a la tapia, próximo a nosotros. Aquí se repitió la misma celebración de la Misa de que hablamos (la del día 8), y otras veces más sucedió días después. Aparecieron también el Señor y Santo Domingo. Cuando acabó el éxtasis pudimos contemplar cómo se había abierto una nueva puerta de entrada, la que hoy existe. No salíamos de nuestro asombro, pues nadie oyó ningún ruido. Solamente, don Antonio Votas nos comentó que, durante el éxtasis de Clemente, fue a poner las manos sobre la pared y se le vino abajo. Cosa extraña, pues ésta tenía resistencia suficiente para no caerse tan fácilmente. Clemente nos indicó que en la misma puerta, sobre la pared, se había sentado San José. Entendimos todos que había sido este santo quien la había abierto. No nos atrevíamos a entrar. Por fin pasamos a la finca con algún temor, y cuando habíamos avanzado unos pasos, Clemente vio a San José que, desde la puerta, con su vara, nos indicaba que subiéramos al lentisco.

El día 12 de diciembre de 1969, Clemente tuvo una visión de Santo Domingo que le dijo: "Ahora contempla a mi derecha el divino rostro de Nuestro Señor Jesucristo. Mira, hijo mío, la Faz del que lo dio todo, hasta su aliento por tus pecados y por los pecados de todo el mundo". Y apareció la Santa Faz de Jesús, dolorosa y sangrante, Santo Domingo le dio a continuación los importantes mensajes sobre la Santa Faz: la expansión de la adoración de la Santa Faz por todo el mundo, el santo Viacrucis y la Comunión reparadora de los primeros jueves, reparando los ultrajes al divino rostro del Señor.

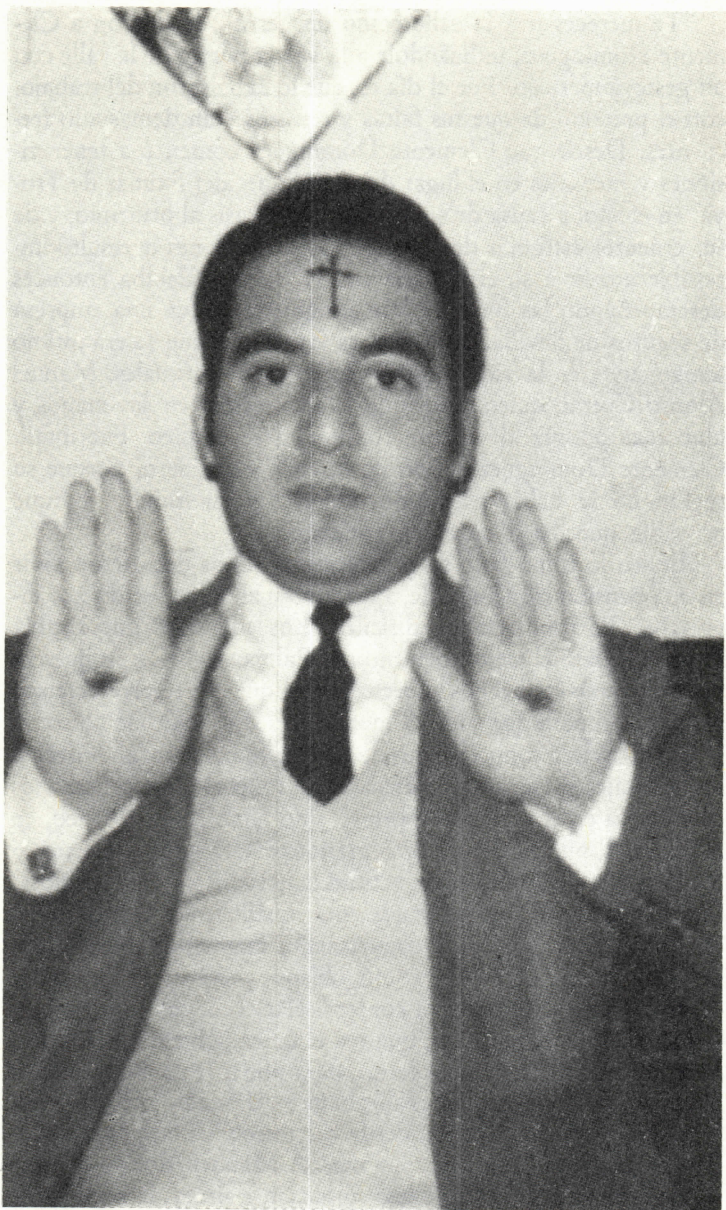
Hasta que se colocó la Sagrada Faz en el lentisco, llevábamos un cuadro del rostro del Señor y hacíamos oración ante él. Era muy frecuente que, en los éxtasis, Clemente tomara el cuadro en sus manos, lo elevara y bendijera a todos, en latín, por mandato del Señor. Clemente, cuando era casi un niño, perteneció a la Congregación de la Santa Faz, que radicaba en la Parroquia de San Clemente (del Sagrario, anexa a la Catedral). Esta parroquia, donde Clemente fue bautizado, está presidida, en el altar mayor, por un lienzo de la Santa Faz y un cuadro de San Clemente Papa.

La Santa Faz del lentisco se colocó por mandato del cielo a Clemente el día 2 de febrero de 1970. La imagen de la divina Pastora se colocó y bendijo los días 1 y 2 de marzo de 1972. Nuestra Madre del Palmar fue puesta en el lentisco el día 12 de septiembre de 1972.

Creo que con todos estos datos el lector podrá hacerse una idea de cómo Clemente conoció el Palmar, creyó en la aparición y tuvo sus primeras visiones y mensajes.

Todo sea a la mayor gloria de Dios y de su Santísima Madre.

Sevilla, 25 de enero de 1976. Firmado: Manuel Alonso Corral, de la Santa Faz y de la Cruz.



Clemente Domínguez, exhibiendo sus estigmas.

“Te mereces ir a la calle como un perro”, le dijeron a Clemente Domínguez, indicándole a la vez la puerta de la calle con un gesto imperioso. Fue el día en que lo expulsaron del trabajo, con el pretexto de que sus faltas y retrasos eran demasiado frecuentes. Desde que Clemente Domínguez comenzó a tener visiones y mensajes en el lugar de apariciones del Palmar de Troya, en efecto, a causa de sus numerosos éxtasis al principio, y de sus cruentos estigmas después, en varias ocasiones le resultó imposible acudir a su cita diaria con el trabajo. Estaba entonces desempeñando las funciones de administrativo en una empresa de seguros de Sevilla, de la que era Gerente el que ya era íntimo amigo suyo, en la vida y en los fenómenos espirituales, Manuel Alonso Corral, quien hizo todo lo que estuvo en sus manos y algo más porque el vidente conservara su empleo. Fue inútil. Clemente Domínguez se vio en la calle sin dinero, porque su sueldo no le había permitido ahorrar; y sin rumbo, porque no sabía qué iba a hacer en adelante.

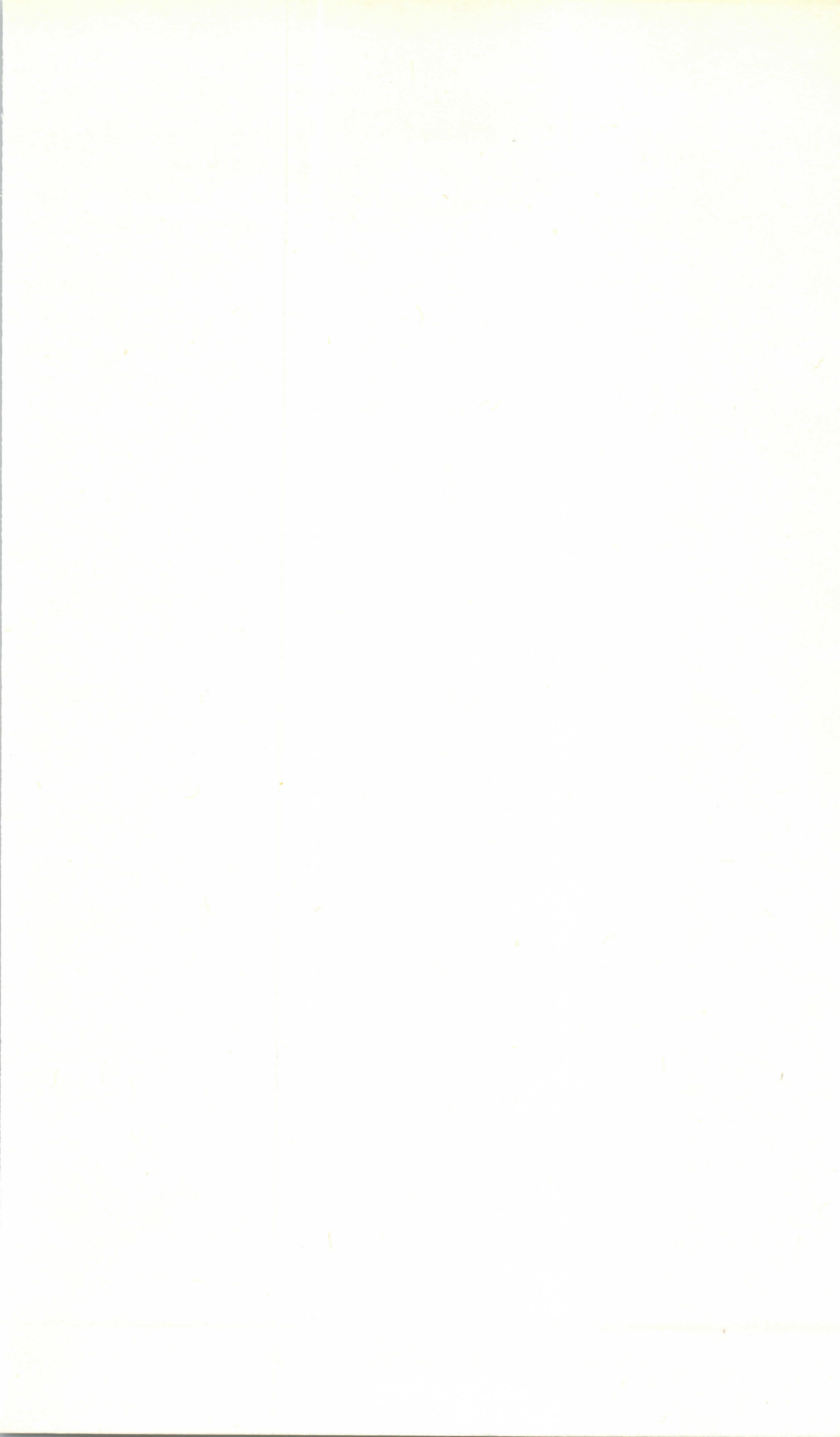
Alonso lo tomó bajo su protección y juntos decidieron vivir en una pensión más humilde, ajustándose al único sueldo que ingresaba. Fueron tiempos difíciles. Los mensajes que recibía Clemente bajo el cielo nocturno del Palmar insistían en que era necesario que los hechos sobrenaturales que allí se producían se propagaran para que todo el mundo, sin distinción de países ni lenguas, tuviera conocimiento de ellos. Estaba en juego —decían los mensajes divinos— la salvación de todo el género humano; no sólo ya en el aspecto espiritual, sino también en el físico, en el material; pues se anunciaban grandes cataclismos y guerras, si los hombres persistían en su actitud materialista y antirreligiosa. “No había manera de sacar adelante aquello”, nos confesó Manuel Alonso en una larga conversación mantenida con él, después de su consagración como obispo y de su excomunión. “Nos habíamos dedicado a confeccionar estampas e impresos y a distribuirlos por ahí; yo, que era el único solvente de los dos, había firmado letras y más letras, para poder ir pagando poco a poco todos los gastos que realizábamos referentes a lo que Dios o la Virgen nos ordenaban desde el lentisco”. Y algo vino a fallar, para complicarlo todo aún más. A Manuel Alonso, gerente de la sucursal sevillana de una importante firma de seguros, le expulsaron también. “Fue cosa, al igual que en el caso de la ex-

pulsión de Clemente, de un tal Padre Serafín Madrid, que Dios lo haya perdonado”.

Encontrarse los dos amigos, defensores ya por encima de todo de las apariciones del Palmar, sin trabajo y sin ningún tipo de ingresos, no hubiera resultado tan agobiante, si no fuera porque eran muchas las deudas que había contraído Manuel Alonso. “Llegamos a estar en tal penuria que tuvimos, incluso, que llegar poco menos que a pedir limosnas. Yo tenía ya fritos a sablazos a todos mis amigos y conocidos. Entonces supimos que de verdad la Providencia existe, pues siempre acudía a salvarnos de las situaciones extremadamente desesperadas. Llegó un momento en que salíamos de casa sin un duro y, de formas siempre absurdas e impensadas, regresábamos con lo justo que necesitábamos para seguir adelante en nuestro empeño de cumplir todo lo al pie de la letra que era posible las exigencias de Nuestro Señor y de la Santísima Virgen. Sabíamos de la trascendencia de nuestra misión y eso nos daba fuerzas para llevarla adelante”. Así vivieron, a golpe de sacrificio y de renuncia, hasta que los devotos del Palmar, cada día más numerosos, comprendieron que era también necesaria su colaboración en los esfuerzos y en los sacrificios económicos. Comenzaron a llegar pequeñas sumas de dinero, no mucho; lo justo para subsistir y para seguir empujando, ahora con más fuerza, la empresa palmariana. “Dios, desde que Clemente comenzó a tener las visiones y a recibir los mensajes del cielo, estuvo siempre con nosotros. Y está. Eso nos da unas fuerzas sobrehumanas. Para llevar adelante todo lo que El ordene; y para soportar toda clase de críticas y calumnias”.

En Sevilla, donde como es natural los sucesos palmarianos inquietan más que en otros sitios, se han levantado campañas interesadas en desprestigiar las apariciones, restándoles veracidad, y a las cabezas visibles del cisma que se ha venido encima, que son Clemente y Manuel Alonso. Las cosas del cielo son siempre más difíciles de atacar y defender; los argumentos a favor o en contra resultan en toda ocasión menos concretos, menos reales, menos tangibles. Por eso, aunque haya partidarios y enemigos de los hechos que se suceden en la aldea próxima a Útrera, todo queda ahí, más o menos en el aire. Sin embargo, dan un resultado más positivo los ataques a las personas que se ven y que se

pueden criticar “en directo”. A Clemente Domínguez Gómez y a Manuel Alonso Corral comenzaron llamándoles visionarios; para después calificarlos como locos. Y ahora, no siendo bastantes estos juicios para conseguir el efecto negativo deseado, les llaman simple y llanamente “maricones”. No sólo a ellos, sino a todos los que, con igual entusiasmo y entrega, se encuentran inmersos en la corriente devota del Palmar. Al decir de las malas lenguas, no son rezos y sacrificios, sino orgías, los retiros espirituales de los palmarianos —hoy carmelitas de la Santa Faz— en su casa central de la calle Redes 20 o en el seminario de la aldea. “Nos trae sin cuidado. Era lo único que les faltaba por decir”, comentó Manuel Alonso.





NO CONTESTA EL VATICANO

“A los obispos y pastores de la Iglesia:

Os doy un aviso, antes de que venga la gran catástrofe. Estáis muchos permitiendo que la herejía entre dentro de la Iglesia; me hacéis más sufrir que todo un ejército armado ateo y materialista. Pronto correrá por las calles de España la sangre de los clérigos... Sois como los fariseos, sepulcros blanqueados, pero estáis podridos por dentro. Retornad a la Santísima Virgen María. Estáis ciegos, pues habéis dado la espalda a la que es la Madre de la Iglesia”.

“Esto ya sí que no”, pareció pensar la jerarquía eclesiástica de Sevilla, cuando tuvo noticias de que Nuestro Señor, en sus mensajes frecuentes a los videntes del Palmar, sobre todo a Clemente Domínguez, atacaba de una manera tan dura a las cabezas visibles de la Iglesia. “A esto no hay derecho”. Y se tomó la decisión de cortar el tirón popular que estaba adquiriendo el pueblecito de las apariciones, que veía sus alrededores repletos de gente de buena voluntad y curiosos todos los días, y especialmente los sábados y domingos, aprovechando el fin de semana. Las celebraciones litúrgicas en el tosco altar del lentisco eran ya un hecho frecuente que no extrañaba a nadie; la Santa Misa se celebraba también y según el rito antiguo, en latín, como mandó en su día —y según los palmarianos para siempre— el Concilio de Trento; y muchos devotos cumplían allí sus deberes religiosos, preceptivos, y comulgaban incluso, pensando que estaban dentro de la más pura ortodoxia. Las condenas contra el Palmar por parte del Arzobispado de Sevilla fueron más terminantes e insistieron, más que en otros aspectos, en que estaba prohibido tanto la celebración de actos litúrgicos, incluida, por supuesto, la Santa Misa, como la asistencia a ellos.

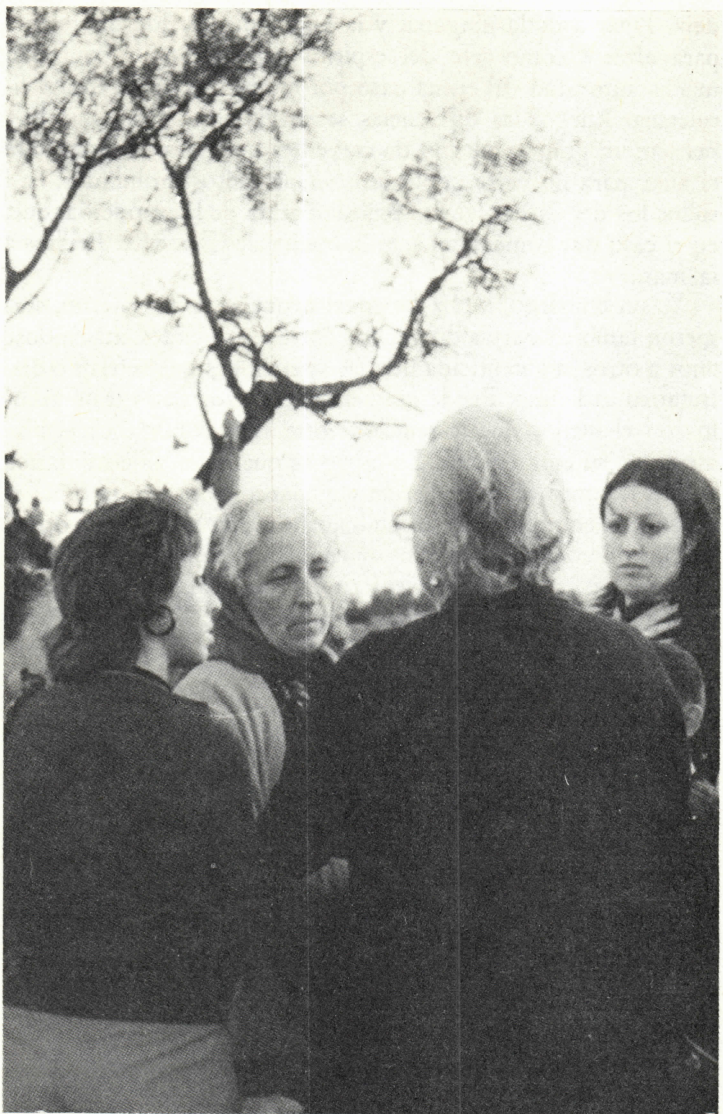
“Mucha prohibición y muchas gaitas, pero cada vez que

hemos pretendido hablar con el Arzobispo acerca de las apariciones, nos ha dado con la puerta en las narices. Ni nos quiere recibir, ni se preocupa lo más mínimo por enterarse de lo que está pasando en el lentisco. No podemos explicarle nada, ni toma en consideración cuantas pruebas documentales le enviamos sobre los hechos sobrenaturales que allí se producen”, se quejaban los devotos y responsables del lugar de las visiones.

Sin embargo, la reiteración y la dureza de las notas episcopales produjeron su efecto, en el sentido de sembrar un poco la duda y la confusión entre los asiduos visitantes de “La Alcaparrosa”. Algunos tomaron la decisión de respetar el criterio del Sr. Arzobispo, que para eso era el Arzobispo, y se negaron a participar, ni siquiera con su asistencia, a cualquier tipo de culto celebrado sobre el altar erigido en el lugar donde estuvo el lentisco de la primera aparición. Cuando iban, se apartaban del tosco monumento y rezaban unos metros más allá o más acá; pero dejando constancia local de su sumisión a los mandatos de la jerarquía. A María Luisa Vila se le apareció la Virgen en otro lentisco tras la curva de la colina, y muchos, seguramente que por la novedad y por avivar su esperanza de ser protagonistas de alguna visión, al llegar al lugar sagrado se dirigían directamente hacia el nuevo filón celestial. “Somos obedientes con el Sr. Arzobispo; si él ha prohibido celebrar cultos aquí, por algo será”.

La mayoría continuó postrándose de rodillas ante el altar, asistiendo a la Santa Misa y recibiendo sus comuniones en él. No les afectaron ni las prohibiciones del Prelado sevillano ni sus amenazas. “Si el Sr. Arzobispo no quiere que nos congreguemos aquí, Dios, por el contrario, ordena que lo hagamos así; de modo que...”

Hubo, por este motivo, un pequeño cisma entre los devotos del Palmar, que se vieron divididos en dos bandos: los de María Luisa Vila y los demás, los de Clemente habría que decir, pues ya el vidente se había destacado como elemento importantísimo. La preferencia del cielo por Clemente Domínguez, manifestada en sus múltiples éxtasis con apariciones extraordinarias y ya multitudinarias en santos y divinidades; la elección que la Virgen había hecho de su persona para llevar adelante sus planes, comunicada reiteradamente a los demás videntes, sin



Algunos devotos, obedientes con los mandatos del Arzobispo, no se concentran ante el altar, sino junto al lentisco donde, a veces, la Virgen se aparece a María Luisa Vila.

dejar lugar a duda ninguna, y la buena disposición del mismo para alzarse como jefe del espíritu palmariano, le conferían mucha autoridad. El cisma pasó por momentos de auténtica virulencia. Luego, las diferencias se suavizaron. Y, aunque hoy persiste un grupo pequeño de creyentes que pasa de largo ante el altar para no verse implicados en sus cultos prohibidos, casi todos los demás han vuelto bajo la batuta de la ortodoxia, que, en el caso que comentamos, es la batuta de Clemente. Pelillos a la mar...

Y, sin embargo, a raíz de aquel pequeño cisma interno, surgieron también ciertas diferencias entre los videntes, atacándose unos a otros la autenticidad de las apariciones que sufrían o disfrutaban cada uno. Puede que no tuviera nada que ver un asunto con el otro y que la relación entre ellos consista exclusivamente en su contigüidad. Lo cierto es que hubo videntes falsos —unos de mala fe, que querían engañar a los presentes o padecían algún complejo que les obligaba a querer destacarse; otros, con buena voluntad, sin afán de engaño, pero histéricos o débiles mentales, cuya fantasía enfermiza trazaba en el cielo negro de la noche del Palmar resplandores divinos—. Y el desconcierto llegó a ser considerable. Nuestro Señor se vio obligado a intervenir, para poner las cosas en su sitio:

“No quiero desuniones, no quiero antagonismos ni rivalidades. No quiero que ningún vidente hable mal de otro, quiero que se sepan perdonar unos a otros, que cada vidente pida por los otros videntes. Que ningún vidente trate de hundir a otro vidente, porque el que se ensalza será humillado y el que se humilla será ensalzado. Caminad juntos, caminad unidos, orad incesantemente, haced penitencia, haced sacrificios. Y, sobre todo, que no os censuréis unos a otros, que todos tengáis amor. Mirad: que si un vidente ataca a otro vidente, ante la faz del mundo dará a entender que tampoco es vidente. Si un vidente quiere ser creído por los demás, él también debe creer a los demás. Pero andad con cuidado, estáis rodeados de lobos, y lo que es peor, tenéis los lobos dentro del rebaño. No tengáis los ojos puestos solamente en los prodigios, y ponedlos en la oración y el sacrificio. Mirad: el enemigo os acecha. En muchos lugares santos, como éste, hay grandes prodigios que son obra mía, pero también hay prodigios que no son míos. Andad con cuidado”.

Llovieron sobre el sagrado lugar de apariciones mensajes como el anterior, en cantidad suficiente para calmar las discusiones y volver los ánimos exaltados a su cauce: "La mejor forma de descubrir a un falso vidente es dejarle; enseguida es desenmascarado por los videntes auténticos". Y así resultó ser, en realidad. Los farsantes fueron descubiertos y expulsados de allí violentamente. Es raro ya que se repita algún caso de esos. Los videntes actuales, que son además los mismos de siempre, se respetan y no ponen en duda las apariciones que contemplan los demás. Todos obedecen a Clemente, no porque él se imponga voluntariamente, sino porque el cielo así lo quiere. Y no es extraño contemplar, durante alguna de las procesiones que se celebran al atardecer de los sábados, que varios de ellos caigan en éxtasis simultáneamente, coincidiendo en las visiones y en los mensajes recibidos. Cuando eso ocurre, el espectáculo es grandioso, aunque sólo sea considerando su dimensión social. A cada vidente le rodea un grupo de devotos y uno se tropieza a lo largo y lo ancho de la suave ladera del lentisco con distintos núcleos de misticismo, idénticos en fe y arrobamiento.

Las negativas del Prelado de Sevilla a las peticiones de que se les tomara en consideración con seriedad, y no sólo para desmentirlos sin previas comprobaciones, por parte de Manuel Alonso y Clemente Domínguez, entre otros dirigentes del nuevo movimiento religioso del Palmar, motivando entre éstos una honda preocupación. Se encontraban atados, sujetos directamente a una autoridad eclesiástica que les negaba incluso el diálogo, y sin posibilidad de llevar a cabo legalmente la obra que el cielo les había encomendado. Todo eran críticas y rumores aviesos sembrados por la calle; no se veía camino alguno, aunque fuera difícil, que sirviera para dar vía libre a las excelencias de las que ellos estaban tan seguros. Era apremiante la difusión de los mensajes divinos; pero no se hallaba manera de conseguirla dentro de los procedimientos correctos. "Las órdenes de Dios son de Dios y no hay más que cumplirlas —concluyeron los palmarianos—; vamos a ver al Papa".

Redactaron un informe minucioso, ilustrado con abundante

material gráfico y testimonios que recogían estigmas, comuniones místicas y otros fenómenos considerados por ellos como sobrenaturales, y se pusieron en camino, rumbo al Vaticano. Esto fue en diciembre del 74 y, hasta la fecha, tampoco el Santo Padre se ha dignado enviar la comunicación más insignificante. Nada a favor; nada en contra. Si exceptuamos las excomuniones que la oficina del Vaticano ha derramado a manos llenas cuando el cisma ya no había quien lo detuviera. Ante el silencio del Sumo Pontífice, los devotos palmarianos concluyeron otra vez: "Las órdenes de Dios son las órdenes de Dios, y nadie, ni el Santo Padre, puede discutirlos. Adelante".

"Santísimo Padre Papa Pablo VI —exponía el documento que entregó, en manos del Sumo Pontífice, Clemente Domínguez Gómez, sobre quien recayó la responsabilidad de la visita; Ciudad del Vaticano. - Roma. Santísimo Padre: Tenemos el alto honor de dirigirnos a Su Santidad y postrarnos a sus pies como fieles, aunque indignos, hijos de su Santísima Persona, Vicario de Cristo en la tierra, y de la Santa Madre Iglesia Católica, Apostólica y Romana. Humildes, obedientes y sumisos a su Suprema Autoridad como Jefe de la Iglesia, depositamos en sus sagradas manos, para su información y estudio, el presente texto, conteniendo Informe y Mensajes sobre las Apariciones Celestiales en el Palmar de Troya (Utrera, Sevilla, España). Suplicamos, Santísimo Padre, tenga a bien aceptarlo. Nuestro mayor deseo es que nuestro Supremo Pastor en la tierra tenga conocimiento, lo más exacto posible, de estas manifestaciones celestiales, que tantas gracias derraman sobre nuestras almas y en donde aprendemos a amar auténticamente a Cristo, a su Santísima Madre, al Papa y a la Iglesia, practicando la oración y la penitencia.

Santísimo Padre:

Suplicamos de su corazón tierno y bondadoso una bendición especial para el grupo de apóstoles del Palmar de Troya y cenáculos de Nuestra Madre del Palmar".

"Ni bendiciones ni nada; ni caso", se han quejado los devotos del Palmar. Estaban ofendidos, dolidos; ellos esperaban del

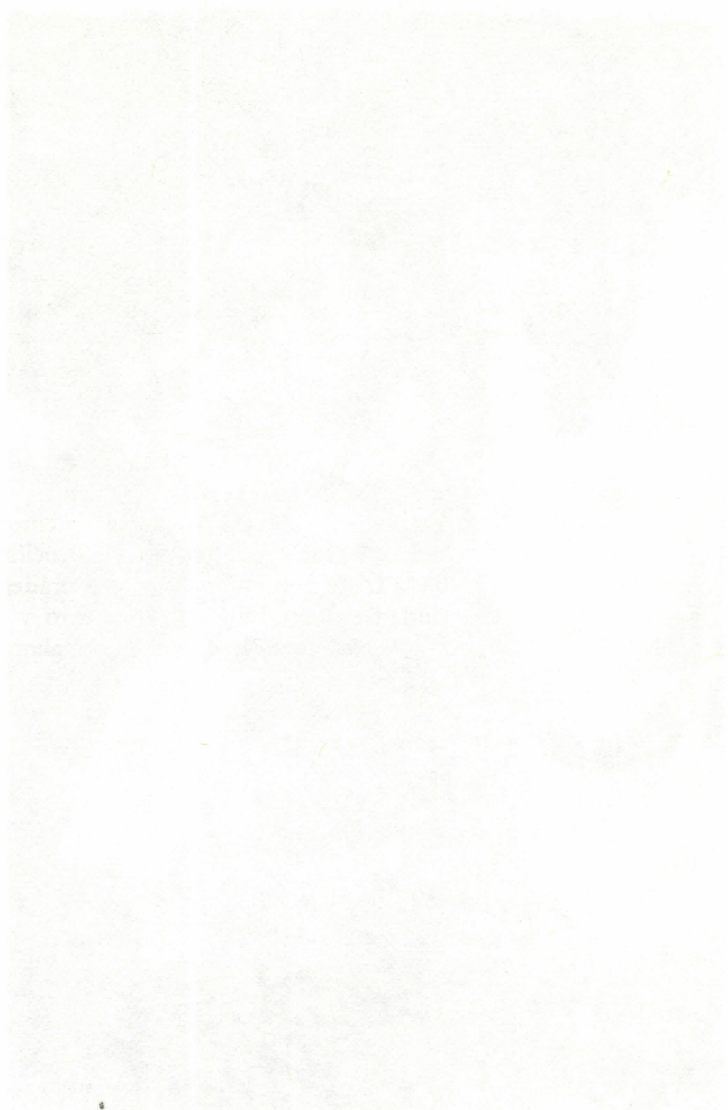


Los grupos de devotos rezan a las órdenes de los apóstoles.

Santo Padre algo, aunque sólo fuera su bendición. El documento, tan diplomáticamente redactado, no tuvo el menor eco en el Vaticano. "Seguro que al Papa se lo quitaron de las manos y ni lo leyó". El dossier, firmado por Manuel Alonso Corral, Francisco González Ramírez y Carlos Girón Fernández, se perdió, traspapelado, en algún rincón del olvido pontifical. Sus datos históricos referentes a las apariciones, su organización, sus cultos, sus rezos, estigmas y milagros, aderezados con fotografías y firmas testificales, resultaron ser una empresa digna de mejor causa. El silencio eclesiástico oficial pesó como una losa sobre el sencillo monumento a las visiones del Palmar.



Mientras el silencio oficial pesaba como una losa sobre el sencillo lugar de apariciones, los fenómenos místicos continuaron produciéndose. (En la fotografía, Clemente Domínguez en uno de sus espectaculares éxtasis.)



THE
LIBRARY
OF THE
MUSEUM OF
ART AND
ARCHAEOLOGY
OF THE
UNIVERSITY OF
CAMBRIDGE
100 Brookline Ave.
Cambridge, Mass. 02139
U.S.A.

EL POZO DE LOS MILAGROS

Ninguna adversidad contuvo al fenómeno religioso del Palmar, que, en contra de vientos y mareas, tempestades más bien, de críticas y campañas prohibitivas y de desprestigio, siguió adelante, incrementando sus portentos y sus adictos. Y sus curiosos, quienes se presentaban allí a divertirse, sin respeto y compostura. El Sagrado Lugar notaba ya en demasía la falta de una verdadera organización. Los visitantes no comprometidos en las creencias, merodeaban por allí sin orden alguno y entorpecían a los que rezaban con gran recogimiento y devoción. A veces, el lentisco daba la triste impresión de ser una pradera donde la gente de la ciudad encontraba el esparcimiento y el descanso domingueros. *“Quiero que a partir de hoy —comunicó la Virgen, el 8 de agosto de 1970—, en este sagrado lugar no falte la oración en ningún momento. Os turnáis. Cuando estén cansados unos, que dirijan otros. Y el que quiera hablar que se salga un poco más retirado y no perturbe la oración. A este Sagrado Lugar no se viene a hablar, sino a orar y hacer penitencia, que bastante enojado está el Padre Celestial para perder el tiempo en cosas livianas. Además, debéis poner un cartel bien visible y en letras grandes: ‘Este sagrado lugar es de oración y penitencia. Por caridad se pide guarden silencio y decoro’*. Y señalando la Santísima Virgen con su mano, prosiguió: *“Este es el lugar auténtico, real y verdadero, donde yo quise hacerme visible a varias criaturas desde el 30 de marzo de 1968. Este, por tanto, es el lugar exacto de la oración, de la penitencia y del recogimiento, como tributo y acción de gracias al cielo por haberlo escogido”*.

Por miles podían contarse ya los devotos palmarianos que se congregaban en el lugar de las apariciones, cada sábado, procedentes de las provincias y de los países más diversos. No fue ya noticia que llegaran grupos numerosos, en grandes autocares,

que provenían de Irlanda, la católica Irlanda, de Bélgica o del Canadá. El cielo dictó órdenes y nombró apóstoles, asignándole a cada uno la misión de controlar la devoción al Palmar en su provincia, en su región o en su país, según los casos. También debían difundir los mensajes celestiales entre los suyos y comunicar las fechas en que Nuestro Señor o la Virgen convocaban unas congregaciones especiales, tales como las festividades de la Inmaculada, Virgen del Carmen, 12 de octubre, día de Año Nuevo... El cielo se había definido ya como íntegramente tradicionalista en lo que respecta a la devoción y a los cultos: Preferencia al Santo Rosario Penitencial, compuesto por cincuenta padrenuestros, cincuenta avemarías y glorias, Viacrucis y Santa Misa Tridentina de San Pío V. Casi nada. "Palmar, quiere decir abundancia de palmas —comenta con alegría el apóstol de Andalucía Oriental—; y palmas son triunfos".

La organización apostólica puso en contacto a muchos grupos de creyentes de apariciones de muchos sitios que terminaron siendo también defensores del Palmar. Clemente Domínguez, erigido en jefe supremo de los apóstoles con el consenso de su totalidad y la rúbrica del cielo, viajó por Europa y por el continente americano, visitando sagrados lugares de visiones y mensajes: La Ladeira portuguesa, Garabandal, La Codosera, el Verjel (México), El Mimbral, Lourdes... Miles de kilómetros recorridos con la brújula de Dios, haciendo proselitismo, difundiendo los mensajes celestes, entrevistándose con obispos y más obispos que nunca le prestaban atención.

La prohibición, manifestada en cada ocasión con más dureza, del Prelado sevillano, no les afectaba. "Estamos siguiendo las orientaciones del Señor". Cuando el Vaticano negó la veracidad de las apariciones de la Virgen en Garabandal, el 8 de febrero de 1971 el Señor hizo acto de presencia en el lentisco para aplacar los ánimos: *"No os turbéis por eso. Muchos de vosotros tenéis pruebas de que es una auténtica aparición sobrenatural. Cuando es sólo juego de niñas, no perdura la constancia en millones de creyentes. Hay que estar ciego para pensar que cuatro niñas puedan jugar a un juego tan peligroso, pues al poco tiempo serían descubiertas y desacreditadas. Cuatro niñas diciendo lo mismo día tras día, soportando el rigor del frío en el norte de España, a cualquier hora del día y de la noche, soportando pregunta tras pregunta. Es una conde-*

na que cae por su propio peso. La reacción de un corazón sano sobre estos hechos es inclinar la cabeza y aceptar la obra de Dios. Si fuera histeria, la histeria no convierte a los pecadores. Podrían sugestionarse por un breve momento, mas al otro día su conversión sería nula. La histeria no hace rezar a 40.000 personas, como he contemplado en este Palmar de Troya. No os turbéis, conservad la paz. Cuando estáis plenamente convencidos de que la aparición es de Dios estáis obligados a dar testimonio de ella. No podéis escudaros en que la jerarquía ha condenado. No es la primera vez que la Iglesia ha condenado una aparición y posteriormente ha autorizado el culto. Mirad los frutos y sabréis si la aparición es de Dios''.

Este mensaje dejaba expuesta con la máxima claridad la opinión de Dios acerca de las condenas y prohibiciones de la jerarquía eclesiástica, y no se refería, eso es evidente, sólo a la negativa del Vaticano con respecto a los fenómenos sobrenaturales de Garabandal. Eso era más bien un pretexto. Cuando Nuestro Señor se decidió a hablar en el Palmar sobre el asunto, lo hizo para defender anticipadamente las apariciones palmarianas de la condena que sobre ellas iba a verter Roma unos años más tarde. Y si se ponía ya en entredicho por el cielo la validez de una negación del Sumo Pontífice, ¿qué decir de las notas pastorales con que el Arzobispo de Sevilla pretendía alejarlos del lentisco? Las desautorizaciones del Prelado sevillano acerca de los hechos sobrenaturales, supuestos, del Palmar, dieron lugar a varios documentos que vieron la luz en diferentes ocasiones: el 6 del 5 de 1970; 15-3-1972 y 2 de enero último, y sucesivos. "Ante la confusión provocada dentro y fuera de la diócesis por las actuaciones abusivas que siguen produciéndose en el Palmar de Troya —exponía la más reciente—, y a requerimiento de muchos sacerdotes y fieles, me siento en el deber de pronunciarme nuevamente ante vosotros. Ante todo he de repetir, sin equívocos de ninguna clase, que desde que empezó a hablarse entre nosotros de supuestos fenómenos sobrenaturales acaecidos en el Palmar de Troya o en otros parajes de esta provincia, la autoridad diocesana de Sevilla ha seguido atentamente el desarrollo de los

hechos, con el debido estudio y asesoramiento, llegando a la triste conclusión de que no sólo no hay indicios de intervenciones extraordinarias de Dios, sino que, por el contrario, son muchas las pruebas de que no las hay. Un reducido grupo de supuestos videntes, con algunas personas que les secundan y apoyan, incluso económicamente, han logrado atraer en determinadas fechas a personas de fuera de Sevilla y de fuera de España, que se concentran allí para celebrar actos religiosos y seguir de cerca los pretendidos fenómenos sobrenaturales. Quiero pedirlos a los sacerdotes y fieles de la comunidad diocesana que no os alarméis en exceso por estos extraños acontecimientos, ni deis pábulo a la credulidad ante fenómenos no reconocidos y aun reprobados por la autoridad de la Iglesia”.

“¡Paparruchas!”, debieron pensar los devotos del Palmar, cada vez que el Arzobispo largaba sus desautorizaciones. “Nosotros, a lo nuestro, que es lo de Dios. Ni caso”. El altar fue retocado en lo que fue posible, para que los cultos resultaran más vistosos; a la entrada de la finca “La Alcaparrosa” se clavó un gran cartel con el texto que la Virgen había dictado, junto al que ordenó poner el dueño de la finca impidiendo el paso a toda clase de vehículos; y se puso en marcha la edición de una revista, confeccionada a multicopista, llamada “Ecos del Palmar”. No era mucho; todavía era necesario, cumpliendo los mandatos del cielo, construir un santuario en el lugar donde estuvo el lentisco de las apariciones, y, claro, previamente, adquirir la propiedad de los terrenos. Los donativos comenzaron a caer copiosamente, y caen, procedentes de muchas manos devotas; la revista “Ecos del Palmar” llegó a tener una tirada considerable que mantenían múltiples suscripciones; el optimismo, en fin, reinaba en el Palmar.

Una noche, durante uno de sus éxtasis, Clemente Domínguez recibió de la Virgen la orden de abrir un pozo, cuya agua, una vez bendecida por ella, sanaría a enfermos y aplacaría a los malos espíritus. La orden fue escueta, pero terminante.

—¿Y no te ha dicho dónde?

—No. Pero urge.

La nueva obra se puso en marcha, como se ponen en marcha siempre los deseos celestiales en el Palmar de Troya, es decir, inmediatamente. Los apóstoles se reunieron en torno al vidente. “¿Alguno de vosotros sabe algo de estos asuntos de aguas y de pozos?” El silencio fue una respuesta elocuente. “Habrá que encargar el caso a un pocero”.

El primer intento no dio fruto. Tras ahondar en las entrañas de la tierra más de doce metros, ésta salía a la superficie cada vez más seca. “Aquí no hay ni gota”. El primer pozo que se perforó estaba situado unos pocos metros por encima del portillo de entrada a la finca, cerca de la cuneta. En otro intento, se extrajo la tierra de una hondonada que existe en el lado contrario, más cerca de la aldea, también junto a la carretera. No resultaba fácil encontrar el sitio adecuado, por lo que hubo que recurrir a los servicios de otro técnico pocero con más conocimientos que el anterior, quien los demostró muy escasos. Señalado el lugar, los devotos se pusieron de nuevo manos a la obra con entusiasmo. Pero cuando estaban llegando a una profundidad de nueve metros, el tinglado se vino abajo, porque el terreno no se prestaba a ello. El pocero quedó totalmente enterrado bajo los cascotes y andamios; y consiguieron sacarlo ileso por puro milagro. La obra tuvo que ser suspendida ante tantas contrariedades. Andaban todos, el pocero también, desconcertados. El técnico dimitió de su cometido, porque se vio enterrado otra vez, y no quería tentar a la Fortuna de nuevo. Otro pocero, más valiente que el anterior, se encargó de llevar a término la tentativa. Y muy grandes volvieron a presentarse las dificultades, ya que la tierra, de arena muy movediza, no reunía condiciones.

Pero, cuando habían ahondado unos catorce metros, el ayudante principal del maestro de la obra, que estaba trabajando en el interior, a una altura de doce metros, cayó entre unas planchas de hierro hasta el fondo. Ninguno de los que se encontraban allí dudaba de que el obrero había muerto, o al menos se hallaba muy mal herido. La sorpresa grande fue encontrarlo sano y salvo, con leves rasguños solamente, cuando, después de extraer la tierra y las piedras y levantar las planchas de hierro, pudieron elevarlo hasta la superficie con la ayuda de una polea. Ni siquiera necesitó asistencia médica. Estaba muy contento y

gritaba, tocándose los brazos y las piernas para cerciorarse de que no tenía nada roto: “¡Esto sí que ha sido un milagro!” Y, a pesar de tantas y tantas vicisitudes, el agua no brotaba, ni se veían indicios. Clemente Domínguez —según difundieron las multicopistas palmarianas— decidió exorcizar el pozo, por si el diablo obstaculizaba la buena marcha del mismo. Así lo hizo, y uno de los fieles presentes notó la fuga diabólica, recibiendo un golpe. Dos días después, era el Miércoles de Ceniza, brotó el agua deseada. La obra quedó concluida el día 11 de mayo. Dos noches más tarde, estando el Santísimo solemnemente expuesto en el lentisco, el Señor habló a Clemente desde la Eucaristía ordenándole que se hiciera una procesión con El hasta el pozo y que, entonces, el Padre José de las Pobres Almas lo bendijera. Así se hizo; el Santísimo quedó expuesto sobre el pozo, mientras el sacerdote procedía a la bendición.

El 16 de julio del mismo año, 1970, la Virgen ratificó la bendición del agua del pozo, en una aparición sucedida a las 2,15 de la madrugada: *“Hijitos míos: ya queda el agua del pozo bendecida por mi mano poderosa, mi mano de Madre de bondad. Desde este momento podéis beber el agua, obrará curaciones en los enfermos. Bebed con confianza del agua de vuestra Madre, el agua de vuestra Madre del Palmar, que cura las enfermedades corporales y espirituales. Bebed con confianza. A muchos curará. Llevad el agua a los enfermos de todas partes, en vuestras ciudades y en vuestras naciones”*.

Concluido el éxtasis de Clemente, se acercaron todos hasta el pozo; se rezó un misterio del Rosario y el vidente procedió a la apertura de la tapa, a la vista de numerosos peregrinos españoles y extranjeros. Todos bebieron del agua y los rezos se prolongaron hasta el amanecer.

A partir de entonces el agua del pozo del Palmar no ha dejado de obrar curaciones milagrosas, en especial cuando la virgen a través de sus mensajes, convoca grandes concentraciones. En una sola ocasión, en presencia de 40.000 personas —cifra facilitada por los devotos—, curaron de las más diversas dolencias hasta 14 enfermos incurables: El R. P. Tapiés, de Barcelona, humedeció los ojos de un niño ciego con el agua del pozo milagroso, y éste recuperó la vista en el acto; la madre, sollozando de emoción, mostró en sus brazos al hijo curado. Fue testigo de



El agua del pozo del Palmar obra innumerables curaciones.

este hecho prodigioso el Padre Luna, que años más tarde lo puso en entredicho. Las curaciones que se iban produciendo se comunicaban de los más próximos a los más lejanos. Aquello fue el delirio. Un niño sordomudo de Avilés, cuya madre pidió a la Virgen una muerte de la veracidad de los fenómenos palmarianos, curó momentáneamente de su sordera. Muchos pudieron contemplar cómo el chiquillo se tapaba las orejas, porque no podía soportar, por falta de costumbre, los ruidos que le rodeaban. Instantes más tarde, la sordera volvió. El milagro fue sólo una muestra de los poderes de la Santísima Virgen a aquella asturiana. Quedaron curados también otros ciegos y sordos y paralíticos. La Virgen empezó la extraordinaria jornada bendiciendo a todos los que se habían congregado allí; luego recomendó que tuvieran fe y ordenó a los sacerdotes presentes, entre ellos los mencionados Padre Luna y Padre Tapies, que salpicaran con el agua milagrosa a todos los enfermos, advirtiéndole que sólo algunos serían curados. La concentración había sido recomendada por la Virgen con alguna antelación y con cierta insistencia, subrayando que no solamente sanarían los enfermos, sino que también, y esto era más importante, se convertirían muchos pecadores. En un diario que María Luisa Vila escribía, y en el cual quedaban fielmente reflejados sus diálogos con las apariciones, quedó recogida la promesa que le hizo Nuestro Señor: *"No dudes y ven. Te prometo que verás a mi madre. "Jesús, haz algo especial ese día; aunque yo no te vea." "Que vengan, que vengan con fe. Mi madre consolará a muchos, que recen con fe. Yo repartiré muchas gracias en ese día. Muchos enfermos curarán"*.

El Padre Luna escribió después un libro sobre las apariciones del Palmar, que fue calificado por los devotos como "desfavorable y sin fundamento", porque —argumentaron los palmarianos— daba un color sombrío, ridículo y melodramático, un tanto pueril, a hechos sobrenaturales importantes y trascendentes, a pesar de que él mismo fue testigo, junto a millares de personas. A propósito de este libro, no hace mucho que estando el vidente José Navarro en éxtasis, contemplando a la Virgen, otra persona se lo presentó. Entonces, la Virgen, rechazándolo dijo: *"El Padre Luna se ha confundido en este libro como se confundió también en Garabandal"*.

En distintas fechas se han repetido las curaciones milagrosas



Los devotos guardan cola para aprovisionarse de agua milagrosa.

atribuidas al agua del pozo del Palmar. Anotemos, a modo de referencia breve, algunas:

Mientras asistía a la celebración de un Viacrucis, Fernando Gómez Moreno, de Cádiz, que padecía fractura tibial y rotularia y que tenía la pierna anquilosada, curó de su dolencia, siendo atestiguado el milagro por Eugenio Rodríguez Pérez; Antonio Rodríguez, Manuel Romero y Berta Rivero de Sánchez, todos ellos residentes en la ciudad gaditana.

Consuelo Alonso, natural y vecina de Brenes (Sevilla), sufría un gran quiste en el pecho desde hacía años: el 16 de julio de 1973 pasó un pañuelo por la Santa Faz expuesta en el altar del lugar de las apariciones pidiendo que su mal desapareciera, ofreciendo a cambio llevar el pañuelo siempre en el pecho. A los tres días, sintiéndose muy aliviada, visitó al médico, quien le comunicó que el quiste, incomprensiblemente, había desaparecido por completo.

Angeles Santana, de Brenes también, tenía una úlcera infectada en una pierna, desde hacía más de cinco años. No se curaba con nada y el médico le había confesado que no sabía ya qué medicina recetarle, pues todas resultaban inútiles, porque la enferma era diabética y esto impedía la cicatrización. Agua del Palmar sobre la úlcera, simple agua, y a los cuatro días, ni rastro del mal.

Rosario Salazar Delgado, residente en Sevilla, tenía una pierna, desde hacía muchos años, completamente inútil. Acudió al Palmar de Troya el 15 de agosto de 1973, para pedir la curación de un familiar suyo, no acordándose siquiera de su propio mal, pues estaba resignada ya a terminar sus días así. Después de beber del agua del pozo, mientras asistía a la celebración de la Santa Misa, sintió, de repente, vida en su pierna y se dio cuenta de que podía moverla perfectamente, pues había quedado, milagrosamente, útil.

A José Vázquez Martínez, de Monforte de Lemos (Lugo), le desapareció un cáncer que padecía en el estómago. El médico, un especialista de Orense, le había dado sólo 15 días de vida. Sólo una vez tuvo que beber agua del Palmar.

Sería imposible hacer un recuento de las curaciones milagrosas que se atribuyen al agua bendita por la Virgen, pero deben alcanzar una cifra considerable. La revista "Ecos del Palmar"



En algunas fechas arrecian las curaciones atribuidas al agua del Palmar.

ha hecho un llamamiento para que todos los devotos lectores que hayan sido favorecidos por la medicina celestial, o que conozcan algún caso, lo comuniquen a la redacción, para intentar la confección de una lista y poder así llevar un cierto control. Hasta ahora, no han cesado de llegar pruebas documentales, más bien testimonios de personas que presenciaron un prodigio o se beneficiaron de él. La revista publica periódicamente los nombres de los afortunados, y su dirección, con el fin de que a nadie le quepa duda de la veracidad.

El apóstol de Andalucía Oriental, Escolástico Medina Molinero, estuvo presente en diversas ocasiones en que se produjeron milagros y asistió muy de cerca a algunos casos. Refiriéndose a la congregación masiva de que hemos hecho referencia, y durante la cual quedaron libres de sus males 14 enfermos incurables, asegura: "Era algo grandioso; yo estaba junto al Padre Tapiés, en el momento en que se produjo la curación del niño ciego, y en otros casos también. A la vista de aquellas cosas, ¡cómo no va a creer uno!".

Son estos hechos, en unión de los portentos que relataremos más adelante, los que proporcionan más adeptos a las apariciones del lentisco. Hoy, como hace miles de años, el hombre necesita ver, comprobar, meter su mano, ahondar, palpar él directamente la llaga, para dar testimonio de que existe. Los curados de sus males han arrastrado y arrastran, es natural, a otros de su mismo pueblo y de los lugares vecinos, que los vieron antes con su enfermedad y ahora los ven libres de ella.

Los hay también, cómo no, desilusionados. Enfermos incurables que conservan su mal, a pesar de los rezos y del agua, y a pesar de sus frecuentes visitas y sus rogativas. Los designios y las elecciones del Cielo resultan a veces arbitrarias, cuando escapan a nuestra simple comprensión. Es curioso que, en todos los casos en que la Virgen o el Señor han anunciado prodigios o curaciones, no han dado seguridad plena de que aquéllos se iban a llevar a cabo. "*No os prometo nada; no os prometo nada*", insistía la Santísima Virgen, en un mensaje, convocando a una de las concentraciones masivas. A veces, la gente va con los ojos dispuestos a contemplar hechos milagrosos, curaciones o apariciones espectaculares; y han de volver con las manos vacías, sin resultados positivos. "Sin resultados positivos, no —corrigen los



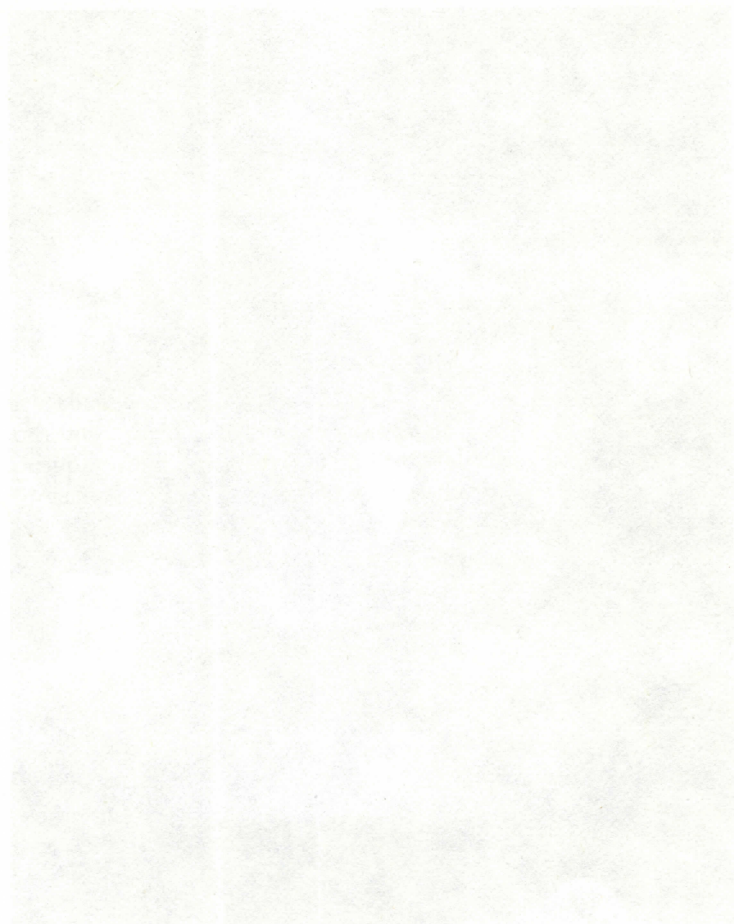
El agua milagrosa es distribuida por un devoto, que guarda las llaves del pozo.

devotos—; que ya la oración y el sacrificio son elementos que ayudan a nuestra salvación y complacen al Señor”. De una manera o de otra, los milagros, parte tan importante en el conjunto de un lugar de apariciones, son tema siempre del día; porque si se dan, se habla de ellos y aumenta la fe, y si no se producen en el acto e “in situ”, se recuerdan los pasados. Que es muy raro no encontrar entre los asistentes algún espectador de anteriores hechos.

De todos los milagros que se han dado en el lugar de apariciones, los devotos enviaron al Arzobispado cuantas pruebas documentales pudieron reunir, con vistas a legalizar los fenómenos. Y, en contra de la declaración del Prelado en el sentido de que no existen indicios de acontecimientos prodigiosos, existe entre los concurrentes asiduos al lentisco la certeza absoluta de que sí. Dios sabrá qué razón dar a cada uno.



En el centro, Escolástico Medina, Apóstol de Andalucía Oriental, testigo de algunos hechos milagrosos.



THE UNIVERSITY OF CHICAGO PRESS
CHICAGO, ILL. 60637

DIOS PIDE UN TEMPLO

A partir del mensaje de la Santísima Virgen indicando el sitio exacto de su primera aparición, se erigió allí un pequeño monumento compuesto por un tosco altar coronado por un cuadro de la Santa Faz, reproducción de la que se venera en Turín, que es la que hace recaer sobre sí los más fuertes argumentos de autenticidad, y la imagen de la Virgen del Palmar. Unos farolillos y velas completaban todo accesorio y ornamentación. Por techo, la bóveda inmensa, unas veces estrellada, otras no, del cielo; y el piso, una capa de cemento sobre la tierra blanda del barbecho. Poco a poco, se levantó una verja de hierro, entorno a la sencilla obra. Los devotos tenían conciencia de que aquello no era suficiente y no echaban en olvido adecentarlo en cuanto pudieran. Mas, como no contaban con medios económicos, el progreso era nulo; la idea de reconstruir allí un verdadero templo se había ido convirtiendo en una pura entelequia, sin visos de llevarse nunca a la realidad. Nuestro Señor, en varias ocasiones, a través de los mensajes comunicados a los videntes, en especial a Clemente, insinuó la conveniencia de que en aquel lugar se levantara de una vez un templo grande, un Santuario, como corresponde a su rango y al de su Santa Madre. Como eran sólo deseos, que no órdenes, los palmarianos, sin medios materiales para realizarlo, le fueron dando largas, con sus mejores intenciones. Debían subvenir con más urgencia a otras necesidades que ellos consideraban más apremiantes; el templo podía esperar, pero la difusión de las excelencias del Palmar, mediante folletos a multcopista, no. Y, además, se iba engrosando con el paso de los días otro problema nuevo, con el que en un principio no habían contado: alojar, como fuera y donde fuera, a los peregrinos llegados de lugares lejanos que, captados fulminantemente en el recinto de la fe, ya no querían alejarse de allí. Sin contar los gas-

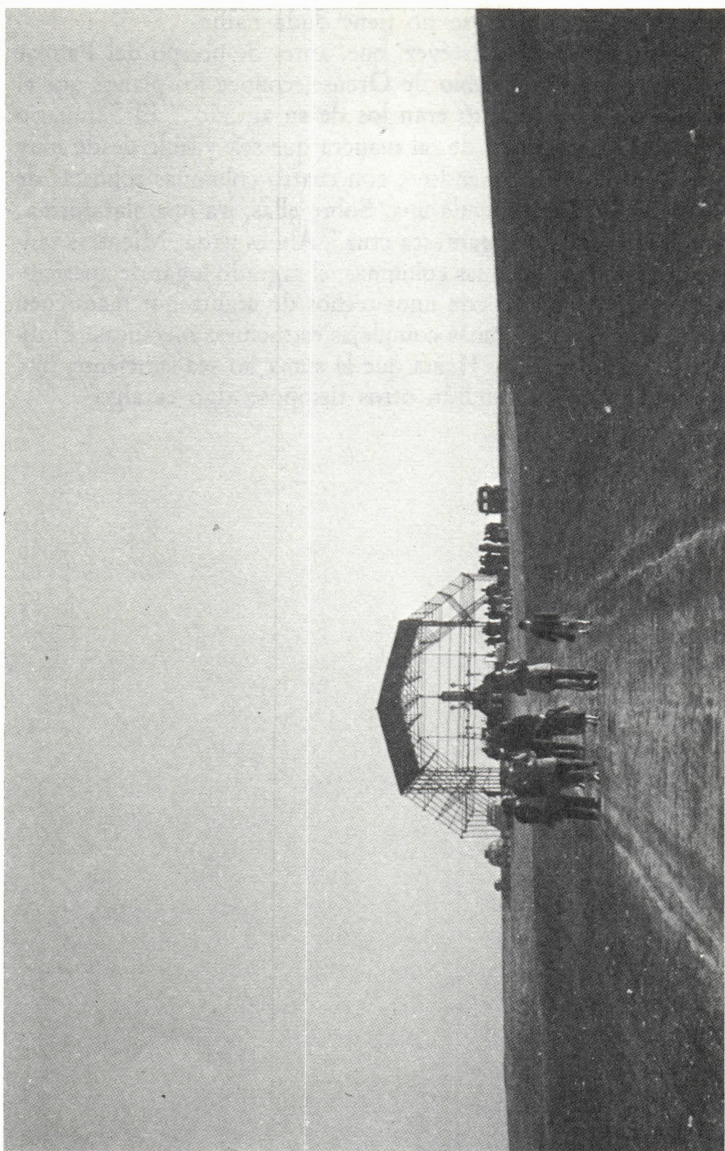
tos que representaban los viajes apostólicos de Clemente, que no paraba.

Tuvo Nuestro Señor que enojarse un poquito. El 30 de mayo del año pasado, en "La Alcaparrosa", su voz sonó en los oídos del vidente con acentos de reproche:

"Hijitos queridísimos: ¡Atención al Sagrado Santuario! Es mi orden absoluta que, después que hayan retirado el trigo, este trigo que yo he dado, deben comenzar las obras, pase lo que pase, cueste lo que cueste. ¡Ha llegado la hora! Después del trigo, a comenzar la obra del Santuario. Ya llegará la ayuda económica. No os preocupéis. Pedid y recibiréis. Hijos queridísimos, no es a vista de vosotros, es una realidad: ¡Buenos trigos, buena cosecha! Gracias a mi intervención. ¡Qué menos que exigir un trozo para mí y para la reina! Mi bendición para la obra. Valentía y ¡Adelante!

No hubo más dilaciones. Los devotos palmarianos pusieron inmediatamente manos a la obra, que no era poca cosa. Se abrió una cuenta corriente en la Sucursal del Banco Central de Utrera, a nombre de Francisco González, Carlos Girón y Manuel Alonso, con el número 2.590. "Confiamos en la generosidad de los devotos de Nuestra Madre del Palmar, pues los únicos recursos económicos con que contamos son las limosnas que nos puedan enviar —publicaron los folletos, en un llamamiento dramático—. Solicitamos tu ayuda económica para la construcción urgente del Santuario, cuyas obras comenzarán en breves días".

Había que adquirir en primer lugar "La Alcaparrosa", o, por lo menos, parte de ella, y efectuar una conexión eléctrica muy costosa. Y, sobre todo, levantar el templo. Todos pusieron su granito de arena para conseguir el montón suficiente para poner en marcha el heroico intento. Los donativos se multiplicaron, y se multiplican, como por arte de magia. Llegó dinero, y llega, de todos los lugares del mundo. No son grandes cantidades, mas permiten ir logrando las metas sucesivas. La finca ya fue adquirida por 3.500.000 pesetas; la electricidad alumbró con potencia los cirios y faroles del altar, después de haber desembolsado las casi 500.000 que importó la conducción. Y, lo más difícil, lo más costoso, que es todo lo que resta por hacer, el



Mientras el gran templo se construye, el lugar de las apariciones ha sido cubierto con un techo de uralita.

templo, se hará. De eso no tiene duda nadie.

El Padre Camilo Estévez, que, antes de obispo del Palmar fue párroco en un pueblo de Orense, conoce los planos que el mismo Señor manifestó eran los de su agrado: "El Santuario debe estar construido de tal manera que sea visible desde muy lejos —contó el Reverendo—, con cuatro columnas robustas de 40 metros de altura cada una. Sobre ellas, irá una plataforma; y, más arriba, una gigantesca cruz". Ahí es nada. Mientras tanto, mientras se erigen las columnas, el sagrado lugar de apariciones ha sido cubierto con unos techos de uralita que mantienen en equilibrio estable unas complejas estructuras metálicas. El dinero, sigue llegando. Hasta que la suma no sea suficiente, hay que esperar. "Ya vendrán otros tiempos; algo es algo".



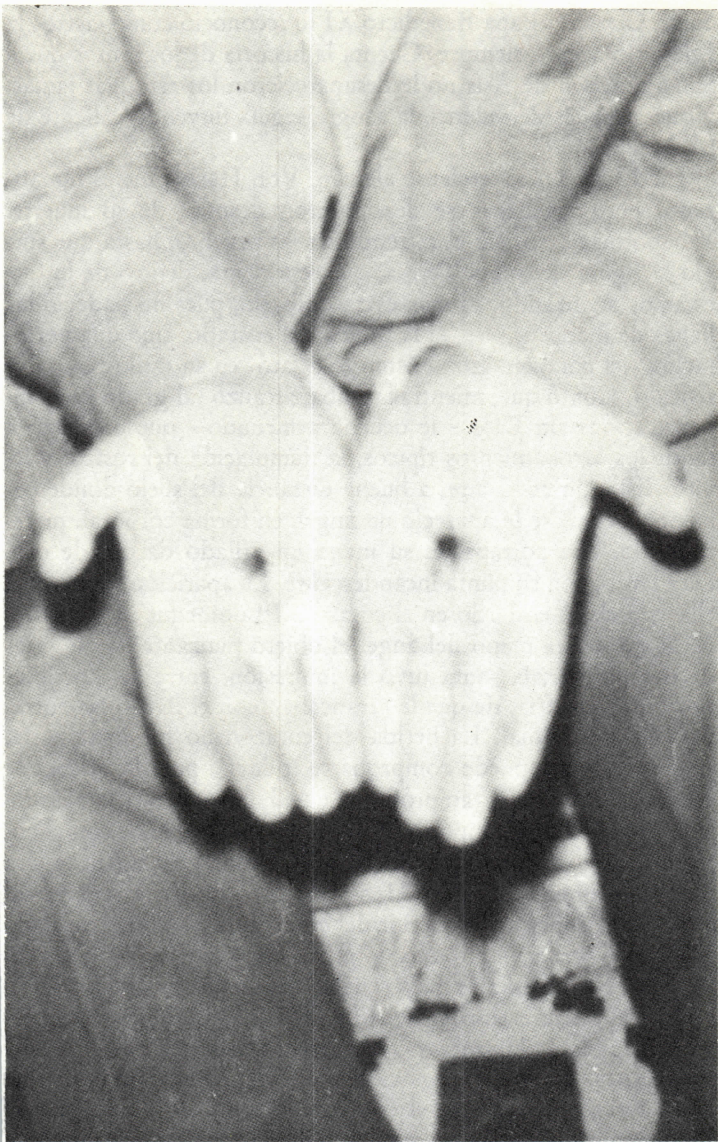
Las circunstancias dentro de las cuales se producen los éxtasis entre los palmarianos no difieren en términos generales de las que son comunes a lo largo de la historia de los lugares de apariciones de todo el mundo. Desde luego, sin dejar al margen la característica de que en el Palmar superan en número y frecuencia a los comprobados en otros sitios. Es difícil asistir a una concentración de devotos en el lentisco sin que se le depare a uno la oportunidad de estar presente en alguno. Pero, ateniéndonos a lo esencial, los éxtasis que nos ocupan, reúnen los mismos caracteres que los que se desarrollaban en Lourdes, Fátima o Garabandal, por citar sólo muy pocos ejemplos. En todos ellos, y en los de la aldea sevillana, el fenómeno aparece de una manera fulminante: el vidente cae al suelo de rodillas en un movimiento súbito, tanto que incluso a una cámara cinematográfica le es imposible captar las fases de la caída, el recorrido del cuerpo hasta el suelo. Utilizando los términos que son más usuales en los estudios sobre fenómenos místicos, habría que escribir que los extasiados vienen a tierra “como si les hubiesen segado las piernas de un tajo”, de repente, en una milésima de segundo, visto y no visto. Una vez arrodillados, en éxtasis, aumenta el peso extraordinariamente y se produce una total anestesia. Los extasiados no suelen sentir dolor; y no lo sienten de hecho, a no ser que se lleve a cabo en ellos, simultáneamente, algún otro fenómeno que sea de por sí doloroso, como los estigmas. También es normal que el éxtasis sea presentado con una serie de sensaciones místicas, a modo de avisos. En el Palmar falta, a veces, esta última circunstancia, aunque el trance va precedido de una serie de síntomas, confusos para los que no tienen costumbre de presenciarlos, pero obvios para los iniciados. Y el ambiente de fervor religioso —lo hemos presenciado— lo favorece.

Cuando el éxtasis se ha producido, el vidente adopta una postura de total arrobamiento, de plena felicidad ante la visión que contempla. Sus brazos abiertos en forma de cruz, la frente alzada al cielo, los ojos fijos, como clavados en la visión, la expresión de la cara de una entrega íntegra. Se diría, y en cierto modo es así, que no se pertenecen a ellos mismos. La duración del fenómeno no traspasa los límites de unos pocos minutos, generalmente, aunque pueden durar muchos más, hasta horas. El extasiado, esto no siempre, pierde la noción de lo que le rodea, no ve nada ni a nadie, no oye, no siente nada que no sea su espíritu. En el Palmar se han venido produciendo éxtasis “bellísimos”, entendiendo el vocablo como significante de que la entrega mística del vidente es de tal intensidad que comunica algo a los demás. Los mensajes de la Virgen o de Dios son recibidos entonces y comprendidos por la persona que está en trance, perfectamente.

Es, sin embargo, el éxtasis el fenómeno de menos interés de todos cuantos se dan bajo el cielo palmariano, y el de menos novedad. La mística europea, y la española no digamos, está repleta de santos y de santas que caían en este estado continuamente.

El estigma es menos frecuente y los casos de estigmatizados son famosos. El fenómeno consiste en la aparición de las heridas y llagas que padeció Jesucristo durante su calvario: heridas en las manos y pies, gran abertura sangrante en el costado, huellas cruentas de las espinas de la corona. La misma frecuencia de estigmatizaciones entre hombres y mujeres, solteras o casadas. Lo normal es que surjan los estigmas en manos y pies; es más rara la llaga del costado; rarísimas las heridas de la corona de espinas. La sangre que brota de los estigmas no respeta las leyes de la gravedad, fluye siempre en el sentido en que corría por el cuerpo de Cristo clavado en la cruz. Así, aunque la postura del místico sea totalmente contraria, o diferente, a la del crucificado, la sangre resbala en la dirección y por los lugares del cuerpo que a El le cayó.

El primer estigmatizado de que se tienen noticias fue San Francisco de Asís, quien estando en éxtasis contemplando a Jesús crucificado, sintió cómo se le abrían en su cuerpo las mismas heridas que él estaba viendo en el Señor. El hecho lo contemplaron muchísimas personas, entre ellas, San Buenaventura y



Clemente Domínguez muestra sus manos taladradas por estigmas que le produjo con un punzón la aparición del Padre Pío.

Santa Clara; el Papa Benedicto XI lo reconoció como cierto; la Iglesia lo aceptó siempre. Cuenta la historia de los santos que a San Francisco de Asís no le desaparecieron los estigmas jamás, y que, después de muerto, la sangre seguía fluyendo caliente de las heridas...

En 1332, un cisterciense alemán, Von Haske, fue estigmatizado, pero las llagas se descubrieron después de su muerte. Y hubo más casos sin el refrendo de las pruebas, hasta que surgió la figura de Santa Teresa, que representa, dentro de lo que estamos analizando, lo más extraordinario, pues no padeció las llagas de manos y pies, ni la herida del costado, sino una perforación del corazón. Ella mismo lo relató, en su estilo natural y sencillo. Contó que, mientras rezaba, alcanzó tal grado de penetración con Dios —le ocurría a menudo— que comenzó a sentir los arrobamientos típicos, la iluminación del rostro, y levitó. Estando en el aire, a buena distancia del suelo donde comenzó a orar, se le apareció un ángel, en forma corporal, materializado, que portaba en su mano un afilado dardo, de oro, muy largo, con su punta incandescente. La aparición se acercó a ella y le clavó el dardo en el corazón. El dolor fue intensísimo. Y, al extraer la mano del ángel el objeto punzante, poco antes de desaparecer, la santa tuvo la impresión, entre los horribles dolores que sufría, de que le arrancaban con el dardo las entrañas, algo espiritual. La herida del corazón no fue imaginaria, sino real, según puede comprobarse todavía, pues la víscera se conserva y venera, y tan profunda que, humanamente hablando, la vida con ella era imposible. Vivió durante 23 años con el corazón traspasado por una herida que, afirman los médicos, era instantáneamente mortal. “Una abertura o desgarre transversal en la parte superior y anterior del corazón —aseguró el cirujano Manuel Sánchez— estrecha y profunda, penetrando los ventrículos. En el interior hay señales de fuego o combustión”.

En la Iglesia carmelita de Alba de Tormes, donde se conserva la reliquia de la santa, no han dejado de suceder hechos sorprendentes. A veces, el envase adquiere tal temperatura que llega a romperse; otras, el corazón aumenta de volumen y el vaso estalla; otras, la reliquia desprende un perfume misterioso... Y desde hace aproximadamente un siglo, unas espinas de carne, largas y rojas, no cesan de crecer. La Ciencia no halla ex-



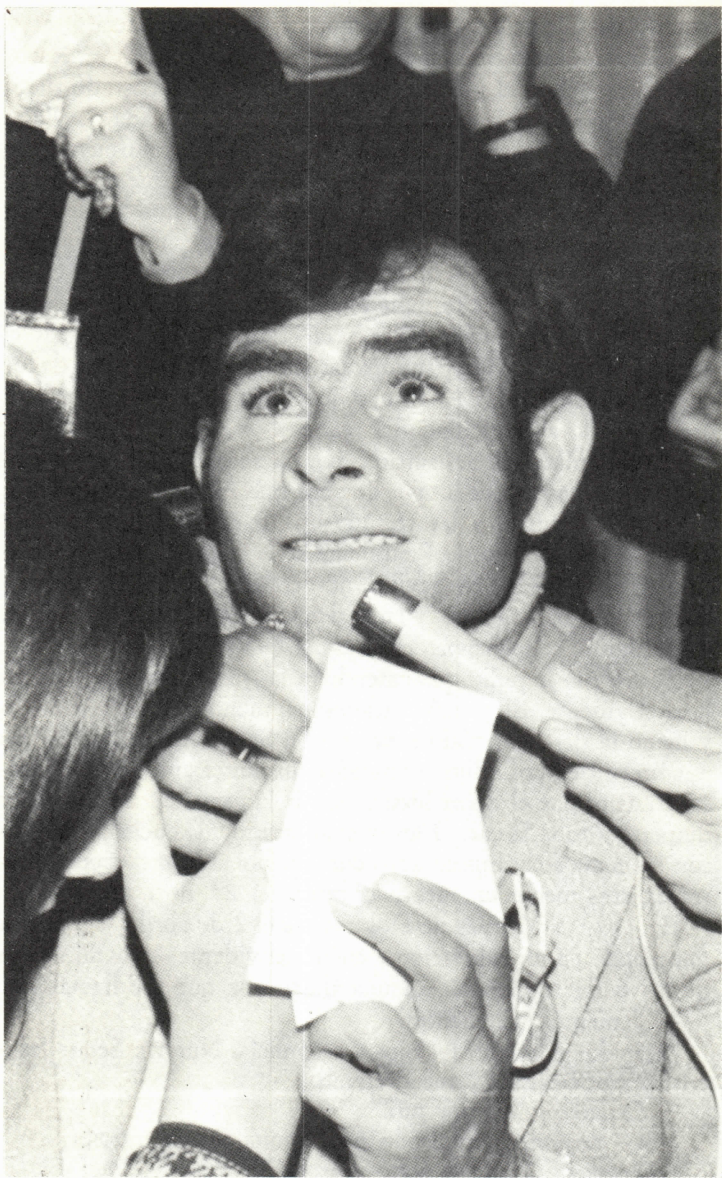
Una expresión de total arrobamiento es común a todos los extasiados.

plicación a los hechos. La mente humana tampoco, a no ser que los califique como milagros. Así los ha admitido la Santa Sede.

En el Palmar son varias las personas que han sufrido los estigmas. En todas ellas, el proceso ha sido el que dentro de la fenomenología propia, podemos considerar clásico, es decir, apariciones de las llagas, durante una visión mística de la que parten haces luminosos, como cuchillos de luz, que taladran la carne. Sin embargo, Clemente Domínguez, a quien el cielo parece distinguir en tantas cosas, como ya hemos visto, padece los estigmas de una manera más espectacular. Veamos un caso como ejemplo:

El día 14 de marzo de 1973, un buen número de devotos se encontraba orando ante la Imagen de la Divina Pastora, a la entrada de la finca de las apariciones. De pronto, Clemente cayó en éxtasis, apareciéndosele la Santísima Virgen, que cobijaba entre sus brazos el Niño Jesús. El éxtasis de Clemente era —en palabras de los presentes— bellísimo, debiendo interpretar que su actitud era de sumo arrobamiento. La Virgen depositó al niño que traía en los brazos del vidente, quien, con enorme devoción, lo besó. (En el informe que los palmarianos hicieron llegar al Papa, se afirma textualmente: “todos los presentes lo adoramos y besamos”). Cuando se esfumó la imagen celestial de la Virgen, el éxtasis continuó; ahora con la aparición de Nuestro Señor. Clemente le pidió sufrir la Pasión, tal como El la había sufrido. Y la Pasión fue vivida paso a paso por Clemente.

Al prendimiento en el huerto de los olivos, siguió el proceso ante Anás, ante Caifás, ante Pilatos, la flagelación, coronación de espinas, la presentación ante el pueblo, la sentencia... El vidente estaba sufriendo místicamente la misma pasión que Nuestro Señor, con todos los pormenores, con un realismo impresionante. Cargó sobre sus hombros la pesada cruz del martirio y, rodeado por todos los que habían acudido aquel día al Palmar, comenzó la lenta y penosa subida hacia el lugar del lentisco, convertido por obra y gracia de la aparición en el monte Calvario. Las estaciones del Viacrucis vivo se sucedieron todas. Ya junto al sencillo altar, Clemente Domínguez vivió la crucifixión. Concluida ésta, Jesucristo estaba frente a él. En este momento se produjo la estigmatización: Unos rayos vivísimos que partieron del Sagrado Corazón cruzaron el aire y penetraron en el



Antonio Anillos, en éxtasis, transmite un mensaje del Cielo.

costado de Clemente, como fuego, cayendo éste hacia atrás y revolcándose en la tierra a causa del intensísimo dolor. “Descubrimos el pecho del vidente, y observamos en el costado derecho el estigma del Señor, la gran herida de la lanzada. La llaga tenía unas dimensiones aproximadas de nueve centímetros de largo y mucha profundidad. Todas las personas que estábamos presentes durante aquellos hechos prodigiosos nos hallábamos muy impresionados. No brotaba, sin embargo, mucha sangre, pudiendo deberse esto a que la estigmatización tuvo lugar cuando la Pasión ya había terminado”. El documento que los devotos presentaron al Santo Padre, y en el que quedaba recogido el acontecimiento, llevaba estampadas las firmas de algunos de los que lo presenciaron, 20 firmas que testimoniaban, ése era su propósito, la autenticidad del relato.

Las estigmatizaciones sufridas por Clemente Domínguez Gómez fueron hasta hace un par de años más frecuentes que ahora, y dieron comienzo a las tres de una madrugada de abril de 1970. El Padre Pío de Pietralcina se le apareció en la habitación de la pensión, en Sevilla, despertándole. En su mano izquierda llevaba una cruz, y en la derecha, un punzón. Clemente, sobrecogido, se incorporó en la cama. No se atrevía a moverse. El Padre Pío le pidió que extendiera las manos hacia él. Así lo hizo el vidente. El punzón atravesó su mano izquierda primero y luego la derecha. “Sufre esto por el Santo Padre; lo tendrás por breve tiempo”, dijo la aparición instantes antes de esfumarse. El grito que el dolor hizo saltar de la garganta de Clemente despertó a toda la casa. Llevaron al herido a la cocina y le lavaron las manos ensangrentadas con alcohol. Las cicatrices se cerraron totalmente un mes más tarde, el 23 de mayo.

En 1971 el Viernes de Dolores era el 2 de abril. “Yo estaba durmiendo en mi habitación —cuenta el vidente—, cuando a eso de las 6 de la mañana, oí una dulce voz que me llamaba:

—Clemente, ¡Clemente!”

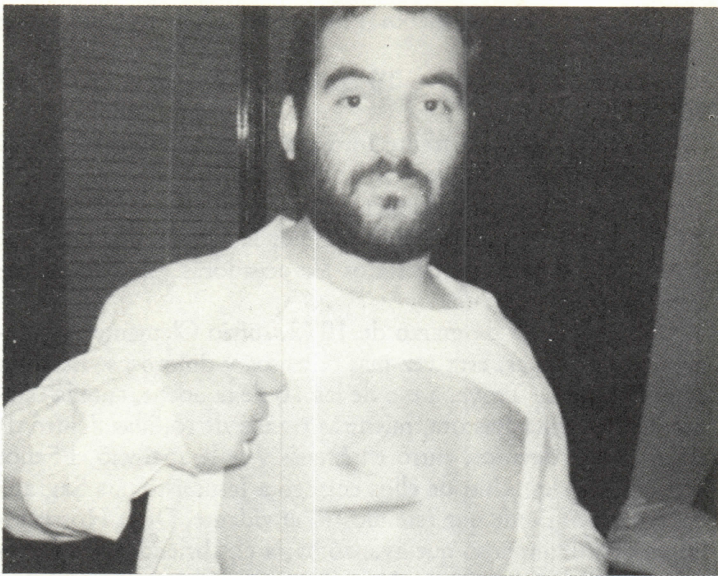
“Rápidamente abrí los ojos y reconocí a Nuestro Señor Jesucristo. Me bendijo y me preguntó:

—¿Quieres sufrir por mí?”

—Sí —respondí impulsado por alguna fuerza interior.”

—Clemente, ¿quieres sufrir por mí?”

—Sí; sí quiero —volví a responder—; si Tú me ayudas...”



Clemente Domínguez derramó sangre durante 16 horas, sin interrupción.

—“Voy a abrir tus manos y tu frente. ¿Aún respondes que sí?”

—“¡Señor —respondí—, Tú conoces mi respuesta mejor que yo: Sí!”

“El Señor hirió mi frente formando una cruz y taladró mis manos. Después me dijo:

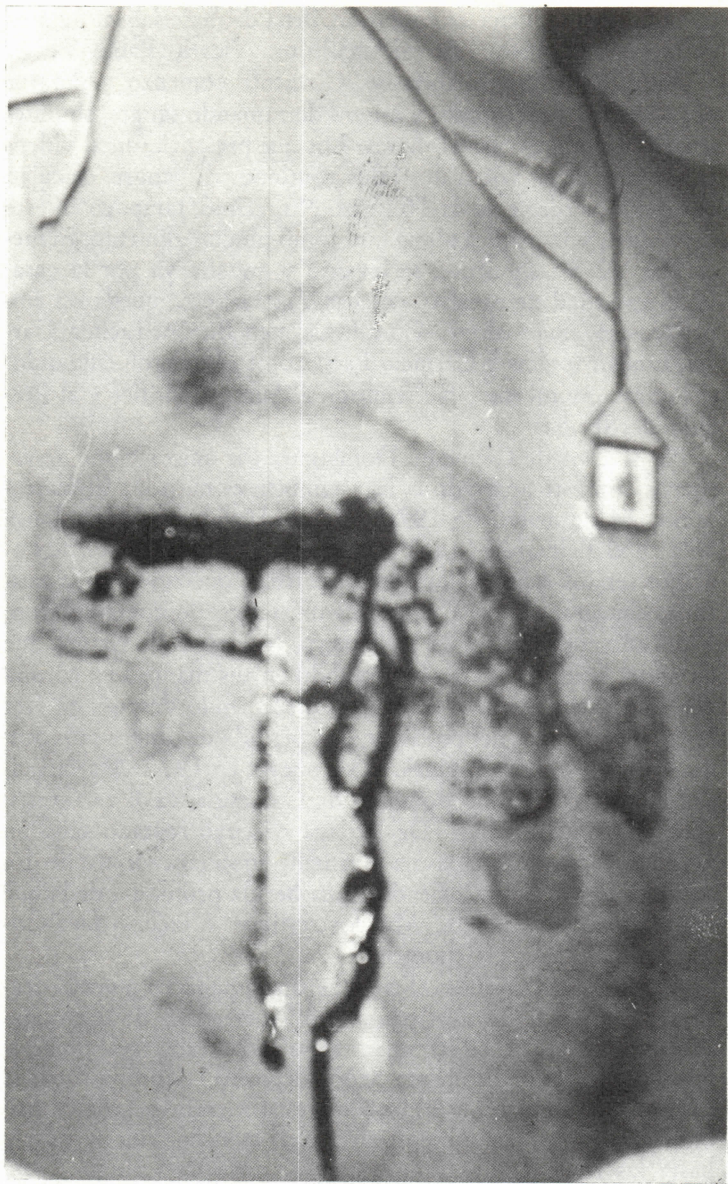
—“Ofrecerás estos sufrimientos por el triunfo de mi Santísima Madre, por el papa Pablo VI, por la Iglesia, por tus pecados, por la conversión de todos los pecadores y por la paz de España”.

De nuevo, el 3 de marzo de 1972, sufrió Clemente Domínguez, los estigmas, esta vez más cruentos y dolorosos. Estando en el Palmar de Troya, a eso de las 10 de la noche, ante la estatua de la Divina Pastora, mientras rezaba de rodillas dentro de un grupo de devotos, entró en éxtasis y se le apareció el Señor con dos ángeles. Uno de ellos entregó a Jesucristo una Sagrada Forma muy grande que éste mostró al vidente. De la Hostia salió un punto luminoso que avanzó hacia él, abriéndose en varios rayos de distintos colores. Al recibir el impacto, su cuerpo quedó lleno de luz. Y en este momento, el vidente profirió un grito y cayó desplomado, preso de insoportables dolores, intentando desabrocharse el abrigo y la corbata. “¡Me ahogo!, ¡me ahogo!”, exclamaba. Cuando pudieron despojarle del abrigo y descubrieron su pecho vieron llenos de estupor una gran herida. El espectáculo —dicen— era estremecedor. Su cuerpo estaba empapado en sangre, era un charco de sangre que regaba con abundancia el suelo. Varias veces tuvieron que cambiarle las ropas empapadas. Llevaron sábanas, mantas... La sangre derramada por el suelo tuvieron que cubrirla con tierra. Un cálculo aproximado —aseguran los devotos— permite decir que el vidente arrojó unos tres litros de sangre. Clemente no precisó asistencia médica. Los presentes levantaron acta del suceso en la que iban inscritos 16 nombres.

La estigmatización más cruenta tuvo lugar en 1973, también en primavera, y en su propio domicilio, donde Clemente Domínguez se recuperaba de otra sangría sufrida once días antes. Se le apareció el Señor manando sangre por todas sus llagas.

—“¿Por qué vienes así?”

—“Para mostrarte el dolor que sufro al ver a la Iglesia, m



La llaga del costado de Clemente tenía una extensión de 10 centímetros.

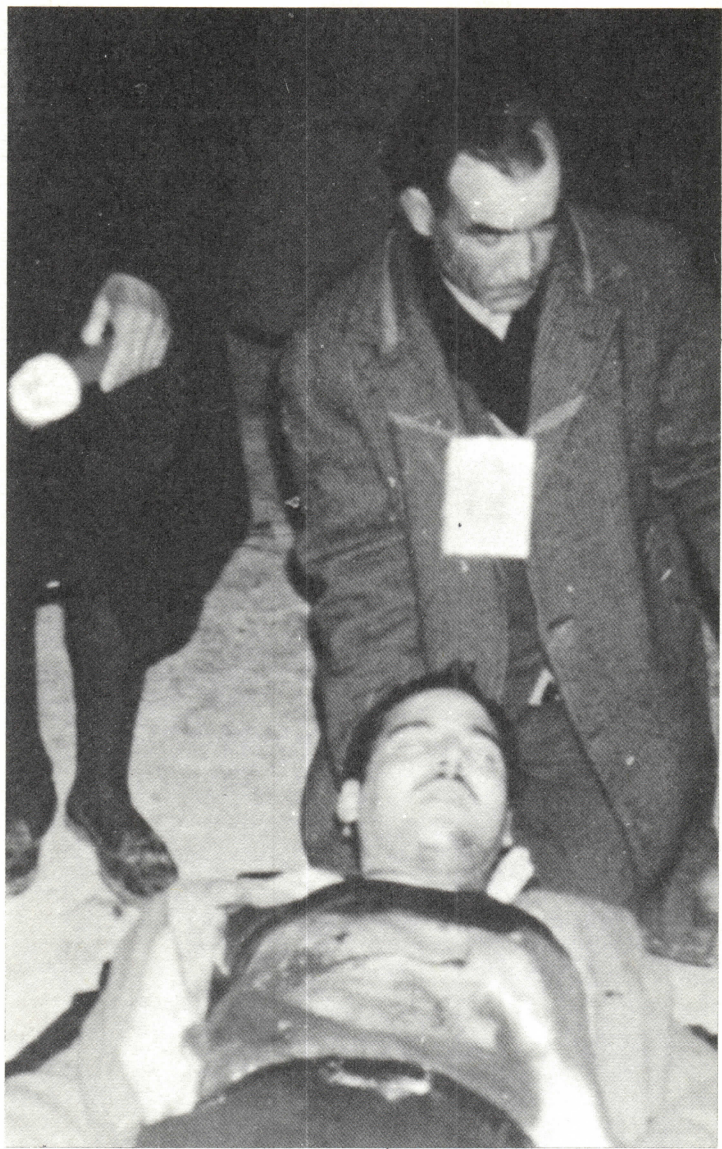
querida Esposa, llena de confusión, llena de materialismo. Sufro en la sagrada persona de mi amadísimo Vicario Pablo VI...”.

Mientras recibía el mensaje, Clemente comenzó a sangrar por la herida del costado, y estuvo derramando sangre, sin interrupción, durante casi 16 horas. Los que presenciaron al vidente, de cuya llaga salían dos hilos continuos de sangre, calculan que debió perder más de 16 litros. No recibió, tampoco en este caso, asistencia médica alguna, ni tomó ningún alimento, ni medicinas. Al día siguiente, se levantó y andaba ya por la casa. Gran cantidad de camisas, colchas, mantas, etc., quedaron empapadas. Manuel Alonso Corral, Carmen Buzón, Licinia García, Louis Moulines y Carmelo Pacheco, le estuvieron cuidando. (El relato, asombroso, fue remitido al Sumo Pontífice y al Prelado de Sevilla).

No son los de Clemente Domínguez los únicos casos de estigmas. En este apartado la lista también es nutrida: El martes santo, 24 de marzo de 1970, estando la vidente María Luisa Vila en el Palmar se le apareció el Señor, lanzando por ambas manos sendos rayos de luz que la hirieron, quedando estigmatizada, con gran dolor. Centenares de testigos lo contemplaron. En el año siguiente, el 24 de febrero, Miércoles de Ceniza, fue un ángel quien se apareció, portando en sus manos una corona de espinas que le clavó en la frente, surgiendo después en ésta las señales visibles del prodigio, con pérdida de sangre provocada por las Sagradas Espinas. Y, de nuevo, en 1972, María Luisa, durante el segundo domingo de Cuaresma, cayó en éxtasis, contemplando al Señor. De la llaga de cuyo costado salió un rayo luminoso que traspasó a la vidente en su costado izquierdo, sobre el corazón, produciéndole una herida profunda, de la que manó abundante sangre. Muchos testigos, e incluso facultativos, presenciaron el fenómeno.

María Marín, a quien el cielo ha distinguido en muchas ocasiones con prodigios místicos, sufrió los estigmas de la coronación de espinas, en 1970, mientras se encontraba rezando en el lugar del lentisco. El mismo Señor depositó la corona sobre la cabeza de la vidente. Y, al instante, aparecieron las señales visibles dejadas por las espinas en la piel, manchándole la cara y hasta las ropas con la sangre que le corría cara abajo.

Rosario Arenillas fue también estigmatizada por Nuestro Se-



*Impresionante documento de la Pasión sufrida por Clemente Domínguez
en el Palmar.*

ñor, el 8 de diciembre de 1971, mientras rezaba ante el cuadro de la Santa Faz. El Señor le preguntó: '¿Quieres sufrir por Mí?'. "Sí, Señor, quiero", respondió Rosario. Y un rayo de luz, que partió de una mano de la aparición, le traspasó el costado.





COMUNIONES MISTICAS VISIBLES

Entre los prodigios que son comunes a todos los lugares de apariciones se cuentan también las llamadas "comuniones místicas", que consisten en que el vidente, en éxtasis, recibe de manos del Señor la Sagrada Forma. El hecho, vivido con todas las características de la realidad por el extasiado, no es percibido por quienes le rodean, salvo excepciones. Así, refiriéndonos a las apariciones de Garabandal, Conchita, protagonista de los sucesos místicos de aquel lugar de Santander, sólo comulgó visiblemente cuando pidió al Señor que así fuera para dar una prueba de la autenticidad del milagro.

En el Palmar, no. No es necesario que el vidente ruegue al cielo para que quienes le rodean puedan contemplar su comunión. El Señor concede el prodigio de manera espontánea, siempre sucede así. Se han dado varios casos, todos perfectamente visibles, de manera semejante a la comunión mística que relatamos en el capítulo de nuestra primera visita. María Luisa Vila, María Marín y Rosario Arenillas, las estigmatizadas, han tomado la Sagrada Comunión en tres o cuatro ocasiones cada una, y siempre visible. María Luisa Vila, el 8 de diciembre de 1971, el 15 de agosto del mismo año, el 2 de febrero del 72, el 8 de marzo del mismo año. María Marín, en las siguientes fechas: 15 de diciembre de 1971, 15 de enero de 1972 y 15 de marzo del mismo año. Rosario Arenillas, el 15 de octubre del 74, el día 8 de diciembre de 1974 y el 12 de octubre del 75.

La comunión mística que recibió la vidente María Luisa Vila, el 15 de marzo de 1972, fue singular, ya que la Sagrada Forma apareció de súbito sobre su lengua, impregnada en sangre. Un podólogo de Granada, que, desde entonces es de los más fieles creyentes (omitimos su nombre porque él así lo ha pedido), filmó con su pequeño tomavistas el prodigio que duró

muchos minutos. En la cinta puede verse cómo la sangre que impregnaba la Hostia, manchaba toda la boca y labios, cayendo después hacia el exterior, pero desapareciendo en el aire, poco más abajo de la boca, sin dejar rastro.

Anotemos igualmente, como peculiaridad, que durante la comunión mística de Rosario Arenillas, el 15 de octubre de 1974, la vidente elevó con una sola mano a un sacerdote sobre el suelo en dirección a la aparición.

Hubo —los devotos palmarianos no lo niegan— algún caso de fraude. El más sonado lo llevó a cabo una señora, de nombre Ana Martos, residente en la barriada de Nervión, en Sevilla. El engaño se descubrió el 2 de julio de 1973, cuando ya la señora llevaba visitando el Palmar, casi a diario, más de tres meses. Rodeada siempre del mismo público, a juicio de los devotos, fingía visiones celestiales y comuniones místicas visibles, incluyendo, para que el show fuera completo, la aromatización de objetos que los presentes le entregaban. Alguna vez, Ana Martos extrajo la Hostia de su boca para que con ella comulgara otra persona, rogándole que bebiere agua inmediatamente. Y no se limitaba a estos prodigios, sino que, además, frecuentaba las casas de algunas gentes de buena fe de su barriada y los engañaba. “A los que verdaderamente amamos el Palmar —difundieron los devotos con su multicopista— nos desagradaban ciertas peculiaridades que nos contaban de las visiones y prodigios de Ana Martos, entre ellas el que pasara de su lengua a otra lengua la Sagrada Forma, y algunos éxtasis muy extraños. Pero, de ninguna manera podíamos imaginar que se tratara de un fraude de tal categoría.” Algunas personas que habían recibido la forma que ella les entregó, comentaron que, a pesar de beber una buena cantidad de agua para tragarla, les costaba muchísimo trabajo.

Dispuestos a comprobar los hechos y a cortar el engaño, si es que lo había, como así parecía, los máximos responsables del fenómeno religioso del Palmar, es decir, Clemente Domínguez y Manuel Alonso, montaron guardia. La ocasión se presentó el 2 de julio de 1973. Cuando hizo su aparición Ana Martos con unos amigos. Clemente Domínguez se encontraba rezando ante la Santa Faz. El grupo recién llegado se arrodilló unos metros abajo. Se unieron, con su mejor voluntad de orar, los videntes



Varios momentos de la comunión mística de Rosario Arenillas, el 12 de octubre de 1975.

José Navarro y Manuel Chacón. Estalló, de pronto, la nueva de que Ana Martos iba a recibir la comunión mística de manos del Señor, y todo el mundo se congregó alrededor de ella. En la lengua de Ana se veía perfectamente una Sagrada Forma, a la que todos los presentes, de rodillas, adoraban. La Hostia presentaba sobre su blanca superficie, como dibujada, la Santa Faz. Aquello resultaba admirable. En sucesivos momentos, la Sagrada Forma desaparecía en la boca y volvía a aparecer, con la imagen de la Virgen; después, de nuevo, la Santa Faz, y así varias veces. Clemente, fingiendo estar dominado por la devoción, se aproximó aún más, señalando la Forma con su dedo, como admirado, y diciendo a los demás: "Mirad, mirad, es la Hostia." Ana Martos sacó la lengua un poco más para que todos pudieran verla mejor. Y entonces Clemente se la arrebató, e hizo ver a todos que era de plástico dibujado. Testigos de este desagradable suceso fueron, entre otros, José Navarro, Manuel Chacón, Antonio Vota y esposa, Manolita la Calentera, Carlos Girón, Louis Moulins y Manuel Alonso Corral.





EL SOL BAILA EN EL PALMAR

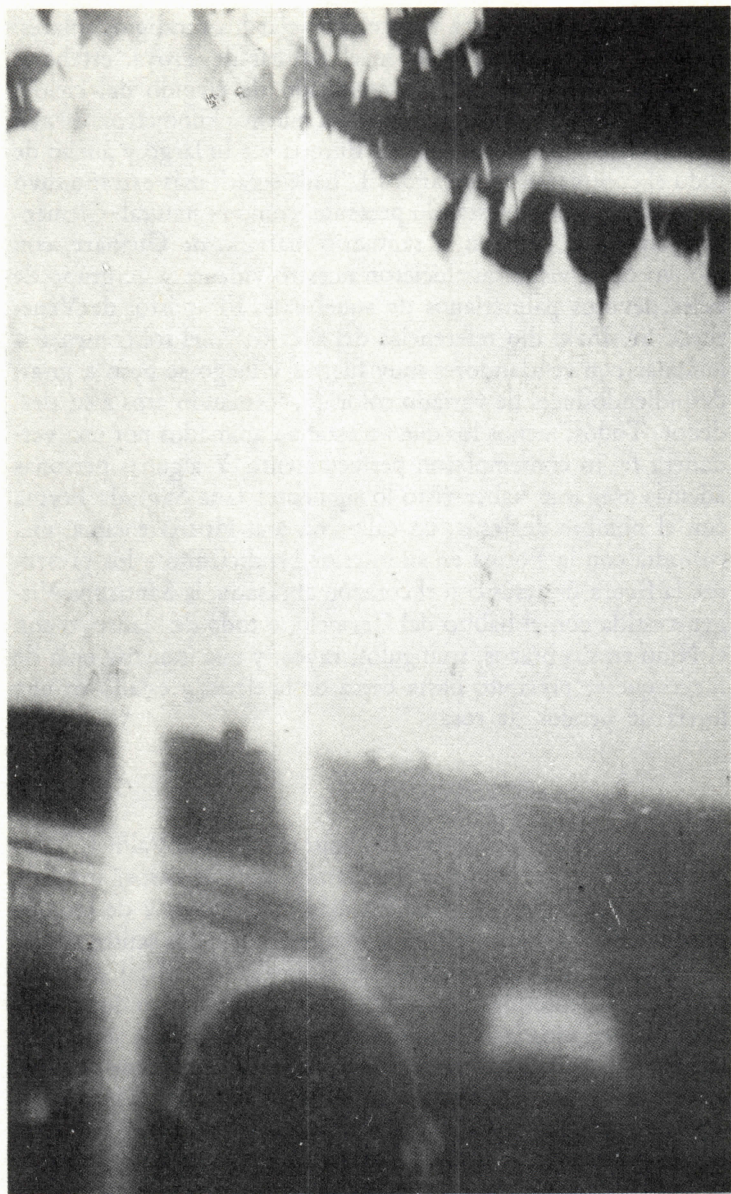
La convocatoria que el 15 de mayo de 1970 congregó en el sagrado lugar del Palmar de Troya a 40.000 peregrinos, entre ellos muchos extranjeros, 5.000 enfermos con la fe puesta toda entera en su curación milagrosa, y algunos sacerdotes, fue pródiga en acontecimientos, como venimos viendo. Sobre las cuatro de la tarde, al tiempo que comenzaban las oraciones de los miles y miles de personas atentas a la voz de mando de Manuel Alonso a través de un potente altavoz, el sol comenzó a despedir resplandores coloreados y se movía como girando en torno a un eje próximo imaginario. Los rayos no dañaban la vista de los presentes, quienes podían contemplarlo, en lo alto, sin necesidad de esfuerzo alguno. Dentro de la esfera solar unas veces, y otras alrededor, brincaba una Sagrada Forma, volaba la paloma del Espíritu Santo y se dibujaba la silueta de la Virgen. En otro momento, el sol se convirtió en eje de unos rayos potentísimos y concretos que giraban en torno a él e iluminaban a ráfagas la tierra, como si se tratara de los radios de una enorme rueda. Simultáneamente, el aire del Palmar se volvió perfumado. Miles de testigos tuvo el sensacional acontecimiento. Pero no todos los que estaban allí lograron presenciar este espectáculo; y algunos incluso tomaron a chirigota la actitud maravillada de los otros.

En distintas fechas, y menos tumultuariamente, el sol ha protagonizado fenómenos extraños, que han sido vistos claramente. Existen, además, algunas fotografías, aunque de baja calidad, que pretenden ser una prueba indiscutible. El podólogo de Granada, al que anteriormente nos hemos referido, jura que él ha visto dentro del sol un trono y la figura de la Virgen; un mapa de España nítidamente dibujado y una cruz. Y guarda fotografías de ello. Lo mismo o cosas parecidas afirman cientos de de-

votos; es raro tener una conversación con algún asiduo visitante del Palmar que no haya presenciado los fenómenos.

El llamado "baile del sol" difiere muy poco de los prodigios acaecidos en otros lugares de apariciones, como Fátima, Santuario de Coromoto (Venezuela), La Codosera, etc. En Fátima, la Virgen había anunciado para las 12 horas del 13 de octubre (1917) un milagro visible para todos los que asistieran. Desde todos los rincones de Portugal y de muchos lugares del extranjero llegaron a Cova de Iria peregrinos en número aproximado a los 70.000. El día había amanecido lluvioso. Lucía y los otros niños videntes llegaron, entre la expectación de la multitud, al sitio elegido por la Virgen en sus apariciones. Tras el éxtasis de los niños, mientras se elevaba la figura celestial hacia el firmamento, sus manos despidieron unos resplandores que se reflejaron en el sol. Fue un fenómeno rapidísimo. De pronto las nubes habían desaparecido, y el día era luminoso. Parecía que el sol reflejaba en dirección a la tierra la luz que le llegaba de las manos de la aparición. No cegaba los ojos. Semejaba una esfera redonda y brillante, como de plata. Comenzó a girar de repente, sobre sí mismo, como si fuera una rueda de fuego, lanzando en todas direcciones resplandores de diferentes colores que lo iluminaron todo. A los pocos minutos la "danza" concluyó, para ponerse de nuevo en marcha enseguida. El fenómeno se reprodujo por tres veces, cada una de ellas con mayor impulso y más intenso brillo y colorido. A más de 40 kilómetros pudo contemplarse el milagro. Y el espectáculo llegó a su cumbre, cuando el sol pareció desprenderse del cielo y se precipitó sobre la multitud. Cundió el pánico. Pero muy cerca ya de la tierra, el astro se detuvo y comenzó, también rápidamente, el retorno a su origen. Finalmente, todo volvió a la normalidad y la lluvia siguió cayendo mansamente.

Al igual que en el caso del Palmar, no todos pudieron contemplar el prodigio. "Esa es —dicen los palmarianos— una prueba de la autenticidad: el que no todos lo perciban. El baile del sol en "La Alcaparrosa" es el mismo que se produjo en Fátima, pero con más espectáculo, con más fuerza. También aquí el sol se precipitó sobre nosotros, girando en forma de espiral. Y en ningún otro sitio aparecieron las cosas que aquí dentro de la esfera solar."

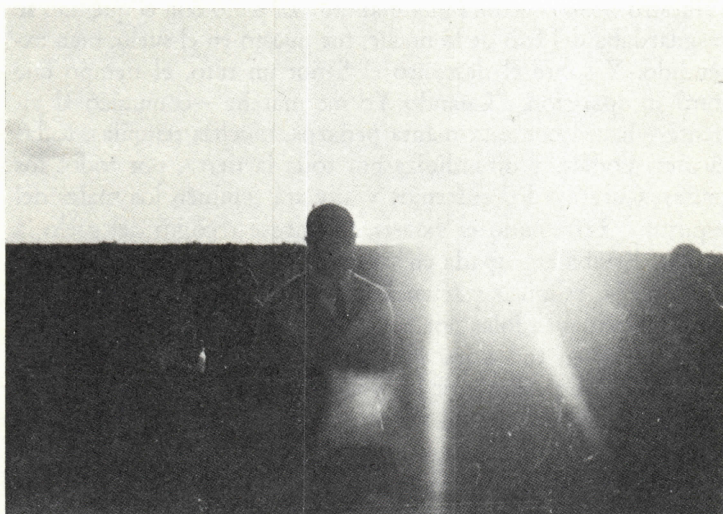


En el Palmar el sol depidió rayos concretos, coloreados, que giraban.

Clemente Domínguez parece propiciar los prodigios soñares. Siempre que tuvieron lugar en el Palmar de Troya, estaba él presente. "Debe ser por su condición de elegido del cielo", dicen sus seguidores. Incluso fuera, a muchos kilómetros, de allí, en sus viajes de apostolado por Europa y a lo largo y ancho de todo el continente americano. El "baile solar" más extraño tuvo lugar en Venezuela, estando presente, como es natural, Clemente Domínguez. Fue en el santuario mariano de Guanare, con motivo de la visita que hicieron nuestro vidente y un grupo de fieles devotos palmarianos de aquel país. El apóstol de Venezuela, Sr. Iñaki dio referencias del suceso: "...el sol comenzó a iluminar con resplandores muy fuertes y luego se puso a girar, despidiendo luces de variado colorido, formando aros a su alrededor. Todos, menos los que no estaban animados por una verdadera fe, lo contemplaron perfectamente. Y algunas personas además aseguran haber visto lo siguiente: Una Sagrada Forma con el nombre de Jesús; un cáliz con una Hostia encima, una custodia con la Forma en su interior bendiciendo a los presentes, la figura de Jesús con el corazón abrasado, la Santísima Virgen vestida con el hábito del Carmelo, o toda de blanco, o con el Niño en sus brazos, triángulos, rayos, y una inmensa bola de fuego que se precipitó hasta cerca de la tierra y estalló en una lluvia de pétalos de rosa..."

Todo, o casi todo, es posible bajo el cielo del Palmar. Y no es una afirmación gratuita. Pongamos algunos casos, si no de los más sorprendentes, sí de los más divulgados, y de los que puede dar fe cualquier asiduo visitante de aquellos santos sitios.

Un atardecer, en pleno rezo del Rosario Penitencial, entró en éxtasis el vidente más joven de cuantos son distinguidos por la divinidad en esos trances místicos. Su postura ante la visión era la habitual: rodilla en tierra, brazos abiertos en forma de cruz, arrobamiento en su rostro y mirada. Nadie de los presentes, acostumbrados ya a éxtasis extraordinarios, como los que hemos descrito más atrás, prestaba al caso excesiva atención. Manuel Fernández, que así se llama el hombre de esta pequeña historia, 20 años confinado en la siembra y el olivo, lejos de la

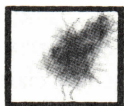


*Los visitantes del lugar de las apariciones afirman que se producen con frecuencia extraños fenómenos solares.
El día 15 de mayo de 1970 el sol giró en torno a un eje próximo imaginario.*

instrucción y los saberes, dialogaba a su modo con la aparición. Hasta ahí, todo normal, muy normal, demasiado normal. Pero de pronto, y —dicen— entonadamente, de sus labios brotaron cánticos bíblicos en idioma oriental, el arameo nada menos. Eso fue asombroso. “Pero, muchacho, ¿de dónde te has sacado eso?”. No sabe Manolo bien ni el español; así que, de idiomas orientales... Y no es que sonara la flauta por casualidad, no: que Manuel Fernández ha vuelto a cantar en arameo muchas veces más, cada vez que se ve arrastrado por su pasión mística. “Y lo que te rondaré, morena —aseguran—, porque cae en éxtasis cada vez que viene, y canta siempre así”.

En otra ocasión, hallándose en éxtasis Clemente Domínguez, se le apareció el Señor. Venía andando, herido, por el barbecho. Muy herido. Sus ropas estaban ensangrentadas, así como sus manos y su frente. Todos los sufrimientos de su Pasión estaban al aire; su estado era lastimoso. Al llegar junto al vidente pidió una manta, para echarse sobre ella en el suelo y descansar un poco. Clemente se volvió y gritó a los demás: “¡Una manta! ¡Nuestro Señor necesita una manta!” El paño con el que uno se resguardaba del frío de la noche, fue puesto en el suelo, bien extendido. Y sobre él descansó el Señor un rato, el tiempo que duró su aparición. “Cuando Yo me marche —comunicó al vidente— haced con esta manta pedazos, muchas reliquias, todas cuantas podáis, y difundidlas por toda la tierra, por todos los países. Curará a los enfermos y aliviará también los males del espíritu.” Terminado el éxtasis, Clemente recogió del suelo la manta. Estaba empapada en sangre. Los devotos la deshicieron en pequeñas reliquias y se encargaron de cumplir las órdenes divinas, distribuyéndolas por ahí, dentro de una fundita de plástico, impresa en todos los idiomas.

Otro día inolvidable de los vividos por los devotos en el Palmar fue aquel en que un vidente al que llaman cariñosamente Pepito y que no se distingue por el número de sus éxtasis, que son muy escasos, alargó la mano hacia el lugar donde veía a la aparición y recogió con sus propios dedos una espina de la corona de Jesús. Una vez en sus manos, la espina creció considerablemente, ante el asombro, justificado, de todos. La reliquia divina se conserva. El vidente no ha vuelto a protagonizar ninguna maravilla más, pero, a causa del prodigio relatado es



**Reliquia de la manta sobre la que,
NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO,
derramó su PRECIOSISIMA SANGRE,
el 13 - 2 - 75.**

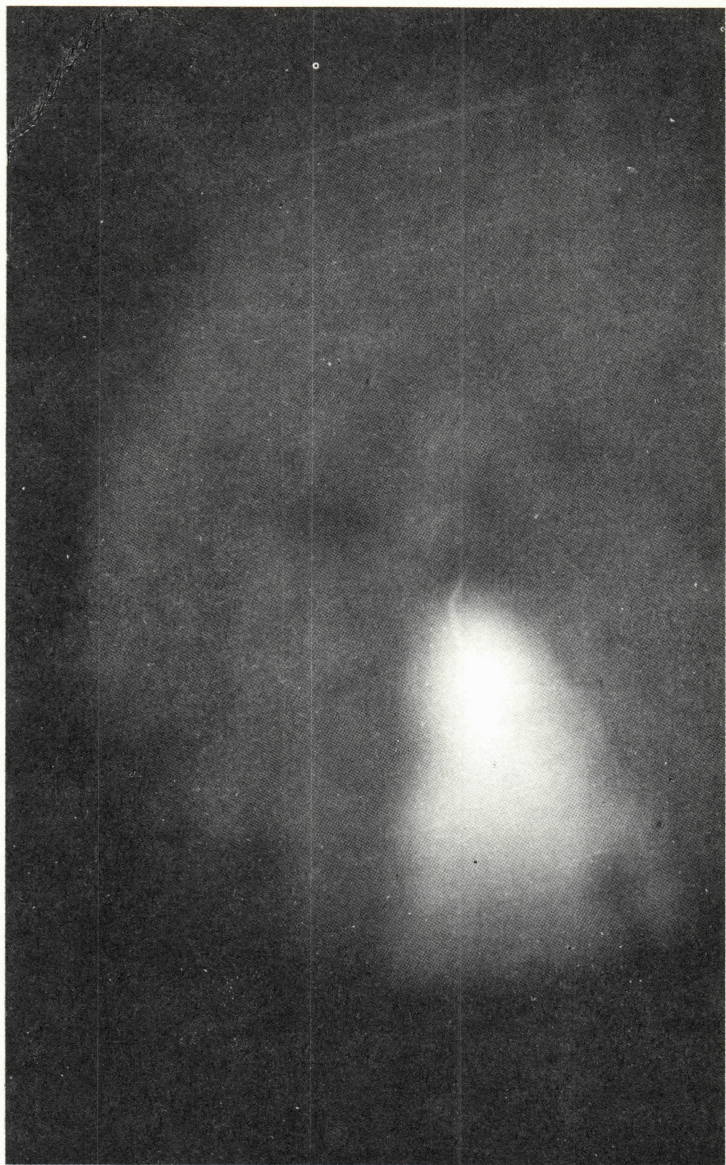
*“Cuando yo me marche —comunicó el Señor—, haced con esta manta
muchas reliquias y difundidlas por toda la tierra. Curará a los
enfermos y aliviará también los males del espíritu.”*

respetado y a él le gusta. Debió pensar: "Ahí queda eso..."

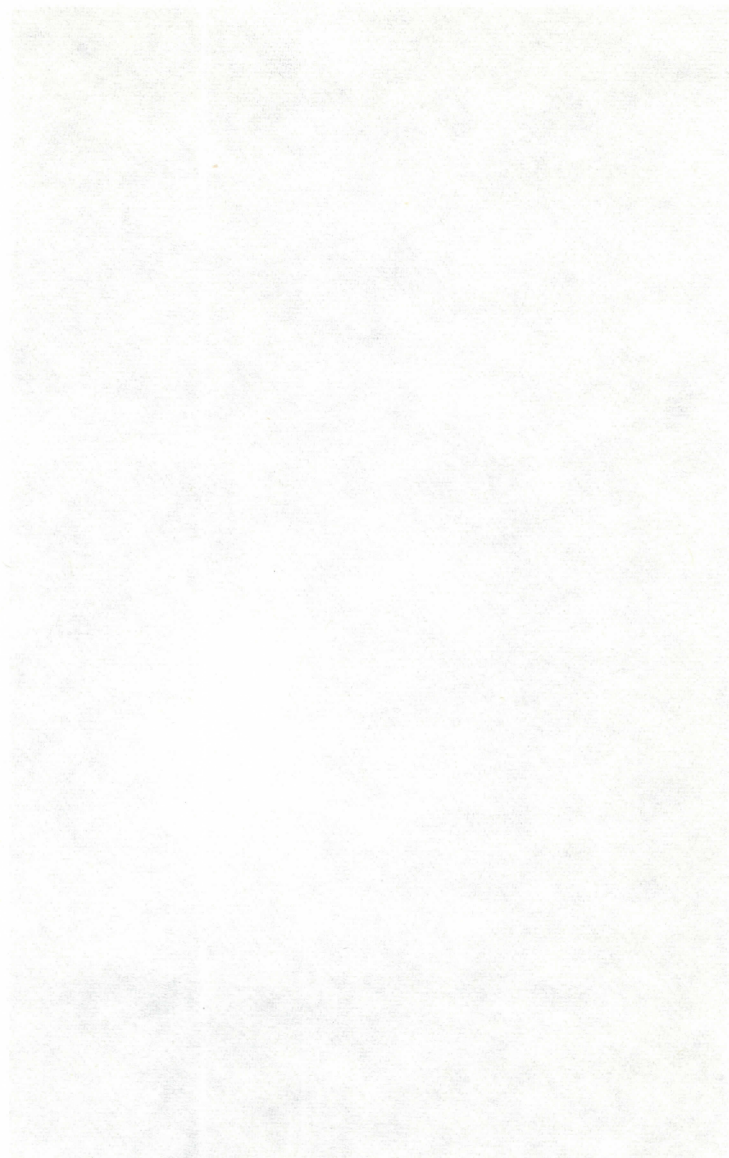
"Una noche —nos relató un devoto, emocionado— llegué a este lugar acompañado de mi sobrino (el chico estaba junto a él; no tendría más de los 15 años). Yo había presenciado ya milagros solares y otras cosas, en algunas visitas mías anteriores. Aquella noche se celebraba una Misa solemne, y era una noche muy oscura, sin luna. Nosotros estábamos de rodillas frente al altar, pero un poco retirados de la masa. 'Mira, tío —me llamó mi sobrino— mira'. 'Calla, niño, que estamos en Misa'. 'Mira, mira tío; ¡mira!'. 'Que te calles', le reprendí un poco agriamente. El chaval se calló, pero yo lo oía respirar de una manera muy agitada. Entonces lo miré. Estaba como asombrado, con los ojos fijos en la custodia que contenía el Santísimo. Volví la mirada hacia allí y pude ver clarísimamente una esfera muy brillante, como de metal, parada encima justo del altar. La estuve mirando un buen rato. La bola aquella incandescente no se movía. Así pasaron unos minutos, hasta que aquello, fuera lo que fuera, que yo no lo sé, se fue elevando hacia el cielo y se perdió. Le aseguro que, mientras la tuvimos encima, la esfera, no estaba a más de 30 ó 40 metros de nosotros. (El chico asiente con la cabeza, reafirmando lo que dice su tío). Desde aquel día, el chaval no consiente en que lo deje para venirme solo." "También, otra noche, mientras rezaba, vi un triángulo luminoso, y esa vez, no sé por qué, comprendí que era la representación de la Santísima Trinidad."

Historias como estas las oye uno a diario en el Palmar, dicen que suceden a diario allí. Sería interminable su enumeración. No obstante conviene que dejemos claro que todo lo sobrenatural que ha ocurrido en cualquier sitio desde que el hombre cree en Jesucristo y en la Virgen, pasa ahora también en "La Alcaparro-sa". Y más intensamente. "El Palmar de Troya es el lugar de apariciones más importantes del mundo", aseguran los devotos. "Es Cátedra del Espíritu Santo", afirman los mensajes divinos.

Sorprendente sí que es, en cualquier caso.



Dentro de la esfera solar unas veces, y otras junto a ella, se dibujaba resplandeciente la silueta de la Virgen.



THE UNIVERSITY OF CHICAGO PRESS
1961

LOS RECURSOS DE CLEMENTE

El último otoño Clemente Domínguez recibió del cielo la orden de ponerse en camino, junto con tres apóstoles más, para dar a conocer a diversas jerarquías eclesiásticas españolas y extranjeras unas consideraciones divinas muy importantes. Como siempre que una orden así se produce, el vidente no pregunta destino ni destinatario. Con recursos o sin ellos, casi en toda ocasión sin ellos, se pone en camino por el medio que primero le venga a las manos. En este caso, un viejo automóvil marca Renault-8, con muchos kilómetros sobre sus cilindros. El recorrido comenzó con un viaje hasta Salamanca, si recordamos bien, aunque eso no importa. Desde allí, y sucesivamente, hacia otros lugares, desconociendo el destino de la etapa siguiente, porque las órdenes divinas se van recibiendo sobre la marcha. Unos cuantos días por las carreteras de España y luego la mano de Dios los pone en la frontera. Francia, Bélgica, Holanda, Alemania, Suiza, Italia... vuelta a Suiza. Por los Alpes el coche ya no puede más; amenaza con deshacerse de un momento a otro. Pero resiste las montañas. Y ya descendiendo, al entrar en la primera población, se detiene definitivamente. Los mecánicos aseguran que ya no hay posibilidad de un buen arreglo, pero que si desean proseguir el viaje en él, será necesaria una reparación costosa. Los apóstoles hurgan en los bolsillos. Ni chapa. "Aquí se acabó el viaje", piensan.

Sin embargo, la Providencia posee toda clase de recursos. En el taller, mientras los apóstoles están mirando los desperfectos de su coche sin saber qué otra cosa hacer, hay otro coche, potente y en muy buen uso, un Opel casi nuevo, limpio, reluciente. Una señora, la dueña, llega a recogerlo. Al ver a los peregrinos exclama: "¡Pero si son los apóstoles del Palmar!" Total, que la buena señora había estado en el Sagrado Lugar de apariciones

este verano y los había conocido allí. Y, por si fuera poco, era devota del Palmar. “Miren —les dice—, yo deseo quedarme con el automóvil de ustedes. A cambio, les entrego el mío”. “Pero si este coche nuestro está hecho polvo...”. “Eso no me importa; yo no lo quiero para viajar en él, lo quiero como recuerdo y reliquia de aquellas maravillosas apariciones”. Y los cuatro apóstoles, como nuevos jinetes del Apocalipsis, reemprenden la marcha.

Dicen de Clemente que, al nacer, tenía grabada en su lengua la Santa Faz y que eso bien pudiera ser un síntoma de su predestinación. El Sagrado Rostro del Señor desapareció, pero los síntomas de que es un elegido del cielo, no. A juzgar por lo que cuentan y por las cosas que él refiere. El cielo lo protege siempre, lo cuida, lo distingue. Aunque lo haga sufrir también. Y a él de su predestinación no le cabe duda. Pruebas las tiene de sobra, y de todos los calibres. Veamos una:

Fue invitado por los padres jesuitas a un coloquio en Madrid. Clemente, llevado por su afán de apostolado, decidió asistir. El no sabía exactamente en qué iba a consistir su intervención, mas, sin pensarlo mucho —eso hace siempre— se trasladó a la capital. Le preocupaba que lo metieran en algún problema oscuro de Teología, porque de eso no posee muchos conocimientos, al revés; y andaba paseando pensativo, esperando la hora en que el acto aquel, para él poco claro, iba a celebrarse. Un impulso espontáneo le hizo llevar la mano al bolsillo interior de su chaqueta. Dentro había unos papeles que por el tacto le resultaban extraños. “Si yo creía que no llevaba nada aquí”. Observó el papel coloreado que su mano había extraído: era un billete de avión. “¡Qué raro!”, pensó. Leyó en su interior: Vuelo IB con destino a Sevilla. A nombre de Clemente Rodríguez Gómez. “Cómo se me habrá quedado esto en el bolsillo, si hace mucho que no viajo en avión”. Miró la fecha. Era la misma del día en que estaba viviendo. Y el billete, por supuesto, estaba sin usar. Sobre la primera hoja aparecía el sello estampado de la agencia de viajes expendedora. Clemente se dirigió allí para preguntar si sabían algo de aquel billete. “Sí, claro; lo adquirió usted mismo hace unas horas”. “¿A qué hora?”. Era imposible que hubiera podido estar Clemente en la agencia a la hora que le indicaban, pues venía todavía de camino procedente de Sevilla. “¿Seguro

que estuve yo aquí a comprarlo?" "Sí, señor; yo misma se lo expendí."

Fue este un caso de ubicuidad inconsciente, fenómeno que los entendidos en estas cosas definen diciendo que el individuo se convierte en dos personas reales a la vez, pudiendo estar cada una de ellas en un sitio distinto en el mismo instante, y actuando con pleno conocimiento de lo que realiza y de acuerdo con su personalidad y sus exigencias.

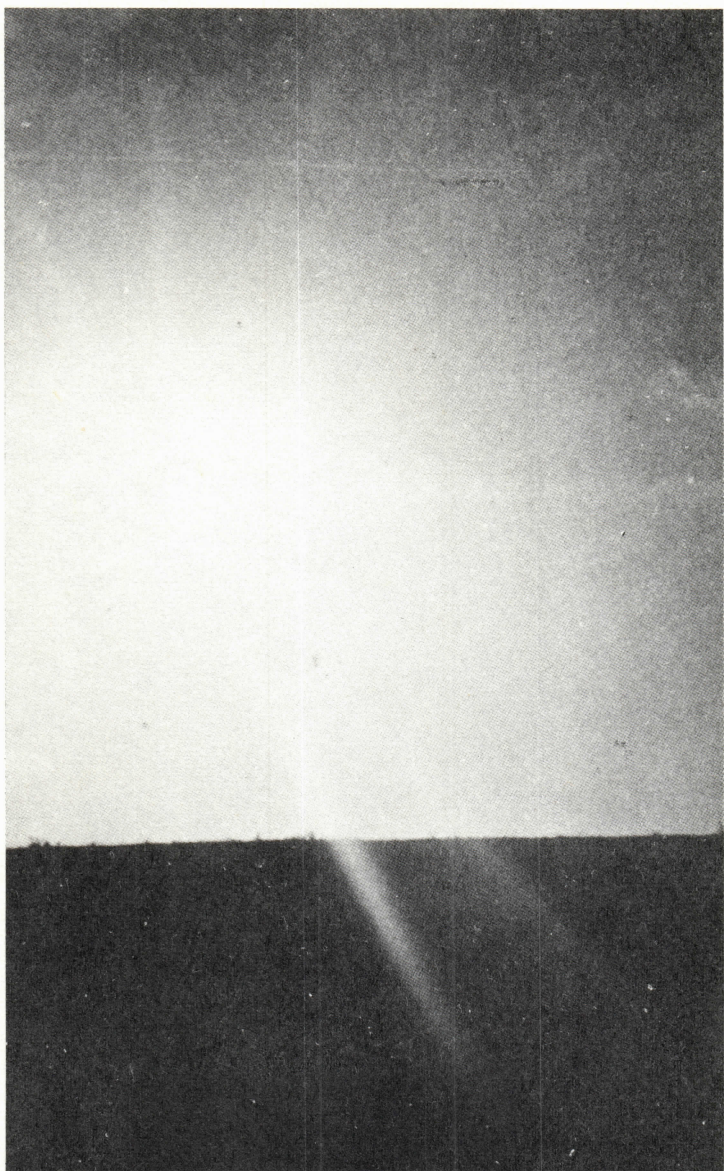
Vaya usted a saber. Bueno, en este relato, de ser absolutamente cierto, queda claro que el vidente gozó de esa extraña propiedad.

Casos similares anteriores los ha habido. Sin ir más lejos, el Padre Pío de Pietralcina, que aparece con frecuencia en el Palmar, fue protagonista de algunos; el más célebre, su intervención directa para salvar la vida al General Cardona. El Padre Pío, capuchino de san Giovanni Rotondo, de carácter sincero aunque hosco, hasta un tanto agresivo, poseyó un notable número de gracias con las que Dios tuvo a bien obsequiarle. Desde unas tremendas llagas que dejaba ver todas las mañanas, celebrando la Misa de 6, al levantar la patena, hasta la facilidad de leer en las almas y aparecer en las fotografías o no, dependiendo de su voluntad, es decir, podía no dejar rastro de su imagen en la película. Además, naturalmente, de poseer el don de la ubicuidad que quedó patente en el suceso del General Cardona, al que hacemos referencia, y que fue así: El General, desesperado tras haber sufrido una derrota, intentó poner fin a su vida con un disparo de revólver. Cuando iba a apretar el gatillo, apareció a su lado el capuchino, recriminándole por semejante locura. El General reconsideró la cuestión y llegó a la conclusión de que era mejor continuar viviendo. Lo portentoso del caso estriba en que el Padre Pío, en ese mismo momento, estaba en la celda de su convento, a muchos kilómetros del lugar del frustrado suicidio.

Los devotos del Palmar aseguran, porque así se lo ha comunicado Dios, que cuando aparece en "La Alcaparrosa", el capuchino italiano no es una aparición mística, irreal, sino que acude a aquel lugar corporalmente, vivo. Doble milagro o portentoso: estar a la vez en Italia, en la tumba, y bajo el techo de estrellas del Palmar; y estar a la vez muerto —el sitio ya no importa— y

vivo, saltando todas las barreras del tiempo —murió en 1968— y la corrupción.

Clemente no llega a tanto, al menos todavía, que está incluido en el censo de los que tienen —tenemos— que morir. Pero cerca le anda el que lo iguale o supere. En muchas ocasiones, mientras dirigía el rezo de un Viacrucis en el Palmar, estaba rezando un Rosario en Fátima o en Garabandal, o presenciando prodigios solares más allá del Atlántico. Muchas veces, además, conscientemente, voluntariamente consciente; lo que, aún aceptando el fenómeno, es más difícil todavía. Y es que, como decíamos, lo que no pase en el Palmar no pasa en ningún sitio.



Los rayos solares iluminaban a ráfagas la tierra, mientras el aire se volvió intensamente perfumado.



THE UNIVERSITY OF CHICAGO PRESS
CHICAGO, ILL. 60637

Los mensajes que se reciben en el Palmar de Troya, por inspiración de la Virgen, de Nuestro Señor, del Padre Eterno, del Espíritu Santo y de numerosos santos, integran un abultado dossier de más de 700 folios de letra menuda y apretada. No resulta fácil, por tanto, un resumen de circunstancias. Hay que leerlos todos, clasificarlos, y volver a leerlos otra vez, para, a través de sus múltiples repeticiones y aparentes incoherencias, encontrarles un sentido exacto. No hemos pretendido nosotros llegar a tanto, pero estamos seguros de haber entresacado de ellos lo más sustancioso, lo más grave, los más trascendental y también lo más chocante, lo más curioso. Queda claro en las voces celestiales la necesidad de una reforma de la Iglesia, despojándola de sus lastres actuales —estas no son palabras nuestras, sino desprendidas de la lectura paciente de las comunicaciones— y haciéndola regresar al cauce que no debió nunca abandonar, el de la tradición. Esto se deduce tras el simple hecho de repasar el índice de los temas tratados en los mensajes:

- La Iglesia es Una, Santa, Católica, Apostólica y Romana.
- La defensa de la auténtica fe católica, contenida en las Sagradas Escrituras, en la Santa Tradición, en el Magisterio auténtico de la Iglesia, en los Sagrados Concilios y en la Doctrina de los Santos Padres.

- El amor, la obediencia y sumisión a la Sagrada Persona del Papa, como Vicario de Cristo, “Roca Infalible”, hoy Pablo VI.
- El restablecimiento de la Santa Misa Tridentina, latina, de San Pío V, como auténtico sacrificio del Altar.
- El restablecimiento del latín como lengua oficial de la Iglesia, así como el incienso, la música sacra, el oro como culto a Dios, la sotana y tonsura en el sacerdote, el velo y el decoro de la mujer en el templo.

- El amor, respeto y auténtica adoración a la Sagrada Eucaristía, la obligación de recibir la comunión de rodillas y en la lengua, condenando la administración de la comunión de pie y en la mano, por irreverente y sacrílega.
- El amor, respeto y veneración a la Virgen, como Madre de Dios y Madre de la Iglesia, la defensa de los dogmas marianos, de las sagradas imágenes y de su culto en las iglesias.
- El amor y devoción a los santos, en especial al glorioso Patriarca San José, el culto a sus imágenes, así como la devoción a las almas del Purgatorio.
- La exhortación continua a la oración y a la penitencia: la Santa Misa, la Sagrada Comunión, la adoración nocturna y diurna del Santísimo Sacramento, la meditación en la Pasión del Señor, mediante el ejercicio del Viacrucis, el rezo del Rosario como arma poderosísima contra Satanás y otras devociones recomendadas por la Santa Madre Iglesia.
- La reparación por las ofensas inferidas a la Sagrada Faz de Jesús, a su sacratísimo corazón y al corazón inmaculado de María, mediante la comunión reparadora de los primeros jueves, primeros viernes y primeros sábados de mes, respectivamente.
- La condena del Progresismo actual, demoledor de la Santa Tradición, y de las herejías que se propagan, dentro del mismo seno de la Iglesia, por muchos sacerdotes, e incluso, por muchos obispos y cardenales.
- La condena del Marxismo y de la Masonería, profetas del Anticristo.
- La exhortación a la vigilancia y a la oración, pues el Comunismo y la Masonería se han introducido en la Iglesia, ocupando altos cargos.
- El anuncio de un próximo cisma en la Iglesia, con nombramiento de un Antipapa que intentará destruir la Iglesia.
- El anuncio de la llegada del Anticristo, que se hará adorar como Dios; el triunfo del poder comunista en el Mundo.
- El anuncio de una próxima, terrible, guerra mundial, que destruirá muchas ciudades; la purificación del Mundo por el fuego y el castigo de los perversos.
- El triunfo del Inmaculado Corazón de María, la derrota de Satanás, la segunda venida de Cristo y su reinado absoluto.

Todo esto sucederá muy pronto.

La técnica del mensaje, si es lícito hablar de técnica, porque tal vez fuera más correcto hablar de inspiración, no es fácil. En contra de lo que casi todo el mundo cree, la aparición —igual da que se trate del Señor, la Virgen o cualquier santo— no habla; ni el vidente en éxtasis oye. La comunicación es de tipo espiritual, o, si se prefiere, mental. No se utiliza el vehículo de las palabras, sino el lenguaje del entendimiento. La aparición no habla: inspira. El vidente no escucha: capta. Por eso es necesario el éxtasis, la desconexión entre la mente y el mundo real del contorno. El extasiado recibe el mensaje a modo de impresión sobre su mente, que en esos momentos se halla totalmente en blanco. Y, después, manifiesta el contenido de la comunicación mediante sus propios recursos humanos, es decir, hablando.

En el Palmar, ningún vidente se opone a que sean grabadas en magnetofón sus palabras, mientras se encuentran en éxtasis y están captando la impresión de un mensaje celestial. De hecho se graban todos; y ya resulta curioso que personas, a veces sin cultura alguna o muy escasa, sean capaces de hablar sin interrupción y coherentemente a lo largo de muchos minutos. Quede claro que nosotros, con lo que exponemos, no nos pronunciamos sobre la veracidad o falsedad de los citados mensajes, sino que intentamos dar a conocer los argumentos con que los palmarianos los defienden.

Naturalmente, la primera duda que lo asalta a uno es si no es posible que la manifestación al exterior del mensaje, mediante la palabra, no trae consigo el riesgo de una mala “traducción” de la impresión celestial recibida. “A veces, muy pocas —aseguran los devotos del Palmar—, ha sucedido eso; pero en detalles que no tenían mayor importancia. De todas formas, en algún mensaje posterior, el Cielo ha hecho rectificar el error. No hay miedo, por lo tanto, a una falsa interpretación por parte del vidente.”

Bien. Una vez grabado el mensaje en la cinta magnetofónica, se transcribe al pie de la letra a los caracteres impresos. Y se difunde.

Los mensajes celestes son tan antiguos como la humanidad creyente, y se han producido en todo tiempo de la misma manera. No nos queda constancia escrita de los ancestrales, mas de los que se han ido produciendo en los últimos tiempos, sí. Y hay que afirmar que, leyendo una comunicación divina de las que se reciben en el Palmar, puede uno pasarse a otra de las recibidas en Fátima o en cualquier otro lugar de apariciones, y no se puede notar la diferencia: el mismo vocabulario simple, idénticas muestras de afecto o enojo; incluso, en términos generales, igual contenido. Los fenómenos sobrenaturales de la aldea sevillana no son, en este aspecto, como en tantos otros, peculiares. Quizá las notas que los distinguan sean la reiteración y la valentía, la dureza con que se expresan. “Es la ira de Dios ante el rumbo equivocado de su Iglesia —dicen los devotos del Palmar—. Dios está enojado. Y eso tiene que notarse.”

Casi nunca se produce el mensaje divino aislado de otra serie de hechos prodigiosos, como apariciones, éxtasis, fuertes perfumes celestiales, visión de símbolos o fenómenos en el firmamento. Diríamos que la comunicación exige un decorado, unas circunstancias, una ambientación determinada; salvo en el caso de Clemente Domínguez, quien es capaz de recibir órdenes de Dios, o de la Virgen o del santo que sea, al volante de un automóvil, o andando tranquilamente por la calle. El mensaje es un elemento más de un acontecimiento místico completo. Veamos, como ejemplo, lo que ocurrió en el Palmar poco antes de la medianoche del día primero de enero, 1972. (Recordemos que esas fechas son muy especialmente escogidas por el cielo palmariano para sus milagros):

“Apareció primero la Santísima Virgen del Carmen —leemos en una copia, distribuida para uso de los apóstoles—, con el Niño Jesús en los brazos, la cual bendijo a todos los presentes. Después puso el Niño Jesús en los brazos del vidente (Clemente) y todos lo besamos y adoramos. Sobre las 11,20 de la noche apareció el Señor. Sus llagas sangraban. Besamos, todos los que estábamos allí, las llagas de sus pies. Luego el Señor nos fue signando con su sangre, en la frente, uno a uno, y nos permitió

también pasar nuestros objetos religiosos por su sangre, siendo consumida ésta después por el vidente, que la recibió en su boca. Posteriormente, el Señor, antes de desaparecer, dio el siguiente mensaje, mientras a su alrededor, por el cielo, surgieron muchas ovejas que el Señor, mientras hablaba, acariciaba."

"Amadísimos hijos de mi corazón: estáis viviendo en una hora triste de la Iglesia. Estáis viviendo la Pasión de la Iglesia. Es la hora del poder de los infiernos. Es la hora de la oscuridad, es la hora de las tinieblas. Es la hora de Satán.

Evidentemente, todo está por mí permitido, ya que él no puede dar un paso sin mi permiso. El me ha solicitado tentar a mis ovejas, cribar a mis apóstoles. Y yo se lo he concedido. Le he dado suelta en estos últimos tiempos, como estaba escrito que había de suceder.

La Iglesia, poco a poco, peldaño a peldaño, con la cruz sobre sus hombros, va subiendo al Gólgota. Y, a imitación de su Maestro, debe sufrir la Crucifixión, para después resucitar gloriosamente. Hoy, más que nunca, es la hora de la criba. Mas no os extrañéis, porque es necesario que así ocurra. Todos vosotros seréis cribados, pero a todos os daré fuerzas. Velad y no caigáis en la tentación.

Amadísimos hijos de mi corazón: hoy está palpable el poder infernal sobre la faz de la Tierra. Hoy Satán campea a sus anchas, con el beneplácito de muchos y hasta invocado por otros. La Iglesia Santa se va oscureciendo, está en medio de un valle de confusiónismo, de contraste de pensamiento, de expresión. Cada cual se cree teólogo; cada cual pontifica a su capricho; cada cual se cree profeta de Dios, y quieren transformar mi Iglesia a su capricho. Pero muchos de ellos son fariseos, sepulcros blanqueados por fuera y podridos por dentro, raza de víboras, ya que están influidos por la serpiente. ¡Mi Iglesia camina a la ventolera, parece que pierde su camino, su meta a seguir! ¡Pobre Iglesia, que está fundada por mi sangre derramada en el Calvario! Muchos de sus miembros están corrompidos, materializados. Es una hora terrible esta para la Iglesia. Todo es discutido: se discute mi presencia real en la Eucaristía; se pone en tela de juicio mi resurrección gloriosa; otros niegan mi segunda venida a la tierra con gran poder y majestad. ¡Necios, más que necios! Está clarísimo en el evangelio mi retorno.

Hoy todo es combatido, y lo que es más doloroso, por personas consagradas a mí. Eso causa mi coronación de espinas, causa las afren-

tas a mi divino rostro y taladra mis manos y mis pies. También se ataca a María con más furia que nunca. Hay, incluso, obispos que desean abolir los dogmas marianos, con pretexto de unión a los protestantes y cismáticos. ¡Pobres obispos: sudarán sangre!

¿Y por qué toda esta crisis? Porque hoy la norma es acción, acción; pero no se hace caso a la oración. Acción sin oración, trabajo perdido. Oración, hijos míos, oración, no sólo mental, sino vocal también, y siempre con el corazón.

Esta Pasión de la Iglesia la está viviendo, de una manera palpable, el Romano Pontífice, mi vicario Pablo VI. Porque un seglar mira a la Iglesia a escala reducida; un sacerdote, de forma más elevada; un obispo ve en la Iglesia una gran grey. Pero al Papa toda la Iglesia le pesa sobre sus pobres espaldas. Es difícil su papel en la Iglesia. A simple vista parece que él mismo la destruye, pero no es así: él nos enseña la fe. Y nada tiene que envidiar a los anteriores pontífices. Pobre Papa. Es combatido por malos y por buenos. Los malos, porque desearían verlo abriendo las puertas a Satanás; los buenos, porque creen que él es el culpable de la crisis de la Iglesia. ¡Difícil papel el de mi Vicario! Pedid con insistencia que acepte el martirio por el bien de toda la Iglesia. Mirad, hijos míos: el Santo Padre se encuentra acosado, tan acorralado en el Vaticano que, prácticamente, no puede dar un paso. Muchos días está pensando, y casi decidiendo, renunciar a la cátedra de Pedro, porque sus pobres espaldas no resisten más la opresión. Pedid para que él resista y no renuncie y muera con la palma del martirio, santificándose él y a muchos miembros de la Iglesia. No puedo obligarlo; lo dejo libre. Si renuncia, los males serán mucho peores. Si muere mártir, habrá muchas conversiones en el mundo. Esta hora es decisiva para el Papa: o martirio o renuncia. No le queda otra alternativa. O se entrega a la palma del martirio, o abandona el cetro al poder de las tinieblas, y lo recogerá el Antipapa, que reinará en el Vaticano. Todo es falseado; se dan noticias desde allí al mundo, que no ha pronunciado el Papa; y escritos que él no ha firmado. De ahí la gran confusión de la Iglesia. ¡Qué será cuando reine el Antipapa! Orad, orad por Pablo VI, mi legítimo Vicario. Y todo el que en cualquier lugar del mundo se proclame Papa, reinando Pablo VI, será un usurpador.

Es mi deseo que este mensaje sea difundido, urgentísimamente, porque es de importancia para todo el mundo.

Y ahora, vaya mi bendición para vosotros y para todo el mundo.





VIENE EL APOCALIPSIS

Los mensajes que derrama el cielo en el Palmar son variadísimos. Abarcan todos los temas necesarios para convencer de que es absolutamente imprescindible estar sujetos a las normas tradicionales de la Iglesia, y de que se aproxima una época de destrucciones de conciencias, poderes y naciones. En pocas palabras: son apocalípticos. Menos mal que a lo largo de su lectura se abre un poco la esperanza, porque todos los males, o casi todos, los puede evitar la oración, la entrega incondicional a la causa de Cristo y el desprecio por el progresismo que está minando los cimientos de la Iglesia. En el mundo de la fe está entablada una gran batalla. Se conoce el final. Se sabe que el triunfo será el del verdadero Cristo y la auténtica Religión Católica. Pero, mientras llega el desenlace, la lucha será encarnizada. Papa y Antipapa, Cristo y Anticristo, Progreso y Tradición, Marxismo y Masonería, Herejía y Dogma, se verán mezclados en una confusión terrible. Son los últimos tiempos de que hablan las profecías. Lo que decíamos: el Apocalipsis, que está llamando a la puerta.

HABLA EL SEÑOR:

“ ¡Oh, qué obstinados son los hombres! Combaten la obra divina porque son soberbios de corazón. Pero serán derribados del solio y a los humildes los ensalzaré. Mi brazo está ya para castigar a la humanidad ingrata y pecadora.

· ¡Que siga el hombre osando retrse de su Padre Celestial! ¡Que siga el hombre prescindiendo de Dios! ¡Pobre de él!

Mi hijo, Cristo Jesús, pronto bajará a la tierra. Pero vendrá como juez para unos, y como padre para otros. Purificará la tierra con fuego abrasador. Habrá fuego por todas partes: en las casas, en las calles, en los ríos, en los mares. No habrá por dónde caminar. Nadie escapará a mi mano como supremo juez del universo. Mas, los que se acojan bajo la protección de mi amadísima e inmaculada hija María, serán protegidos y alcanzarán misericordia.

¿Acaso creéis que el cólera es pasajero? No. Es mi mano justiciera. ¿Acaso creéis que los accidentes de carretera son casuales? No. Es mi mano castigadora. ¿Por ventura creéis que las guerras que existen son meras y pasajeras guerras como siempre? Es mi cólera contra el pecado.”

(15-9-71)

HABLA EL SEÑOR:

“...Mientras se medita sobre mi dolorosa Pasión, el Padre Celestial aplacará más su justa ira. Velad siempre... vengo a avisaros de la gran catástrofe que se avecina a la humanidad, y en vuestras manos pongo la solución para aplazarla y mitigarla mediante la

oración y el sacrificio. Es ésta una hora terrible para la humanidad y sólo mediante la oración y el sacrificio podrá remediarse."

(18-XI-70)

HABLA EL SEÑOR

"Hijos míos: en los días terribles que vendrán a la humanidad, la Sagrada Faz de mi divino hijo será paño de lágrimas, porque mis verdaderos se ocultarán tras ella. Será la Santa Faz verdadera ofrenda para que yo aplaque los castigos que enviaré a la humanidad. En las casas donde se hallare, habrá luz para liberarse del poder de las tinieblas. En los lugares familiares donde esté la Sagrada Faz de mi hijo, daré orden a mis ángeles para que los señalen y sean mis hijos preservados de los males que caerán sobre esta humanidad ingrata. Hijos míos, haceos todos apóstoles verdaderos de la Santa Faz, y extendedla por todas partes. Mientras más extendida esté, menor será la catástrofe."

(20-8-70)

HABLA EL SEÑOR:

"¡Atended todos a esta petición!

Los hombres: la camisa propia del hábito, tejido propio de hábito, color marrón, manga larga, cordón y escudo de la orden.

Las mujeres: el vestido propio del hábito, tejido propio de hábito color marrón, falda, por lo menos, cuatro dedos por debajo de la rodilla de larga, correa propia, escudo de la orden, manga larga.

O sea: camisa y vestido del hábito del carmelito como tradicionalmente se ha llevado siempre.

Respecto al color de otras prendas: abrigos, gabardinas, jersey, chalecos, zapatos, etc., leed el mensaje a Clemente de fecha 24-9-74.

La largura de la falda de la mujer, cuatro dedos por debajo de la rodilla, como mínimo, ha sido ordenado por el Padre Eterno a Antonio Romero el 8-9-74.

Y tú, hijo mío (refiriéndose a Clemente), de ahora en adelante, deberás abandonar todas tus ropas, desde la primera hasta la última, porque ya nunca más vestirás de colores que mucho te gustan. Así que, a partir de ahora, te pondrás el hábito, de momento, para los 14 y 30; y los demás días del mes procurando llevar una camisa discreta. Y tu traje será siempre, hasta nueva orden, de color negro. No te queda otro remedio, hijo.

—¿Y qué hago yo con tanta ropa como tengo? El Señor responde:

—Hay muchos que necesitan ropas. ¡Cuántos hay que no tienen para cambiar de ropa! ¡Cuántos! No te preocupes, ¡dala! Porque todas esas ropas de colores, tuyas, recuerdan tu pasado. En definitiva, el traje negro es serio y requiere compostura. Y, después, tendrás que tener el traje negro y la camisa marrón. Así que serán unos colores que no te gustarán mucho. Dentro de poco yo te diré cuándo tienes que ponerte la camisa para siempre, que, de momento, será una corbata color crudo, que es el manto de mi Santísima Madre. Y, más adelante, te pondrás un cordón y quemarás las corbatas.

Clemente exclama:

—¡Y cuando llegue el verano, ¿qué hago? ¡Un traje negro...!

—Hijito mío: lo del traje es ya. No te creas que tienes que esperar que te lo diga otra vez. Eso es una cosa muy cómoda, para que pasen días y días y días. ¡Es ya! Igual que obedeces los viajes, esto también; mas respetando tu libertad.

El vidente dice:

—A mí nunca me ha gustado un traje negro; oscuro sí, pero no negro...

(15-10-74)

HABLA EL SEÑOR:

“Mirad cuántos templos han dado cabida a la inmundicia, a la indecencia, a la perversión, a la corrupción. Observad cómo los fieles en el templo ya no se mantienen en profundo silencio y recogimiento; y mirad cuántos pasan por delante del Sagrario y no doblan las rodillas, empezando por los mismos ministros del Señor; y cómo muchos, al doblar la rodilla, quedan por la mitad sin atreverse a dar con la rodilla en el suelo; lo hacen de una forma mecánica y rutinaria, sin meditar que pasan delante del mismo Dios. De ahí que, viendo los fieles el mal ejemplo de los sacerdotes, ellos tampoco doblan las rodillas.

Hijos queridísimos: estad atentos a todas las innovaciones que hay dentro de la Iglesia, para rechazarlas; porque la mayoría vienen del enemigo.

¡Oh, hijitos queridísimos!: ¡cuánta corrupción dentro del mismo seno de la Iglesia! ¡Cuánta depravación! No olvidéis, mis queridas ovejas, que de aquí, de este rústico lugar, sale la luz para la Iglesia y para el mundo, cuya luz no es otra que la misma que ha dado la Iglesia durante todos estos siglos pasados. No puede ser otra que esa misma que ha traspasado a todos los fieles a través de la historia de la Iglesia guiada por el Espíritu Santo.

Esa es la Iglesia que permanece en este sagrado lugar, que va contra la nueva ola progresista y demoleadora que hoy gobierna la Iglesia. Porque el enemigo se ha infiltrado dentro de la misma jerarquía.

Mis queridos hijos: tened muy presente que, viniendo

a este sagrado lugar, se refresca la memoria y recordáis las enseñanzas tradicionales de la Iglesia que habéis recibido de vuestros mayores; y la que muchos de vosotros habéis vivido dentro de los templos. Por eso es necesario aumentar las peregrinaciones a este sagrado lugar, para que se alimenten y se fortalezcan con esta luz que penetra en los corazones, que es la luz del Altísimo. Más adelante seréis instruidos para conocer con exactitud los tiempos de la gran confusión, los tiempos del reinado del Anticristo, que se avecina, que ya está preparándose para reinar durante los tres años y medio que deberá reinar. Ya estáis viviendo los tiempos precursores del reinado del Anticristo, estos momentos precisos son los tiempos precursores del reinado del Anticristo; porque sus profetas, el marxismo y la masonería, están reinando y difundiendo el reino del Anticristo, y lo que es peor, esos profetas de la masonería y del marxismo, se han infiltrado dentro de la Iglesia y son los que están anunciando el próximo reinado del Anticristo.

Mis queridos hijos de España. ¡Alerta a España! ¡Alerta a los próximos acontecimientos! Porque esas futuras asociaciones que se avecinan, serán el camino para que el Anticristo penetre en España. ¡Alerta! ¡Muy alerta! ¡Andad con cuidado! Porque el tiempo que se avecina en España, en lo concerniente a la política que han de ejercer tanto las izquierdas como las derechas, aniquilará la fe católica de España.

(En estos momentos, Satán introduce la siguiente frase: Mirad, mis queridos hermanos. Pero la Santísima Virgen dice a Clemente: 'Cuidado con Satán.'))

Mirad, mis queridos hijos, que las izquierdas y las derechas se unen en la cúspide, lo que quiere decir que tanto el capitalismo como el marxismo, a la hora de la verdad, se unen para combatir a Cristo."

(24-9-74)

HABLA LA VIRGEN:

"Hijos míos, tened cuidado; se acerca la llegada del Anticristo. El dirá que es hijo de Dios, pero no le creáis, pues hasta que no se vea la gran cruz en los cielos, no ha llegado la hora de la venida del Hijo de Dios. El Anticristo coincidirá con el reinado de Satán, el cual ocupará tronos, estados, principados, repúblicas y toda clase de gobiernos; ya que en esa época el mundo estará bajo el poder de la satánica doctrina marxista. Será una época caótica, pero mis hijos, los que sigan fieles a mí, no serán engañados. Yo soy su madre y los cubro con mi manto. Llegará un día en que la propia Iglesia esté sufriendo hasta la última gota de sangre, para resucitar con Cristo después.

Seguid siempre bajo mi protección; no os la negaré nunca. Os quiero a todos mucho. ¡Lástima que algunos hijos se van desviando, pero con vuestras oraciones los volveréis a tener al lado vuestro.!"

(28-5-70)

HABLA EL SEÑOR:

(Hora II, 50noche: el vidente vio a Satán de forma monstruosa. Del escapulario de la Santa Faz, que el vidente tenía sobre el pecho, salió un rayo de luz potentísimo, en dirección hacia donde estaba Satán, al cual cegaba y le hacía revolcarse furiosamente. El vidente oyó la voz del Padre Eterno que le decía: "Ordénale que doble las rodillas ante mi Hijo."

Cumpliendo la orden del Padre Celestial, mandó al monstruo infernal que doblara las rodillas ante el Señor. Satán, furioso y colérico, no tuvo otro remedio que doblar las rodillas ante el divino rostro del Señor.

Seguidamente, el Padre Eterno se hizo visible al vidente y bendijo a todos).

(6-8-30)

“Atended, hijos míos, a lo que os voy a explicar: sabéis por la historia que la doncella de Orleáns, Santa Juana de Arco, fue llevada a la hoguera. Juzgad lo siguiente: el señor obispo le obligaba a decir que no había tenido relación con lo sobrenatural, y le amenazaba con llevarla a la hoguera si daba testimonio de la verdad; mas Juana de Arco dio testimonio de la verdad y por eso fue condenada a la hoguera; si hubiera obedecido a su obispo hubiese traicionado a Dios. Ahí podéis ver que la obediencia es relativa; según las circunstancias, así se procederá. Posteriormente, vuestra santa madre la Iglesia, la elevó a los altares; luego había dado testimonio de la verdad. Si hubiera obedecido a su obispo, arriesgaba su eterna felicidad.

El que está seguro de haber oído la voz del cielo, está obligado a dar testimonio de esa verdad bajo pena de condenación. Por eso, el Señor da fuerza a sus videntes. Mirad lo siguiente: en las Sagradas Escrituras está: los Apóstoles de Jesús hacían milagros en nombre de Jesús, predicaban su doctrina; mas, los pontífices de la Iglesia judaica, les prohibían mencionar el santo nombre de Jesús, y los azotaron en la sinagoga. Pedro recibió valentía de parte del Señor, y respondió: yo obedezco antes al Señor que a los hombres. Y al fin de sus días confirmó esta verdad con su propia sangre, muriendo crucificado con la cabeza hacia abajo.

Si yo os dijera algo contra el evangelio y contra los dogmas, no obedecerme, sino a vuestros pastores. Sabéis que en este sagrado lugar los mensajes son confirmando el Santo Evangelio. Y los Sagrados Dogmas de la santa Iglesia católica, apostólica y romana.

Oh, hijos míos: próximamente el vicario de Cristo, el mártir del Vaticano, Pablo VI, el hijo de mi corazón, terminará su misión, y después vendrá un Antipapa. Muchos hijos de la Iglesia creerán que el Antipapa es

el verdadero Papa. Enseñará herejías y destruirá aparentemente la Iglesia. Muchos dirán: tenemos que obedecer a la jerarquía. Pero yo estaré hablando con mis hijos y advirtiéndoles de los desvíos, y os pastorearé.

Desgraciadamente hay muchas personas que escudan su comodidad en la falsa obediencia. Pero, hijos míos, pronto vendrán las falsas divisiones de la Iglesia, que ya han comenzado. Después vendrá el Anticristo, y dirán que es Cristo; y los falsos obispos que haya entonces dirán que ese es Cristo, y también esos obispos perseguirán a los que los desobedezcan a ellos."

(25-4-71)

HABLA EL SEÑOR:

"Yo hago un llamamiento a todo el mundo, para que los que quieran se vengán a este Sagrado Lugar. Porque la luz está aquí, la verdad está aquí; la antorcha está aquí. Porque aquí sigue la tradición de la Iglesia; porque aquí se ama intensamente al Papa. Todos los días en el Palmar de Troya se hace oración por el Papa. Al Papa se le ama intensamente en el Palmar de Troya. El Palmar de Troya ama también intensamente la Santa Tradición de la Iglesia. ¿Dónde está la Iglesia católica, apostólica y romana? Aquí la tenéis: en el Palmar de Troya. Meditad y veréis como es verdad lo que os digo. En los últimos tiempos hay que cogerse fuerte a la tradición de la Iglesia, cogerse fuerte a la fe y amar con locura al Papa. Y perdonarle. Hay que saber perdonar. Porque el Papa no es culpable; es inocente. Su corazón está entregado a mí. El Papa ama a la Iglesia intensamente; sufre por la Iglesia intensamente. Cuando el Papa dice algo que va contra la tradición, no es el Papa, es que le han obligado a decirlo. El Papa está sometido a una terrible presión dentro del

Vaticano. Y ya os puedo decir abiertamente: actúa muchas veces bajo los efectos de la droga. Muchas veces al pobre Papa le ponen droga hasta en los alimentos. Y os voy a decir más, algo terrible, abominable. ¿Sabéis donde ponen también droga al pobre Papa? ¡En el vino para consagrar! He aquí la terrible verdad, el porqué el Papa no puede obrar. Lloro por el Papa, sangro por el Papa. ¡Pobre Papa, uno de los santos más grandes de la Iglesia! Y está pasando por un pobre energúmeno ante la opinión de los hombres. ¡Pobre Papa! Últimamente, como algunos sabéis, ha dicho públicamente palabras que hieren al Estado español. Pero no ha sido el Papa, ha sido la droga. El Papa comprende al Estado español. El papa ama intensamente al Jefe del Estado español. El Papa es fervoroso amante de Francisco Franco. El Papa está con Franco, porque Franco está con Cristo. Cuando os digan que el Papa está contra Franco, no es el Papa, es el efecto de la droga. ¿Cómo iba a estar el Papa contra Franco, si Franco es el gran defensor de la Iglesia, si Franco es el baluarte de la fe en España y en Europa?

Cuando muera Franco, el comunismo entrará en España y echará por las calles y por los ríos el Sagrado Tabernáculo, al igual que hicieron cuando la Segunda República española los comunistas. No lo olvidéis. Franco restableció la fe en España, restableció el crucifijo en las escuelas, levantó las iglesias que fueron destruidas, levantó las iglesias que fueron quemadas por los comunistas, restableció la libertad de la Iglesia católica en España. Franco, económicamente, sostiene los problemas de la Iglesia católica en España, ayuda a los seminarios, ayuda a levantar templos, ayuda a los párrocos, a los obispos. ¡Y qué poca vergüenza tienen algunos obispos en España, que se levantan ahora contra Franco, cuando Franco es el defensor de los obispos!''

(30-9-75)

HABLA EL SEÑOR:

“¡Sacerdotes de Jesucristo, alzáad la bandera del martirio! Adelante; no os desaniméis. Luchad por Cristo Jesús, por la Santa Tradición y por el Santo Padre, hoy mártir en el Vaticano, perseguido por la misma Iglesia. Ese pobre Papa que se consume de dolor. Ese pobre Papa que habla y nadie le escucha. Mirad, hijos míos: el Santo Padre no es culpable del mal que hay en la Iglesia. Son los cardenales, obispos y sacerdotes. ¡Pobre Papa; pronto llegará su fin! ¡Y pobre de la Iglesia que se encontrará huérfana, en medio de confusiones y de herejías! ¡Oh, Roma, qué poco quedará de ti! Roma, que mortificas a mis pontífices, que persigues a mi vicario. ¡Roma, el fuego te consumirá! ¡Oh, Roma, no martirices más a mi Vicario! Está solo luchando con la Iglesia, no tiene colaboradores, está rodeado de fariseos. Pedid mucho por el Papa todos; amadle, es mi Vicario en la Tierra. El no es culpable del mal que hay, sino los miembros que están dentro del Vaticano, que lo tienen acorralado, y falsean los documentos pontificios.

(7-8-71)

HABLA EL SEÑOR:

“A mi actual vicario, el mártir del Vaticano, le queda muy poquito tiempo en el gobierno de la Iglesia. El está ya dispuesto al martirio, él está dispuesto a dar la vida por la Iglesia. Defenderá, como está defendiendo, las Sagradas Verdades y la Santa Tradición de la Iglesia. Y eso no se lo perdonan los cardenales y obispos progresistas que hay en la Iglesia. Por tal motivo arremeten contra él. Pero él, después de esta coronación de espinas que está sufriendo, será coronado de gloria por

toda la eternidad. Está dispuesto a sacrificar su vida, a ser pisoteado si es preciso.

Oh, hijos mto: la Historia juzgará a este gran Papa y se dará cuenta del gran valor que tiene. El vendrá acompañándome en mi segunda venida; vendrá a mi derecha, y el mundo será confundido, hasta los grandes teólogos que hoy le atacan. ¡Cuánto se acordará la Iglesia cuando este gran Papa ya no esté al timón de su nave! Pues tras él viene el cisma a la Iglesia. Reinarán el confusionismo, la discordia, el odio. Mas habrá una gran salvación: acudiendo a Marta, la Reina del Universo, la Reina de la Paz, la Madre de la Iglesia, la Divina Pastora.”

(30-8-71)

HABLA EL SEÑOR:

(Barcelona. Casa particular. Apareció el Señor, rodeado de ángeles y descendió hasta donde estábamos nosotros —cuenta Clemente Domínguez—. Signó a algunos en la frente, besó los objetos religiosos y bendijo varias veces a los presentes. Yo abracé por el talle al Señor, y El juntó su divino rostro con el mío. Luego, el Señor se puso de rodillas, y yo le dije que se levantara; hasta que por fin se levantó ayudado por mí. Un ángel, con una espada que traía, atravesó mi corazón. Duró esta transverberación alrededor de una hora. El dolor que me producía era enorme. Me retorció, víctima de una lastimosa agonía, entre sudor y gestos conmovedores. Mientras pasaba tan angustiosa hora, el Señor me iba diciendo el siguiente mensaje):

“Está preso en el Vaticano. ¡Liberadlo! ¡Pobre Papa! Esto es una demostración mística del sufrimiento del Papa. El pobre va subiendo al Gólgota. ¡Pobre Papa! ¡Liberadlo! ¡Oh, qué noche está pasando el Papa, solo, abandonado, rodeado de fariseos! Amad

mucho al Papa. Se aproximan malas horas para él. Lloro continuamente. Si le vierais en estos momentos. ¡Pobre Papa! ¡El huerto de Getsemaní! Y los buenos duermen, y los buenos duermen, mientras él sufre. Y los lobos, libres, arremeten contra el pastor. Y las ovejas se descarriarán cuando sea herido el pastor, se desparmarán por todas partes. Ese es el sufrimiento más grande que tiene el Papa, ver cómo quedará la Iglesia en manos de los lobos. No puede más. No lo censuréis. Cada vez que censuráis al Papa, aumentáis su dolor. El no puede hacer nada más. No es que sea cobarde, ¡es que no puede! Es un padre bondadoso que no quiere dañar a sus hijos, y permite tantas cosas a ver si cambian. Es un padre amoroso que no puede hacer nada más. Habla, habla, habla, pero clama en el desierto. Su voz no es escuchada ni por los malos ni por los buenos.

Este es el Papa que fue visto por Catalina de Emmerich, y por Jacinta de Fátima y por tantos videntes a través de la Historia. El Papa que gobierna la nave; el Papa que llora; el Papa que está rodeado de fariseos. Está en el Vaticano, arrodillado, con grandes sudores sobre su frente, sufriendo la pasión de la Iglesia en su propia carne. Observadlo: cómo entró en el pontificado, jovial, con belleza; y cómo está ahora, encorvado, surcado, con ojeras. ¡Qué pontificado más doloroso!"
(8-2-72)

HABLA EL SEÑOR:

"La Iglesia cada vez se oscurece más, cada vez está más eclipsada. Roma se ha prostituido, se abraza a los enemigos de la Iglesia; pacta con el mismo Satán. Roma ha caído. Sólo se salva el romano pontífice y algunos prelados. Al Papa no le dejan gobernar. La Iglesia está gobernada por manos infernales. La masonería

y el comunismo están bien infiltrados en el Vaticano, acorralando y martirizando a mi amadísimo Vicario Pablo VI. Hay algunos obispos en el Vaticano con el grado 33 de la masonería."

(9-3-72)

HABLA EL SEÑOR:

"Pero pronto llegará la liberación. Debéis orar incesantemente para que el Papa sea liberado de sus enemigos. Y esa liberación llegará cuando Europa entera arda en guerra y en confusión. Ese será el momento en que el Papa encuentre su liberación. Por eso las piedras del Vaticano caerán al suelo en su justo momento y el Papa reinará fuera de los muros del Vaticano. Pero desgraciadamente reinará sólo en una minoría. Más adelante os iré aclarando aspectos. Jamás ningún pontífice tuvo tantos enemigos a su alrededor, ¡jamás!"

(18-7-74)

HABLA EL SEÑOR:

"Mirad, hijos míos, los días están contados. Ya está próximo el Antipapa. Pedid por Pablo VI para que acepte el martirio, porque él es libre; yo no puedo forzarle. Hay obispos masones y obispos marxistas. No hagáis caso a los difamadores del Santo Padre. Satán ya está en el Vaticano gobernando la Iglesia. Me repugnan algunas conferencias episcopales, donde, en vez de enseñar el Evangelio, se deforma. Estos obispos lo único que desean es eso, confundir a los fieles. ¡Ay,

obispos, vuestra sangre correrá! ¡Preparaos, hijos míos, pues el Antipapa confundirá a la Iglesia terriblemente!

(8-2-71)

HABLA LA VIRGEN:

“Se aproxima el tiempo, en el próximo pontificado, en que habrá dos Papas: el verdadero y el Antipapa. Será tiempo de tinieblas y confusionismo, cual no lo hubo en la Historia de la Iglesia.”

(19-10-73)

HABLA LA VIRGEN:

“Las huestes de Satán, como ya sabéis, han ocupado sitios en la Iglesia. Ahora se prepara el golpe terrible para sentarse en la cátedra. Y esto ha de cumplirse. Enviad a todas partes mi aviso: Satán está a las puertas, el mismísimo jefe de los infiernos. Sólo un golpe y se sentará en la cátedra.”

(27-10-73)

HABLA EL APOSTOL SANTIAGO:

“En la última guerra española, yo, el apóstol Santiago, intervine de forma decisiva para dar la victo-

ria a los ejércitos nacionales. ¿Por qué? Muy sencillo. Porque los ejércitos nacionales llevaban como bandera a Cristo Rey, y los republicanos llevaban el Anticristo. Conclusión: defender las tropas de Cristo, con sus errores y sus defectos, porque también eran hombres. Pero la victoria, sencillamente, había que darla a los defensores de Cristo Rey, y por eso España sigue siendo católica. ¿Qué hubiera pasado con el triunfo de la España republicana? Hoy no existiría el Catolicismo en España, sino la hoz y el martillo, aniquilando la fe. Y quien tenga entendimiento que entienda."

(27-7-73)

HABLA EL SEÑOR:

"Llegó Franco y restableció la fe en España. Es verdad, el pobre Franco también tiene sus defectos, sus debilidades, sus errores. Es humano como vosotros, de carne y hueso, pero un buen cristiano. Perdona los errores y ensalza las virtudes. Porque Franco es un hombre virtuoso, un gran católico, más católico que muchos obispos de España. He ahí la verdad: algún día la Iglesia reconocerá las virtudes de Francisco Franco. Y os lo voy a revelar: aun con sus defectos y debilidades un día llegará que la Iglesia lo canonizará. Será San Francisco. Y debe saberse ya, para que el mundo conozca la verdad y no ataque a un santo. Mayores defectos tuvo San Agustín y es doctor de la Iglesia. Por eso no os extrañéis; a su debido tiempo la Iglesia canonizará a Francisco Franco. ¡Bienaventurada España que ha sido gobernada nuevamente por un santo!"

(30-9-75)

HABLA EL SEÑOR:

“Los próximos acontecimientos en España serán catastróficos y caóticos. La izquierda avanzará y se sentará en el poder. Durará poco. Después surgirá el gran caudillo del Tajo. Mi futuro Caudillo, que levantará mi bandera y la extenderá a todas las naciones. El gran caudillo del Tajo llevará por bandera la mía: la de Cristo Rey.”

(12-10-74)

HABLA EL SEÑOR:

“Ay, las costas españolas, ¡cuánta corrupción! Esa Costa del Sol que está clamando la destrucción propia por tantos pecados que se acumulan en ella. ¡Ay, esa Costa Brava! ¡Ay, esa Costa Blanca! ¡La Costa Verde! ¡La costa levantina! ¡La costa cantábrica! ¡Las verdes costas gallegas! Ha penetrado en todas ellas la corrupción. Si no clamáis para que venga la misericordia, todas esas costas serán aniquiladas por el fuego devastador. ¡Ay, también, de esas fecundas montañas donde se ha puesto de moda el turismo para el esquí! ¡Cuánta corrupción! ¡Cuánta depravación! ¡Ay, las grandes ciudades! ¡Ay, Madrid! ¡París! ¡Barcelona! ¡Marsella! ¡Nueva York! ¡Cuántas gotas de lágrimas me están costando! Volved a la penitencia, pues de lo contrario sólo encontraréis la guerra, el cólera, el cáncer e infinitas plagas os aniquilarán.”

(10-9-73)

HABLA LA VIRGEN:

“Estoy muy enojada con las iglesias modernas, pues hay falta de respeto y de honor a Dios. Hay una gran frialdad. No invitan al recogimiento y a la meditación. No hacen ver a los fieles su miseria y su pequeñez ante el omnipotente Dios, porque está todo tan humanizado, que se ve la ausencia de los caminos de Dios. Las imágenes de los crucificados no dan recogimiento, no da dolor aquella pasión, ni tampoco esperanza de salvación. Las imágenes que me representan tampoco dan devoción, y los fieles se apartan, pues notan frialdad, desapepetencia y abandono.”

(11-9-70)

HABLA EL SEÑOR:

“¡Qué obstinados son los hombres! Combaten la obra divina porque son soberbios de corazón. Pero serán derribados del solio y a los humildes los ensalzaré. Mi brazo está ya listo para castigar a la humanidad ingrata y pecadora!

Que siga el hombre osando retrse de su Padre celestial; que siga el hombre prescindiendo de Dios. ¡Pobre de él! Mi hijo, Cristo Jesús, pronto bajará a la tierra. Pero vendrá como juez para unos; y como padre para otros. Purificará la tierra con fuego abrasador. Habrá fuego por todas partes: en las casas, en las calles, en los ríos, en los mares. No habrá por donde caminar. Nadie escapará a mi mano como supremo juez del universo. Mas, quienes se acojan bajo la protección de mi amadísima e inmaculada hija María, serán protegidos y alcanzarán misericordia.

¿Acaso creéis que el cólera es pasajero? No, es mi

mano justiciera. ¿Acaso creéis que los accidentes de carretera son casuales? No; es mi mano castigadora. ¿Por ventura creéis que las guerras que existen hoy son meras y pasajeras guerras como siempre? No; es mi cólera contra el pecado."

(15-9-71)

HABLA EL SEÑOR:

"Habrá guerras atómicas, terremotos, corrimientos de tierras, inundaciones, enfermedades incurables, y la plaga del cáncer se extenderá más. Y surgirán otras enfermedades que ya han empezado a hacer sus estragos."

(16-12-71)

HABLA EL SEÑOR:

"¡Ob, mundo corrompido; ob, inmoralidad! A vosotras las mujeres me dirijo ahora: cubrid vuestros cuerpos, ocultad vuestros brazos; porque estáis llamando a mi ira; el fuego os abrasará; sois escándalo del hombre. Cubrid vuestra desnudez. Por lo menos que vuestra vestimenta llegue casi al codo y pase un poco de las rodillas. ¡Ay de aquellas que vienen a este sagrado lugar enseñando sus carnes que pueden dar lugar a escándalo y pecado! ¿Cómo es posible que vengan aquí con los brazos al aire? ¿Qué creen, que vienen a un baile de máscaras? Pronto Elías y Enoc bajarán a la tierra y os exhortarán a vestir de saco. Iros preparando. Toda aquella mujer que a este Sagrado Lugar venga indecorosamente vestida, le será dada a Satán libertad para

llevársela con él, ya que a él le pertenece, no a mí. Son hijas de la perdición.

A vosotros los hombres: cuidad vuestra vista. Cerrad vuestros ojos al pecado o pereceréis en él. Apartad la vista de las mujeres indecorosas; escupid en el suelo para mostrar vuestra ira. No las miréis; pues mirando adulteraréis en el corazón. El hombre cree que es hombre porque peca con una mujer. ¡Pobre bestia, entrega su alma a Satanás! ¡Cuán grande es la virginidad en el hombre también!''.

(15-9-71)





LA DE DIOS EN EL PALMAR: ESTALLA EL CISMA

A pesar de que, como ya hemos dicho, desde que tuvo los primeros conocimientos de los hechos que allí sucedían, la autoridad eclesiástica desautorizó los fenómenos místicos y prohibió cualquier tipo de culto, ambas medidas, encaminadas a interrumpir el desarrollo de un movimiento religioso reformador y molesto, no surtieron el menor efecto; incluso podría afirmarse que causaron el efecto contrario, pues las peregrinaciones al Palmar de Troya prosiguieron y hasta se incrementaron de una manera extraordinaria, acudiendo, cada vez en mayor número, desde los lugares más dispares de España y de los cinco continentes. En la aldea hubo que adquirir una casa amplia que acogiera a los devotos, que un buen día llegan atraídos por la curiosidad o guiados por su fe, y al día siguiente deciden permanecer allí, a pesar de que tengan que vivir muy humildemente, monásticamente en realidad, pero junto al Sagrado Lugar de las apariciones celestiales. No piensan regresar nunca a sus lugares de origen. Desgranán las horas de todos los días, y los meses y los años, entre oración y oración, fieles a los mandatos del cielo, envueltos en un visible misticismo, aún más extraño por lo anacrónico, que en su momento, el Arzobispo de Sevilla no dudó en calificar de histeria. Y, aunque verdaderamente los hechos son sólo una continuación de los fenómenos religiosos ocurridos en otros lugares con anterioridad, lo que ocurre en el Palmar, lo que diferencia, es que aquí todo se vive con más fuerza, con más entrega, con más valentía, o quién sabe si con más temeridad. Ninguna condena eclesiástica —y hubo varias, no lo olvidemos— ni tampoco ninguna orden civil destinada a expulsar a los devotos y curiosos de la finca donde se producen las apariciones y los hechos calificados como sobrenaturales pudo terminar con

las masivas concentraciones que se producen con frecuencia, y durante las cuales, ya lo hemos expuesto, a decir de los asistentes, los enfermos curan, los incrédulos quedan admirados de lo que sus ojos contemplan y todos maravillados de una fe que se respira en el ambiente, y convencidos de la trascendencia futura de los fenómenos del Palmar de Troya.

Poco a poco se fue cimentando el cisma que hoy alcanza ya su punto de explosión. Las circunstancias lo han favorecido. El hecho de que la Iglesia no haya reconocido oficialmente los fenómenos, sino que, al contrario, haya preferido ignorarlos o atacarlos, y el silencio de Pablo VI al documento que los palmarianos pusieron en sus manos, explicando las cosas con todo detalle, han sido los culpables primeros de que el cisma se haya puesto de pie y en marcha.

Desde hace aproximadamente un año, los informes que recibían los videntes, especialmente Clemente Domínguez Gómez, se referían a la necesidad de crear una nueva orden religiosa que defendiera la tradición de la Iglesia y difundiera por todo el mundo las maravillas palmarianas. De los mensajes que han llegado a nuestras manos, muchos tratan de ese asunto, y citaremos solamente algunos, para asentar la argumentación con la que los devotos del Palmar justifican, o por lo menos lo pretenden, el cisma que han levantado.

La Santísima Virgen, en un mensaje dado a Clemente Domínguez, durante una congregación "La Alcaparrosa", el 14 de abril de 1974, se expresa con toda claridad:

"En cuanto a la prohibición del prelado de la diócesis, debéis saber que es una prohibición sin validez, porque, en conciencia, sabéis el espíritu que aquí hay de adoración y penitencia, el espíritu de adoración a Dios. Por eso, por estas prohibiciones, Dios, con su gran sabiduría, aumentará el número de los devotos del Palmar de Troya. Por cada prohibición que venga sobre este lugar, se multiplicarán los devotos".

Jesucristo, el 17 de septiembre de 1974, siempre según consta en la copia de los mensajes difundidos por los creyentes palmarianos, ordena:



Emblema de la Orden de los Carmelitas de la Santa Faz.

“Quiero que llevéis el hábito de la orden que no desaparecerá, ya que las demás irán desapareciendo, no lo olvidéis: el hábito de la orden del Monte Carmelo. Está anunciado en antiguas profecías. Estará hasta los últimos tiempos. Y todos aquellos que vistan el hábito del Carmelo forman parte, en cierto modo, de esa gloriosa orden. La orden está muy relajada..., relajadísima, pero surgirán nuevos reformadores. Además se han fundado otras órdenes, que siempre seguirán una parte de las reglas del Carmelo y que estarán unidas a ella. Así la Orden del Vergel, de Méjico, y la futura Orden del Palmar”.

Unos días después, el 24, se apareció Jesucristo, acompañado por Santa Teresa de Jesús, San Juan de la Cruz, Santo Domingo de Guzmán, Catalina de Siena, Ignacio de Loyola, San Francisco Javier, y otros santos, y comunicó lo siguiente:

“Ya veis qué buenos amigos traigo. Han dado grandes glorias a la Iglesia. Imitad sus vidas. Quiero que la futura Orden de los Adoradores de Santa Faz imiten a estos santos, que tomen un conjunto de reglas de las distintas órdenes religiosas y se acerquen más y más a la perfección. La orden que un día será fundada en este sagrado lugar iluminará a todas las naciones. De aquí partirá el apoyo para el verdadero Papa, cuando venga el cisma”.

Y el cisma se presentó. Pocas fechas antes de finalizar el pasado año, coincidiendo con la visita del Arzobispo vietnamita Pedro Martín Ngo, quien según los cánones eclesiásticos tiene poderes para hacerlo, quedó instaurada la orden religiosa de los Adoradores de la Santa Faz, con sus jerarquías correspondientes. El primer acto, bajo la responsabilidad de los nuevos carmelitas y del Arzobispo, fue la ordenación de cinco sacerdotes, de los que después, una nota facilitada por el prelado de Sevilla, Bueno Monreal, afirmó que no reunían los requisitos exigidos para tal fin, y que por tanto caían dentro de las penas establecidas por las leyes eclesiásticas. Los nuevos sacerdotes, ordenados



*El ex Arzobispo vietnamita Pedro Martín Ngo, consagrandó obispo a
Clemente Domínguez.*

por Pedro Martín Ngo en el Palmar de Troya, la noche del 31 de diciembre, eran Clemente Domínguez, Manuel Alonso Corral, los irlandeses Pablo de Fox y Frank, y el francés Louis Moulines. Clemente Domínguez quedaba, además, nombrado fundador de la Orden de los Adoradores de la Santa Faz. Los demás pasaban a ocupar también cargos importantes dentro de ella. "Daré noticias inmediatamente a la Santa Sede", afirmó el Sr. Arzobispo de Sevilla. Por su parte, los devotos del Sagrado Lugar del Palmar de Troya enviaron al prelado sevillano numerosos telegramas: "Le agradecemos la publicidad. Ya era hora de que se ocupara de nosotros."

Y así estaban las cosas el día de Nochevieja. Pero se sabía que por poco tiempo, pues corría el rumor de que el cisma aumentaría unos días más tarde, muy pocos, cuando fueran nombrados tres o más obispos, por supuesto, igualmente, sin autorización. Se hablaba de que adquirirían el rango de tales el Padre Camilo Estévez (de Orense), el norteamericano conocido en el Palmar como Padre Francisco y el irlandés Padre Miguel. Los tres eran conocidos, pues llevaban ya algún tiempo desempeñando los cultos en el altar de la finca de las apariciones. "La Virgen ha comunicado hace muy poco —nos dijo un apóstol— que había llegado la hora de la gran batalla". Y parecía que sí. A los devotos del Palmar y a su júbilo se unieron los de Garabandal, Fátima, Lourdes y otros lugares de apariciones. Los telegramas de adhesión llegaron desde todos los puntos cardinales. El cisma católico del siglo XX, amenazante desde hacía años, se había puesto —se decía— en marcha.

Y, a la vez que el cisma, surgió también la polémica y el desconcerto. ¿Quién era ese Arzobispo vietnamita que había venido a poner la guinda sobre la gran tarta que se estaba cocinando en el Palmar? Al parecer, Pedro Martín Ngo dinh Thuc, exarzobispo de Hue, había abandonado Vietnam, a raíz del asesinato de su hermano el Presidente, para encargarse de la Archidiócesis de Bulla Regia, en Italia, por orden del Sumo Pontífice, hasta su jubilación; residiendo desde entonces en el Colegio Mayor Vietnamita, en la Ciudad Eterna. En 1968, durante un viaje meramente turístico, se acercó a Sevilla, donde tuvo conocimiento de los hechos que se sucedían a ritmo vertiginoso en la aldea del Palmar. Se trasladó al lugar de las apariciones y que-



La consagración de los primeros obispos.

dó, a lo que parece, convencido de su veracidad. En varias ocasiones después, volvió allí, ya como peregrino y con fe en los fenómenos palmarianos. Y, mediado el pasado diciembre, llegó otra vez, ésta dispuesto a intervenir. "No se deben tomar en consideración las decisiones y acciones de Monseñor Pedro Martín Ngo —dijeron las jerarquías eclesiásticas, al producirse las primeras ordenaciones sacerdotales en el Palmar—; es tan viejo el pobre, que la cabeza ya no le debe funcionar bien. Chochea". Clemente Domínguez, para defenderse de los ataques que estaban cayendo sobre él como máximo responsable del cisma, se limitó a comentar escuetamente, y sin dar a la cosa mayor importancia: "Entre Monseñor Pedro Martín Ngo y el Sumo Pontífice Pablo VI, en cuanto a su edad, hay sólo seis días de diferencia; de modo que, si Monseñor chochea, también puede chochar el Papa."

El caso es que el Arzobispo vietnamita se presentó en el Palmar, con sus hábitos viejos y pobres, de estilo oriental, sus babuchas y su rostro gafado —de gafas— de expresión bonachona, y dio a los devotos el espaldarazo que estaban necesitando.



Varios aspectos de la Consagración Episcopal de Francisco Sandler, Miguel Donnelly y Camilo Estévez, en la madrugada del día de Año Nuevo.



THE UNIVERSITY OF CHICAGO PRESS
54 EAST 57TH STREET, NEW YORK, N.Y. 10022
LONDON: ROUTLEDGE Kegan Paul, 11 BEDFORD SQUARE, W.C.1

“En el Palmar de Troya, quien da las órdenes directamente es Dios. No sabemos cuándo las va a dar, pero, cuando Dios ordena, nosotros, los devotos de ese Sagrado lugar, obedecemos sin ninguna vacilación. A veces, los mandatos del Señor se oponen a lo que dictan los obispos; pero Dios manda más que los obispos. Esto viene sucediendo desde que comenzaron los fenómenos de las apariciones y mensajes. ¿De qué se extrañan ahora las autoridades eclesiásticas? Si ellos ordenan una cosa y Dios nos impone otra distinta, ¿a quién vamos a obedecer? ¿Quién tiene la razón?”

Así opinan y así actúan los devotos palmarianos, dentro de los cauces totalmente rectilíneos que les marca una lógica religiosa que, a fuerza de ser absurda según la ortodoxia al uso, resulta aplastante por su simpleza y eficacia. Existe, eso es evidente, un enfrentamiento abierto entre los creyentes del Palmar y el clero en general, especialmente los obispos. Son innumerables los mensajes comunicados por Jesucristo, la Virgen y algunos santos que condenan el proceder actual de las jerarquías religiosas y denuncian, de una manera tajante, el fin trágico del Catolicismo, de seguir las cosas de Dios en la Tierra como van. En ocasiones, la censura celestial al proceder de los obispos ha llegado a extremos inconcebibles, como cuando, con motivo de la proyección en España de la película “Jesucristo Superstar”, Nuestro Señor, calificando la cinta como herética, blasfema y sacrílega, excomulgó de su Iglesia a todos los obispos que no se opusieran abiertamente a su proyección. Frases muy duras para los timoneles de las naves católicas abundan a través de los cientos de mensajes que han recibido en el Palmar de Troya los videntes:

“Inicuos pontífices hay gobernando actualmente mi Iglesia —mensaje del Señor, recibido por Clemente Domínguez el 30 de julio de 1971—; pero voy a prescindir de ellos, de los que caminan desviados. Viene el cisma a la Iglesia, y reinará la confusión, la discordia, el odio. Apartaos de los obispos desviados. No hagáis caso a los difamadores del Santo Padre, no es él quien hace las cosas malas en la Iglesia. Son los obispos fariseos que le rodean, pues en la Iglesia, desgraciadamente, hay obispos masones y marxistas. ¡Ay, obispos, vuestra sangre correrá!”

La actitud cismática de los devotos del Palmar no fue una novedad por su reacción a los ataques sufridos a raíz de las ordenaciones ilegales de sacerdotes; era una constante ya a lo largo de la historia de los hechos palmarianos. Tienen el convencimiento de que el cisma no lo han provocado ellos; al contrario, afirman que ellos son los que se mantienen fieles a las reglas divinas y que es la Iglesia quien ha sufrido la desviación, precisamente por el desconcierto que están sembrando los obispos.

A ningún devoto del Palmar le extrañó la ordenación de los cinco sacerdotes, llevada a cabo en el Sagrado Lugar, durante la madrugada del día de Año Nuevo, en una ceremonia solemnísimas que duró más de cuatro horas y en la que confirió a los ordenados la categoría de presbíteros el ex-arzobispo vietnamita. Al acto, prohibido y penado por el prelado de la Archidiócesis de Sevilla, asistió un cargo catedralicio con misión de observador, el cual salió de allí, a decir de los presentes y literalmente, “con el rabo entre las patas”.

“Palmar de Troya, cerca de la ciudad de Utrera, en la provincia de Sevilla, España. En el día doce de enero del año del Señor 1976.

Yo, Pedro Martín Ngo-dihn Thuc, Arzobispo titular de Bulla Regia, doy fe de que en el día primero de enero del año 1976, conferí la tonsura y órdenes menores y mayores (es decir: subdiaconado, diaconado y presbiteriado) a las siguientes personas:



El obispo palmariano Manuel Alonso Corral, celebrando misa.

Clemente Domínguez Gómez, nacido en Sevilla, con Documento Nacional de Identidad n.º 28279269;

Manuel Alonso Corral, nacido en Cabeza de Buey (Badajoz), D.N.I. n.º 1702964;

Ludovico Enrique Moulins, francés, residente en Sevilla, inscrito en el Consulado General de Francia con el n.º 50/74;

Francisco Coll, irlandés, con documento "pasaporte" F196573, residente en Sevilla;

Pablo Gerardo Fox, irlandés, con pasaporte F19094, residente en Sevilla".

En perfecto latín eclesiástico de la mejor escuela, el acta de ordenación de los cinco sacerdotes fue firmada y rubricada, y escrita letra por letra, con pulso firme, por la mano del Arzobispo vietnamita. Legalmente no son sacerdotes; legítimamente, al estar consagrados por un Arzobispo, sí", dijeron los expertos en Derecho Canónico. "Y eso de legalmente no, habría que verlo más despacio", añadieron los devotos. Con razón, porque la discusión está planteada todavía y no se vislumbra una respuesta contundente.

Y la consagración de obispos palmarianos, que andaba de boca en boca como un simple rumor, se hizo realidad. Y no fueron tres, sino cinco, los obispos consagrados, cinco. También de madrugada. Casi de una manera improvisada, pues la orden divina, dicen, llegó muy pocas horas antes. La ceremonia fue oficiada de nuevo por Pedro Martín Ngo. Hubo que improvisarlo todo. Burdamente se confeccionaron las mitras, cortadas a tijera y cosidas con hilo apresurado, y las demás vestiduras sagradas necesarias. La consagración se llevó a cabo, naturalmente, según el rito de Trento. Eran las dos de la mañana bajo la bóveda fría y azul de estrellas de los campos cercanos a Utrera. Todas las jerarquías de la nueva orden cismática de los Carmelitas de la Santa Faz —hábitos de estreno, cabeza afeitada de fraile antiguo, también de estreno— estaban allí postrados ante el altar que culmina la suave loma de barbecho. Uno a uno, y todos a la vez, fueron recibiendo su dignidad de obispos los cinco hombres elegidos. De ellos, tres eran sacerdotes ordenados ortodoxamente tiempo atrás: el Padre Camilo Estévez, un gallego robusto y pálido, que un buen día llegó más bien atraído por la cu-



Los obispos Manuel Alonso y Clemente Domínguez, posan tras recibir su nombramiento.

riosidad desde sus húmedas tierras; el Padre Francisco, norteamericano de ojos claros, que otro buen día vino y se quedó dice que para siempre; y el irlandés Miguel, al que ocurrió tres cuartos de lo mismo que a sus colegas. Junto a ellos, recibiendo de la potestad de Pedro Ngo su flamante título de obispos, Clemente Domínguez y Manuel Alonso Corral, quienes habían sido ordenados sacerdotes en la ceremonia del 1 de enero; el primero ya superior de los Carmelitas del Palmar, y administrador el segundo. Su carrera eclesiástica había resultado fulminante. En sólo unos días habían pasado a ser, de simples hombres llenos de fe, a nada menos que obispos.

Las dimensiones del problema eclesiástico planteado eran enormes. La Iglesia, es natural, no admite y condena con las más fuertes penas canónicas estos ordenamientos y consagraciones. Los devotos del Sagrado Lugar, a los que se habían unido casi masivamente los devotos de todos los demás lugares de apariciones del mundo, dijeron que "ellos habían hecho lo que Dios les había ordenado", y se quedaron tan tranquilos. El arzobispo vietnamita, que llevó la mayor carga de responsabilidad de los hechos, declaró que no llegó a Sevilla casualmente, como la prensa había informado, sino cumpliendo órdenes directas del Sumo Pontífice Pablo VI. Y la gran masa católica de España y del mundo, estupefacta por la trascendencia de los hechos y desconcertada por los medios informativos, sólo hacía que preguntarse: ¿Qué está pasando en el Palmar de Troya?

De nuevo, la mano segura de Pedro Martín Ngo firmó las consagraciones episcopales sin ninguna vacilación:

"Igualmente doy fe de que en el día once de enero del año del Señor 1976 conferí el Episcopado, en el Palmar de Troya, a los siguientes prebiteros:

Reverendo Clemente Domínguez Gómez,

Reverendo Manuel Alonso Corral,

*Reverendo Camilo Estéve Puga, nacido en Maside (Orense),
D.N.I. n.º 34576182,*

*Reverendo Miguel Tomás Donnelly, irlandés, con pasaporte
D 13296, residente en Sevilla, y*

*Reverendo Francisco Bernardo Sandler, de los Estados Unidos
de América, con pasaporte Z 2258066."*

+

Palmar de Troya, vicus urbis Ulneroe, provinciae
Sevillae, Hispaniae. die duodecima Januarii, anni Dñi
millesimi nongentesimi septuagesimi sexti,

Ego, Petrus Martinus Ngô-dinh. Thuc archiepiscopus
titularis Bullae Regiae fidem facio quod die prima
Januarii anni millesimi nongentesimi septuagesimi sexti,
Concilio Consuevit, ordines minores atque majores (scilicet:
subdiaconatum, diaconatum et presbyteratum sequentibus
personis:

Clementi Domínguez y Gómez, nato Sevillae D.N. 1
nº 28279369,

Emmanueli Alonso Corral, nato in "Cabeza de Buey"
(Badajoz) D.N. 1 nº 1702964;

Ludovico Henrique Moulin, civi Franciae, commoranti
in Sevilla, inscripto in Consolato generali Franciae, in
Sevilla sub nº 50/74;

Francisco Coll civi Hiberniae, cum documento vulgo
dicto pasaporte F 196573, commoranti in Sevilla;

Pablo Gerardo Fox, civi Hiberniae cum "pasaporte"
F 19094, commoranti in Sevilla;

Fidem etiam facio quod die undecima Januarii
anni Dñi millesimi nongentesimi septuagesimi sexti,
Concilio Episcopatum in Palmar de Troya sequen-
tibus presbyteris:

Reverendo Clementi Domínguez y Gómez,

Reverendo Emmanueli Alonso Corral;

Reverendo Camilo Estevez Puga, nato in Maride
(Orense) D.N. 1 nº 34576 182;

Reverendo Michaeli Thomae Donnelly, civi Hiberniae,
cum "pasaporte" D 13296. Commoranti in Sevilla;

Reverendo Francisco Bernardo Sandler, civi statuum
Federationum Americae Septentrionalis (U.S.A)
cum "pasaporte" Z 2258066.

Fidem etiam facio quod illi Episcopus et Presbyteri pertinent ad Ordinem Carmelitanorum sanctae Faciei, fundatum Sevillae die vigesima tertia decembris anni Dñi millesimi nongentesimi septuagesimi ~~sexti~~.

Domus generalis huius ordinis est in via Redes N° 20 in Sevilla. Fundator et Pater generalis est Excellentissimus Episcopus Clemens Domínguez y Gómez

Propria manu et calamo hoc documentum subscribo ut omnes ecclesiasticos et civiles producat effectus.

Die duodecima mensis Januarii, anno Dñi millesimo nongentesimo septuagesimo sexto, et meum sigillum appono.

† Petrus Martinus. Ngô đinh Nhuc
archiepiscopus Billaegrae



Testes :

In linea quarta, ultimum verbum "sexti" - debet mutari in "quinti" : † T III. Ngô

Acta escrita y firmada por la mano del ex-Arzbispo vietnamita Pedro Martín Ngo.

Y para que a nadie quedase duda de la legitimidad de la reciente orden de los Carmelitas de la Santa Faz, añadió:

“También doy fe de que estos obispos y presbíteros pertenecen a la Orden de los Carmelitas de la Santa Faz, fundada en Sevilla, en el día 23 de diciembre de 1975, y cuya casa general está en la calle Redes número 20. Fundador y Padre General de ella es el Excelentísimo Obispo Clemente Domínguez Gómez.

En Sevilla se les han puesto las cosas muy difíciles a los responsables del cisma del Palmar de Troya. Los obispos y sacerdotes consagrados ilegalmente, en contra de todas las disposiciones del Derecho Canónico, han dejado de ser para la gente de la calle un mero hecho curioso y extravagante, y se han convertido en un acontecimiento molesto, al que todo el mundo ataca y critica. La difusión por todo el país, e incluso por el extranjero, mediante los medios de comunicación, ha hecho entrar en juego también opiniones que llegan desde todas partes. Los palmarianos están en la picota en cualquier sitio, pero sobre todo, en su tierra. En Sevilla ha surgido una campaña de animadversión, otra más, contra todo lo que tenga algo que ver con el Palmar de Troya, sus apariciones, sus mensajes divinos, sus éxtasis y sus cultos. El Consejo de Presbíteros de la Archidiócesis, que se reunió hace poco bajo la presidencia del Nuncio de su Santidad, manifestó —y así lo recogieron los diarios con grandes titulares— que lo que está sucediendo allí es un desdoro para la provincia. El Sr. Arzobispo, a su vez, ha recomendado a los fieles que se alejen del lugar de las supuestas apariciones (esto ya por enésima vez). Y a ello hay que sumar que la Santa Sede confirmó enérgicamente la excomunión a todos los participantes en las ordenaciones sacerdotales y en la consagración de los obispos, incluido el responsable máximo, el Arzobispo vietnamita.

La Casa Central de los Carmelitas de la Santa Faz, orden religiosa fundada también ilegalmente, en pleno corazón de Sevilla, a espaldas de la plaza del Museo, es para la mayoría de los vecinos, una casa siniestra. En ella habitan varios obispos cismáticos y un grupo de sacerdotes, cismáticos también, además de varios hermanos carmelitas nuevos, de reciente hábito y tonsura. Ante la puerta, con frecuencia, alguien derrama basura en prueba de su reproche. Es una casa típica de allí, con sus venta-

nas de rejas y flores, sus puertas verdes de madera, todo recién limpio, todo recién pintado por fuera. El interior está en obras. Albañiles y carmelitas trajinan con andamios y cemento escaleras arriba, escaleras abajo, de acá para allá, llevando a cabo las modificaciones necesarias para que lo que antes era una casa más, ahora pueda ser, con más verdad, llamado convento. En una de las habitaciones que rodean al patio pequeño, cubierto de cristales, se ha instalado la capilla, de altar antiguo, con velas de cera y muchas imágenes de santos polícromos de barro sobre repisas colgadas de la pared. Las dos plantas superiores tienen su acceso prohibido por un cartel que reza: "Privado."

Cuando visitamos la Casa Central de los Carmelitas de la Santa Faz por última vez, desde la calle se oía la campana, a cuyo son, los monjes acuden a la oración, o a comer, o se retiran a sus celdas. Había polvo y ladrillos, era natural, y los muebles estaban sucios y en desorden. Sobre un escritorio, muchas cartas llegadas de todas partes del mundo, esperaban la respuesta de una flamante máquina de escribir eléctrica. En el muro, presidiendo la estancia, una fotografía —la auténtica— de Nuestro Señor Jesucristo, extraordinariamente ampliada. "La hizo una judía conversa, que, al querer fotografiar el altar donde realizaba sus rezos, obtuvo, en vez del altar, esta imagen". La fotografía le fue presentada a la Virgen durante una de sus apariciones en el Palmar. "Es mi hijo —respondió, mientras la besaba—; es la auténtica fotografía de Jesús."

—No nos asustan las excomuniones —dijo el ya obispo Manuel Alonso—, más bien nos producen risa. Nosotros obedecemos las órdenes del Señor. El cisma, de verdad, lo han provocado ellos, ya hace muchos años, alejándose de la Iglesia, que ahora resurgirá con la fundación de nuestra orden.

—¿Son ustedes, entonces, unos reformadores?

—Exactamente. Esta será la gran reforma que la Iglesia ha venido exigiendo. De nosotros surgirá una nueva Iglesia, más robusta, más auténtica, la que fundó Jesucristo. Los obispos ortodoxos, vamos a llamarlos así para entendernos, nos repudian porque les resultamos molestos; pero el mismo Dios los ha excomulgado a ellos antes y muchas veces, precisamente a través de numerosos mensajes recibidos en el Palmar. Esto no ha hecho más que empezar. Tras las consagraciones de obispos realizadas,



Clemente Domínguez cae en éxtasis durante la celebración de su primera misa.

y las ordenaciones sacerdotales, siempre esperamos nuevos acontecimientos, nuevos e importantísimos. El mundo entero quedará maravillado. Nadie ni nada podrá detenernos. Tengan en cuenta que no es obra nuestra, sino obra de Dios.

—¿A qué tipo de acontecimientos se refiere?

—No puedo decirles más, sino que será algo grandioso.

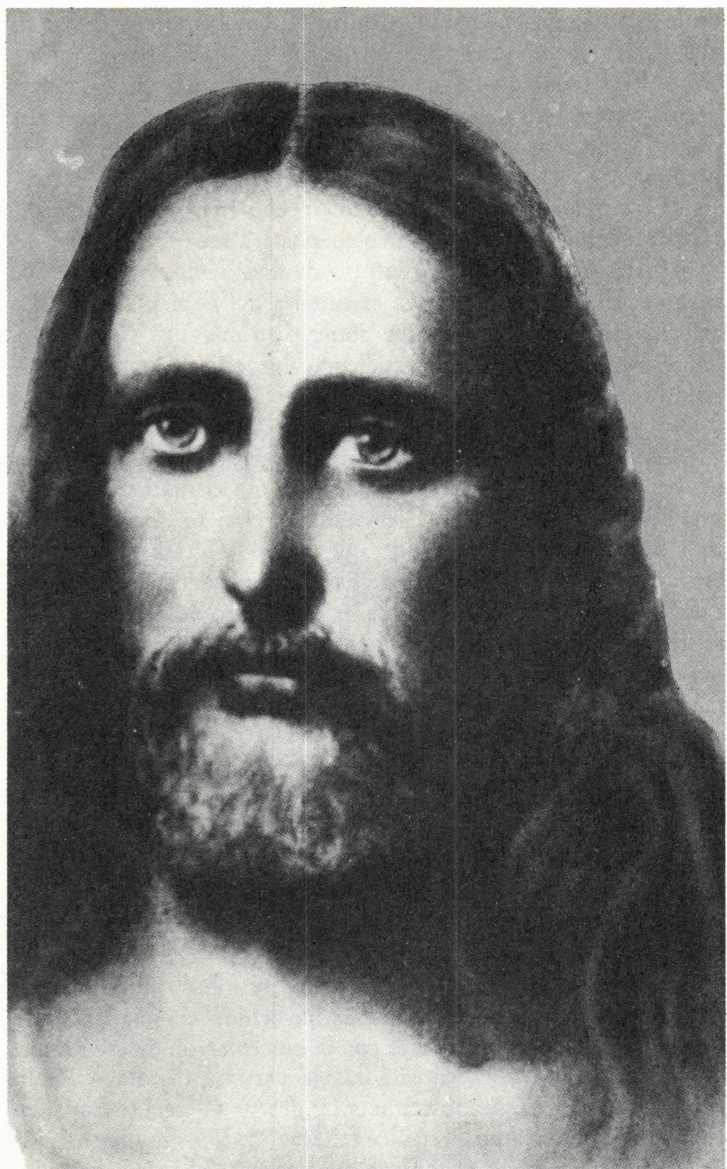
Manuel Alonso Corral y Clemente Domínguez Gómez son las cabezas del movimiento reformador, al igual que con anterioridad han venido siendo los protagonistas de los fenómenos sobrenaturales que acaecen en el Palmar. Astuto e inteligente el primero, en sus manos están las riendas de la organización. Enérgico y carismático, Clemente es el hombre que arrastra a la masa de devotos y quien recibe directamente de Dios, o de la Virgen, las órdenes pertinentes.

—Es difícil creer que Clemente dialogue con Dios o con la Virgen lo mismo que estamos hablando nosotros aquí ahora.

—Resulta difícil de creer porque no es frecuente —respondió Manuel Alonso—. Es evidente que nuestro Señor no se expresaría nunca en los términos llanos que aparecen en los mensajes, un poco vulgares. Lo que pasa es que estos mensajes son una traducción, totalmente fiel en cuanto a los conceptos y los juicios, aunque con las limitaciones lingüísticas debidas a la cultura del obispo Clemente, que no es muy elevada. Eso ha ocurrido siempre: Dios suele manifestarse a los humildes, a la gente sencilla y sin mucha cultura. Así ha sido y así será. Nosotros no sabemos Teología, pero sentimos a Dios y seguiremos sus mandatos, que es lo verdaderamente religioso.

—Se dice que ahora manejan ustedes mucho dinero.

—Y es cierto que manejamos dinero, aunque no tanto. Nos llegan sumas, algunas considerables, de todo el mundo. Y todo lo empleamos en la obra que Nuestro Señor nos ha encomendado. Ahora debemos construir el templo en el Palmar y necesitamos mucho dinero. Ya hemos comprado la finca, dos casas en el pueblo, y esta de aquí de Sevilla. Nadie tiene derecho a criticarnos por esto. No manipulamos los fondos que nos llegan: los empleamos según las necesidades y con el mejor criterio que podemos. Es un ataque ése muy fácil. ¿Qué ha hecho la Iglesia con el dinero de sus fieles a través de los siglos? El primero que comenzó los ataques contra nosotros fue un canónigo de la cate-



Fotografía de Jesús, que fue reconocida y besada por la Virgen.

dral, llamado Gil Delgado, a quien el Arzobispo envió al Palmar para hacer un informe de lo que allí estaba ocurriendo. Este señor llegó con una máquina de fotos, disparó unas cuantas veces y se volvió a Sevilla a los pocos minutos. Y luego nos puso de vuelta y media. Esto no es serio. En fin, que Dios le perdone.

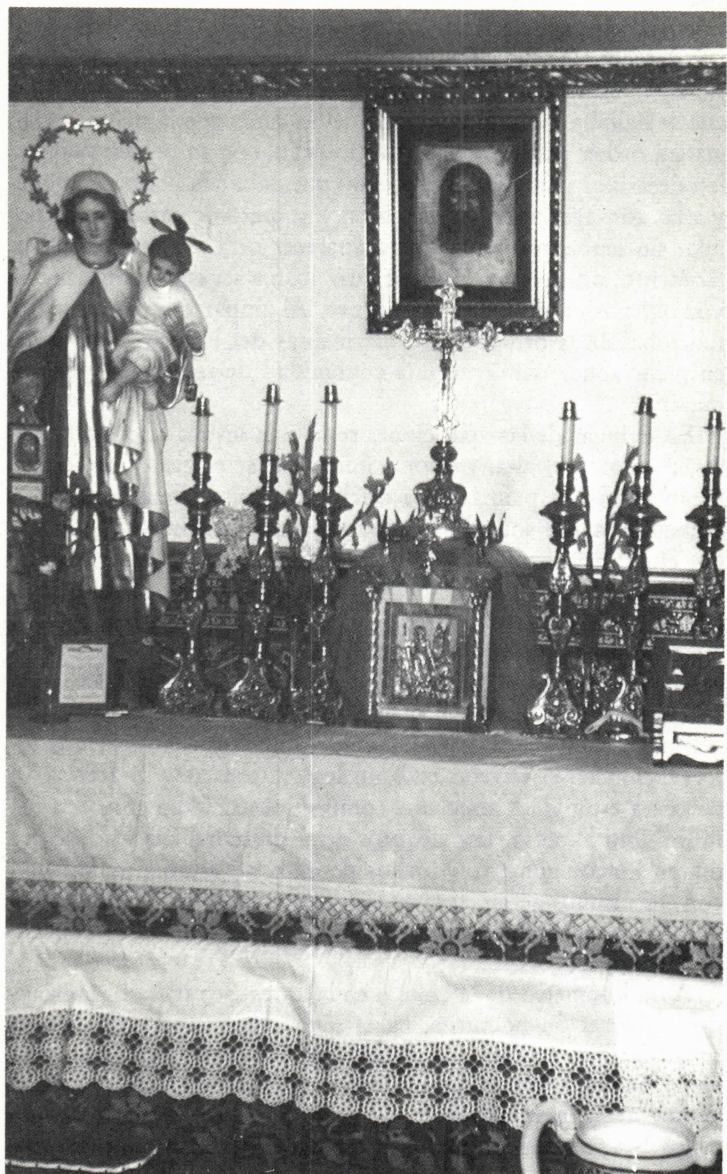
—El cisma, según usted, no ha hecho más que comenzar. ¿Cuáles serán los acontecimientos posteriores?

—El cisma continuará. Y no puede nadie imaginarse de qué manera. El Palmar de Troya es cátedra del Espíritu Santo. La reforma no ha hecho más que ponerse en marcha. Ya les digo, habrá muy pronto algo maravilloso, algo que dejará atónito al mundo entero.

No quiso Manuel Alonso revelar de qué se trataba. Pero ya corría por Sevilla el rumor: En el Palmar de Troya, quizá pronto sea nombrado un nuevo Papa, un Papa cismático también, que llevaría el nombre de Clemente. Ya el cielo, según sus últimos mensajes, viene avisando que Pablo VI está rodeado de enemigos en el Vaticano, que le hacen tomar decisiones equivocadas, y que, en ocasiones, actúa bajo el efecto de las drogas que le suministran sin su consentimiento. Por otra parte, si la reforma comenzada va a continuar, tiene que continuar en eso. Además, existe en la infancia de Clemente Domínguez un hecho que puede ser tomado como premonición, y al que hizo referencia Manuel Alonso en las cuartillas que escribió destinadas a este libro: Perteneció a la Consagración de la Santa Faz, que radicaba en la Parroquia de San Clemente, anexa a la Catedral, y que está presidida en su altar mayor por un lienzo de la Santa Faz y una imagen de San Clemente Papa. La Orden de la Santa Faz ya ha sido fundada. Sólo queda ahora, para que el rumor se cumpla, lo demás...

Sin embargo, los devotos del Palmar, y sobre todo los máximos responsables del cisma que se ha venido encima, incluido Clemente, no están conformes con la especulación de ese rumor. Afirman que son obedientísimos a la persona del Papa Pablo VI. No se oponen, no obstante, a la idea de Clemente Papa, en el caso de que el Sumo Pontífice faltara. "Si Dios lo ordena..."

Mientras tanto, el Arzobispo vietnamita se había esfumado. Parecía que se lo hubiera tragado la tierra. No aparecía en su re-



Capilla de la Casa Central de los Carmelitas del Palmar.

sidencia habitual de Roma, ni acudió al Vaticano, ni hubo forma de comunicarle formalmente que estaba excomulgado. Había opiniones para todos los gustos, pero la mayoría coincidía en que se hallaba escondido en una de las casas que la nueva y cismática orden posee. Pedro Martín Ngo, con su propio puño y letra escribió y firmó el documento que daba vía libre a la orden y a las consagraciones episcopales, y se quitó de enmedio. Se temía, sin embargo, que pudiera aparecer otra vez, en cualquier momento, porque, eso sí era seguro, iban a ser consagrados nuevos obispos en un plazo muy breve. Al amparo del documento funcional de la orden de los Carmelitas del Palmar, existen ya en pleno funcionamiento una comunidad de religiosas y un seminario.

En el lugar de las apariciones se habían instalado cuatro altares, rodeando el altar mayor y único que se erigió en principio. Cuatro obispos palmarianos celebraban misa simultáneamente en aquella tarde soleada de sábado, con su excomunión a cuestas, en latín y según la liturgia tradicional. Las cabezas tonsuradas brillaban con reflejos dorados. Cuando trazaban en el aire, con su mano derecha, el signo de la cruz, sus anillos episcopales recién estrenados, brillaban también. Arrodillados, los miembros de la orden de la Santa Faz asistían con una devoción total. No les importaba, ni a unos ni a otros, la prohibición de celebrar cultos allí, ni la excomunión, ni las amenazas de una intervención en el terreno civil, ni los curiosos que se acercaban con cara estúpida y temerosa, como si presenciaran una obra del mismísimo Satanás. Los devotos de siempre habían acudido ese día en menor número. Muchos de ellos no estaban conformes con los últimos acontecimientos ("Se han pasado"). No importaba, ellos estaban a lo suyo. Con fe de visionarios y con entrega.

A un kilómetro de la colina, en la aldea, se estaba organizando la adoración nocturna, en la que participaron todos en un rezo continuo que duró desde las diez de la noche hasta las diez de la mañana. Doce horas bajo el cielo frío, azotados por el viento de la madrugada y del sueño. Habían acudido, como todos los sábados, apóstoles e incondicionales de muchas provincias. También se veían automóviles con matrículas extranjeras.

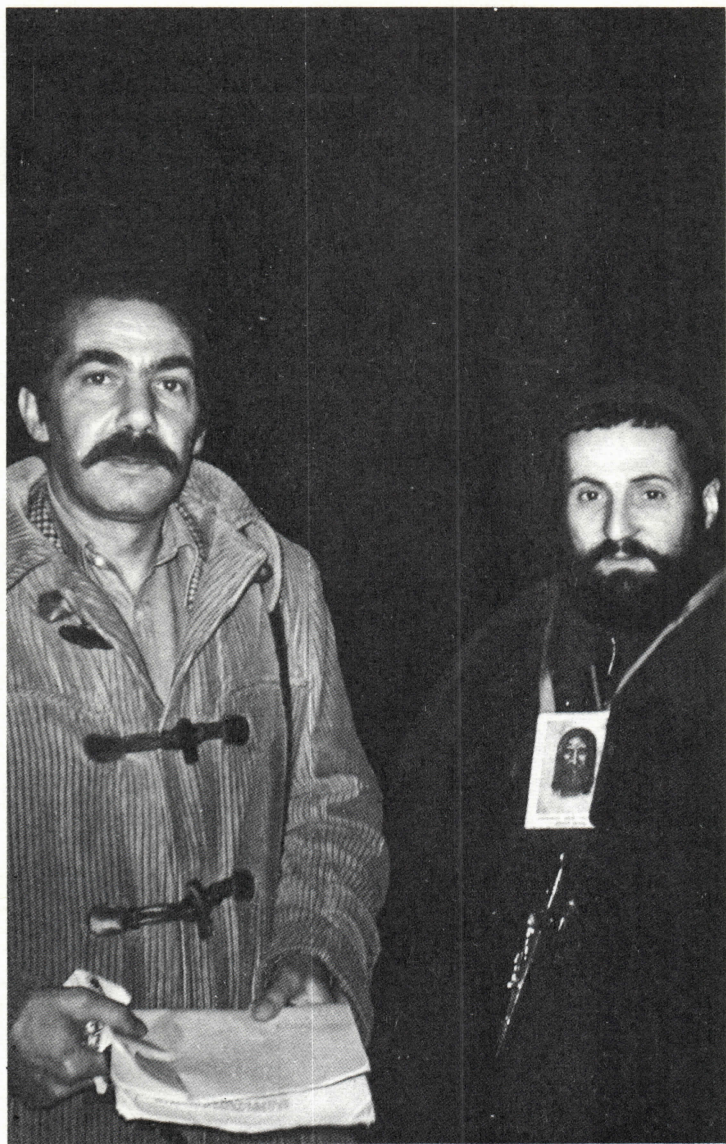


Sor Ramonina, antigua clarisa, Superiora de la Orden Religiosa Femenina.

En la comunidad femenina de la Orden de la Santa Faz hay hermanitas llegadas de muchos países, a las órdenes de la Madre Superiora, Sor Ramonina, que había decidido que la cena de ese día terminara con unos succulentos pasteles de pueblo. "Tengo a dos hermanas enfermas con gripe". Sor Ramonina es simpática y dulce como pocas. En la casa había un ambiente de fiesta y de alegría, mientras la cocina trabajaba a marchas forzadas. "A mí me llamó Dios directamente para esta misión, y me vine". En la casa de al lado, en el seminario, se forman muchachotes rubios y morenos, que hablan distintos idiomas, al compás de la batuta del obispo Francisco.

Cuando ya era casi de noche llegó al Sagrado Lugar de las apariciones Clemente Domínguez, con bonete rojo y aires de patriarca. Ya habían sido encendidas las luces eléctricas del monumento. Los obispos estaban siendo interrogados uno a uno y se les tomaban los datos de los documentos de identidad. A Clemente Domínguez también. Respondían a todo serenos y cordiales, superiores. Cuando Clemente guardó su documentación bajo el hábito marrón y la gran cruz que pende sobre su pecho, concluido el interrogatorio, dijo con suficiencia:

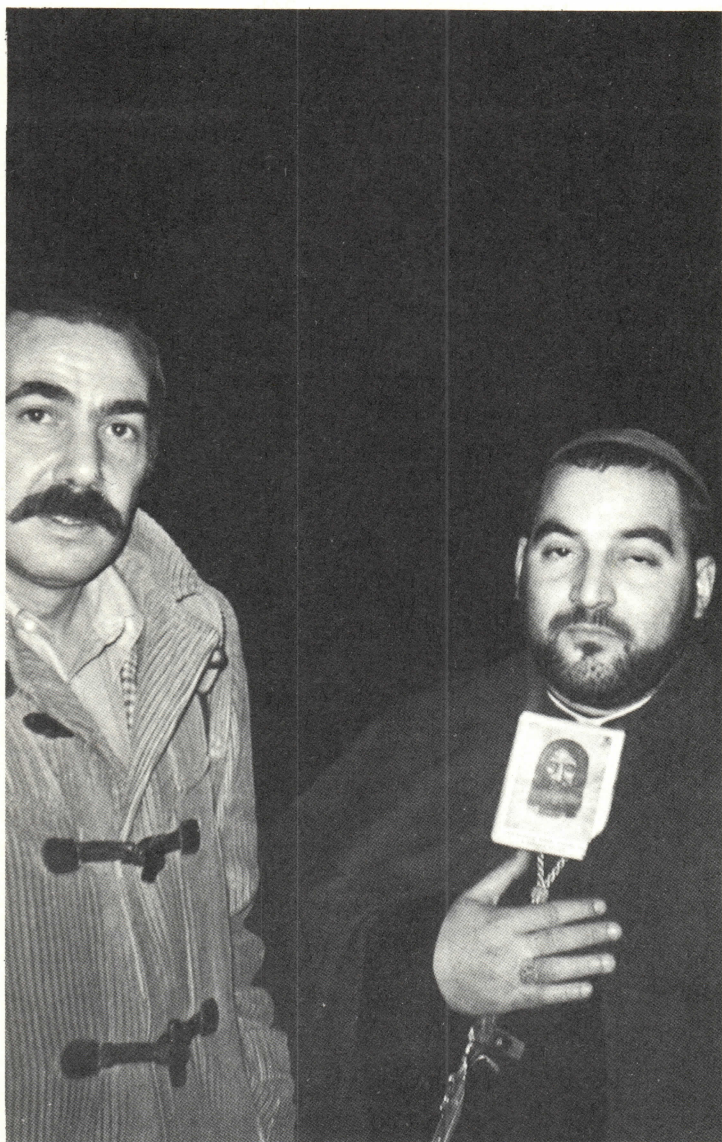
—Disculpen, debo prepararme para celebrar la Santa Misa.



Manuel Alonso Corral, obispo y administrador de los nuevos carmelitas, en el lugar de las apariciones, conversando con uno de los autores del libro.



Las Hermanas de la Santa Faz, en el interior de su convento.



Clemente Domínguez y Joaquín Gómez Burón, durante un breve descanso de la Adoración Nocturna en el Palmar.



EL CISMA A TODA VELA: CLEMENTE, ¿PAPA?

Las ordenaciones de sacerdotes cismáticos pertenecientes a la orden de los Carmelitas de Santa Faz, y las consagraciones de obispos, se vienen sucediendo vertiginosamente. Ya no es necesaria la intervención del ex-Arzobispo vietnamita, pues Clemente, el obispo Clemente, ha tomado las riendas palmarianas y ha asumido, por mandato del cielo, la potestad suficiente. El cisma más grande y sonoro del siglo XX ha soltado amarras y navega, viento en popa y a toda vela, por el inmenso océano de las confusiones y de las sorpresas. Las autoridades, y el pueblo religioso en su mayoría, no salen de su asombro, cuando se encuentran de narices con otro aún mayor. A las ordenaciones sacerdotales ilegales producidas en la madrugada del día primero de enero, y a las consagraciones de obispos relatadas ya, han venido a sumarse otras y otras.

La noche del pasado 27 de enero, a las once horas, del cielo estrellado del Palmar bajó un mensaje divino, escueto y firme, como todos ellos. Al día siguiente, cumpliendo el mandato, cuando llegaron de nuevo las sombras de la noche, seis sacerdotes más, recién salidos del seminario cismático de la aldea vecina, fueron ordenados por el obispo Clemente. Y, horas más tarde, ya en plena madrugada, la orden de la Santa Faz contó entre sus miembros, con tres nuevos obispos. Clemente —apeamos el tratamiento, entre otras razones, porque los mensajes divinos han recomendado que se les llame de “tú”, o simplemente “padres”— ha comenzado a conducir la más importante andadura palmariana. Los seis nuevos sacerdotes son también extranjeros: cuatro irlandeses, un francés, y un inglés rubio y guapo, si hemos de creer a las curiosas que acuden por allí. La mayoría de ellos ha cambiado sus apellidos por el nombre de la

orden en la que han ingresado, pero sus nombres auténticos son éstos: Luciano (francés), Vicente, antiguo sacerdote capuchino de cincuenta años (irlandés), Pedro, Ricardo y Pablo (irlandeses también), y el inglés Ricardo. Todos, de la Santa Faz. Los tres obispos, tres, son también extranjeros: Louis Moulines, francés, hermano de Luciano y ordenado sacerdote en la ceremonia del día de año Nuevo, que ha decidido cambiar sus pinceles de pintor bohemio en las orillas del Sena de luces maravillosas siempre por el pesado báculo episcopal ("He obedecido lo que Nuestro Señor ha ordenado"). Es un hombre de poco más de veinte años, delgado, muy simpático, culto e inteligente. Todo lo contrario a la imagen tradicional de un obispo. Su aire de bohemio no le ha abandonado todavía, y reza y ríe, ríe y reza, hora tras hora, teniendo sobre sus hombros, como única protección, la bóveda helada del firmamento del Palmar ("Esto, como veis, es una cosa de locos, pero de una locura divina y maravillosa"). Mauricio recibió su báculo después de haber llegado a la tierra andaluza procedente de los magníficos paisajes de Suiza. Y Pablo, el tercer obispo de esta consagración, es coloradote, fuerte y tranquilo, es irlandés.

Días después, más consagraciones y ordenaciones. Y más y más, en fechas posteriores, en un suma y sigue sin fin. A mediados de enero, el ex-Arzbispo vietnamita viajó por avión, vía Madrid, en cuyo aeropuerto fue reconocido en alpargatas y chupando de un soberbio puro. Atrás quedó la nueva obra en marcha, la confusión, el cisma, el caos religioso. Su misión por ahora ha terminado. Se encuentra ya en Roma, donde el consulado español le ha negado el visado para regresar a España. No podrá, por el momento, utilizar el pasaje de ida y vuelta que le fue facilitado en Sevilla. Y se desconocen los motivos de su proyectado regreso.

Sin embargo, antes de emprender su último viaje desde el aeródromo sevillano, entregó a los medios informativos una carta, que éstos no publicaron:

"En El Palmar de Troya, día 13 de enero del año del Señor, mil novecientos setenta y seis.

El último día del pasado año 1975, el cardenal de Sevilla envió por dos veces a la policía a la calle Redes 20 con el objeto



Louis Moulins, pintor bobemio de las orillas del Sena, ahora obispo en el Palmar.

de identificarme. También lo hizo en la Casa del Peregrino del Palmar de Troya, anotando los informes, también, de los ordenados sacerdotes el día 1.º de enero.

El mismo Cardenal de Sevilla envió después de la policía y al mismo domicilio del Padre Clemente, al cura párroco de la Magdalena, con una nota en la cual, dicho Cardenal de Sevilla, amenazaba con denunciar a Roma las Ordenaciones en el Palmar de Troya por la razón siguiente:

Que el Cardenal de Sevilla había condenado explícitamente y oficialmente los hechos del Palmar como cosas inventadas y falsas; en consecuencia, las ordenaciones en el Palmar serían condenadas.

El enviado del Cardenal quiso que yo entrara con él en la Capilla; el Padre Clemente pidió, entonces, mi autorización; le contesté que iba a leer en primer lugar la carta del Cardenal y daría después mi permiso. El enviado declaró que la Capilla no tenía autorización del Cardenal y dando la espalda al altar, inició la conversación. Una vez leídas las amenazas del cardenal, autoricé al Padre Clemente para que pudiera estar presente en la entrevista. Yo le dije al enviado: "Decid al cardenal que yo tomo mi responsabilidad de todo, delante de Dios y mi conciencia. Soy doctor en Derecho Canónico y conozco las consecuencias de mis acciones."

Entonces, él me propuso hablar por teléfono con el Cardenal. Yo le contesté que era inútil, porque el Cardenal había expresado todo su pensamiento en la carta; observé entonces, que dicha carta escrita a máquina no llevaba clara la firma del Cardenal de Sevilla, sino una muy difícil de leer. Le pregunté de quién era aquella firma y me respondió algo irritado que era la suya y no la del Cardenal. La carta no llevaba sello alguno. Le dije: "que ninguna prueba aseguraba que la carta venía del Cardenal" y mostrándole la puerta añadí: "puede Vd. salir de esta casa". Pedí al Padre Clemente que lo acompañara. Todo lo descrito sucedió en un plazo de cinco minutos.

La razón para prohibir las Ordenaciones en El Palmar de Troya se hallaba, para el Cardenal, en su condenación como lugar de culto. Esta razón no es válida, porque la condenación del Cardenal ha sido en contra de la ley natural y de la ley eclesiástica. Contra la ley natural, porque el Cardenal no quiso es-

cuchar a los testigos del Palmar: videntes —Rosario Arenillas, Padre Clemente, etc.— tratándolos de culpables y condenándoles. Esto es una cosa injusta que condena la ley natural humana.

También el Derecho Canónico tiene sus cánones, indicando cómo enjuiciar las faltas canónicas. Especialmente, hay que escuchar a los presuntos culpables. En este caso, el Cardenal no les ha llamado y, por lo tanto, la condenación del Palmar de Troya es canónicamente nula. En consecuencia, y dejando bien claro esto, yo no hice caso a las amenazas del Cardenal al no hacer nada que fuera contrario a la ley natural y la ley eclesiástica.

Después de las ordenaciones de los cinco sacerdotes efectuadas en la madrugada del 1 de enero del 76, se ha publicado en los periódicos una supuesta condenación de estas ordenaciones, indicando que todas las ordenaciones debían ser autorizadas por el Ordinario del lugar. Y como yo no le pedí autorización alguna, las ha declarado él ordenaciones ilícitas.

Ante todo ello y en defensa de mi manera de actuar hay que volver a los tiempos apostólicos. En ellos y en los siglos siguientes, los Apóstoles iban por todas partes predicando y ordenaban, ellos mismos, sacerdotes y obispos, sin el permiso de nadie, ni siquiera de San Pedro, el primer Papa. Así, San Pablo ordenó a Tito y Timoteo y ellos a su vez hacían lo propio. Y "tutti quanti". Mas después, para que la evangelización fuese más eficaz, los soberanos pontífices dividieron la Iglesia latina occidental en diócesis. Dentro de cada una de las mismas, el Ordinario del lugar, tenía y tiene derecho de controlar la predicación del Evangelio, la celebración de la Santa Misa y la de los Sacramentos... Y, naturalmente, el Sacramento del Orden.

Pero esta división en diócesis, esta jurisdicción de obispos (o no obispos, como por ejemplo, los Prefectos Apostólicos de los países en misión; los obispos antes de su consagración, como en el caso de los administradores apostólicos que ejercen las funciones de obispos sin estar consagrados), es por una ley humana y no divina; por una ley eclesiástica (como la de llevar tonsura, la sotana) que viene a ser inútil, incluso nociva y sin vigor en determinadas circunstancias: Por ejemplo, en nuestros tiempos, en lo que se refiere a la división de diócesis. El Cardenal de Sevilla no responde ahora al fin que se propone la Iglesia: la pre-

dicación del Evangelio, la formación de clero numeroso y con el debido celo, etc. Todo ello se comprueba, simplemente, si abrimos los ojos y vemos la crisis de las vocaciones, la crisis de la predicación evangélica, la apostasía de los sacerdotes, de religiosos... casados sin dispensa. Crisis que deplora abiertamente el Papa actual, Pablo VI.

Y todo ello justifica que la ley que prescribía la autorización del obispo ordinario del lugar, puede omitirse, pues éste no va a dar su autorización alegando motivos anticanónicos.

CONCLUSION: *Yo no he violado ninguna prescripción canónica, por el hecho de ordenar sacerdotes en el lentisco del Palmar de Troya, en la madrugada del 1.º de año de 1976. Con esto me parece suficiente para eliminar todo escrúpulo hacia los hechos del Palmar (Ordenaciones sacerdotales y después ordenaciones episcopales), y que, además, estas segundas no dependen del Cardenal, sino de la autorización del Papa (autorización concedida por él para la Iglesia latina occidental). Sin embargo, las Iglesias Ortodoxas Cismáticas, que no reconocen al Papa, sí reciben la validez de sus ordenaciones por él. En el caso de las Iglesias orientales unidas a Roma, el Papa aprueba las elecciones episcopales efectuadas por todo el episcopado de dichas Iglesias. Por ejemplo: la maronita, greca unida, ucraniana unida, etc. Esta aprobación y no autorización (léase Mandatum en latín) es la ley puramente humana y no divina; y puede seguirse o no, en circunstancias especiales, como en tiempo de persecuciones, ruptura de comunicaciones con Roma, etc. La ordenación episcopal, entonces, es válida y también lícita.*

Teniendo en cuenta estas circunstancias, en el caso de la consagración episcopal en el lentisco del Palmar de Troya, tenemos la aprobación del Santo Padre, Pablo VI. Por tal razón estamos en regla con Dios y con la Santa Iglesia. El Cardenal de Sevilla nada tiene que ver con ello.

Según la prensa, el Cardenal ha dicho que la Orden de los Carmelitas de la Santa Faz no está autorizada, que es inválida, etc. Sin embargo en la Iglesia hay proliferación de asociaciones religiosas espirituales, libres, sin aprobación eclesiástica y la Iglesia responde de una manera complaciente. La Iglesia no obliga a una autorización episcopal.

¿Y por qué el Cardenal de Sevilla es más riguroso que el Papa en esta materia? ¿Pretende tener derechos sobre una asociación privada, que reza continuamente por la Iglesia, por el Santo Padre y que hace penitencia?''

Todos los argumentos de tipo teológico y canónico que la Iglesia les echa encima son devueltos con gran fuerza, a modo de rebote, por los obispos palmarianos. "Lo mismo que todos estos obispos y clero que se llaman a sí mismos legítimos u ortodoxos, nos echan en cara, lo vienen haciendo ellos desde siglos. El Señor prefiere manifestarse a los humildes y sencillos, a los ignorantes como nosotros, y no a ellos; las apariciones y mensajes del cielo han sido admitidos siempre, sin discusión, por la Iglesia, cuando a ellos les ha convenido; estigmas y fenómenos místicos de todas clases los han padecido gloriosamente una larga lista de santos y santas, beatos y beatas; los templos, los palacios de los obispos también, las inmensas catedrales, los seminarios y todo lo demás salieron siempre de las dádivas generosas de los devotos. Y resulta que, ahora, nuestros estigmas son un camelo, nuestras visiones celestiales, una histeria o un fraude; y negociamos —no han podido decir que manejamos, o utilizamos— con donativos que entregan los creyentes en los fenómenos del Palmar, para levantar el templo que ha ordenado Nuestro Señor, y para sostener el seminario, y para los gastos necesarios de la orden y de los cultos. No nos están atacando limpiamente, no; claro, que de otra forma, difícilmente podrían hacerlo. No puede afectarnos una excomunión, ni unos ataques, que nos llegan de unos señores obispos que tienen muchos sitios por donde atacarles a ellos y que ya estaban previamente, desde hace mucho tiempo, y repetidamente, excomulgados por Dios, de una manera directa y rotunda. Estos prelados, obispos, arzobispos y leguleyos eclesiásticos, que tanto conocen de leyes y de cánones, parecen tener flaca la memoria cuando olvidan que el hecho de difundir, o permitir que se difunda la herejía, es ya en sí un motivo más que sobrado para la excomunión fulminante, sin ser necesario ningún tipo de proceso previo. De modo que la excomunión de ellos no puede afectarnos a nosotros, porque no tienen facultad para llevarla a cabo.

—Pero a ustedes los ha excomulgado la Santa Sede, es decir, el Vaticano, el Sumo Pontífice Pablo VI.

—Pablo VI ni se ha enterado del asunto —responden los obispos palmarianos por boca de su portavoz oficial Manuel Alonso—, porque está en el Vaticano, rodeado de enemigos, como encarcelado. ¡Pobre Papa, rodeado de herejes! Así no puede intervenir, como quisiera, en el gobierno de la Iglesia de Dios. Nuestro Señor, durante uno de los últimos éxtasis de Clemente, manifestó su deseo de que en el Palmar de Troya se forme un verdadero colegio episcopal, cuya misión será recibir a Pablo VI cuando venga.

—¿Pero es que esperan ustedes que Pablo VI se acerque hasta aquí?

—No sólo vendrá, sino que se quedará en este Sagrado Lugar para siempre. Así lo ha manifestado Nuestro Señor. Pablo VI gobernará la Iglesia desde el Palmar. Ha terminado la hegemonía del Vaticano.

—Ha dicho usted que los prelados ortodoxos son unos herejes; eso es muy fuerte.

—Todos no, claro, pero muchos sí que son unos herejes. O permiten que la herejía se esparza por ahí como los granos de simiente de una mala cosecha. Nosotros, los carmelitas del Palmar, hemos iniciado una reforma que no concluirá hasta que haya dominado el mundo entero. Y no tenemos miedo al fracaso, porque Nuestro Señor está con nosotros y nos guía por el buen camino.

Las declaraciones de los obispos palmarianos disipan, en cierto modo, las sospechas de que llegue a ser Papa Clemente; a no ser que Dios, en algún mensaje, opine lo contrario. Desde luego, lo que es seguro es que en el Palmar de Troya habrá un Papa pronto. Tal vez, a la muerte de Pablo VI, si las cosas no se complican más antes.

—En Sevilla, el día 2 de agosto de 1975 —cuenta Clemente—, en la capilla de nuestra casa, estando en oración ante el Santísimo, se me apareció nuestro Señor Jesucristo, lleno de luz y rayos luminosos. Primero me reprendió severamente, pues llevaba yo unos días de poco apostolado y poco testimonio. Me ordenó que me dejara la barba hasta nueva orden y a continuación, me comunicó lo siguiente:



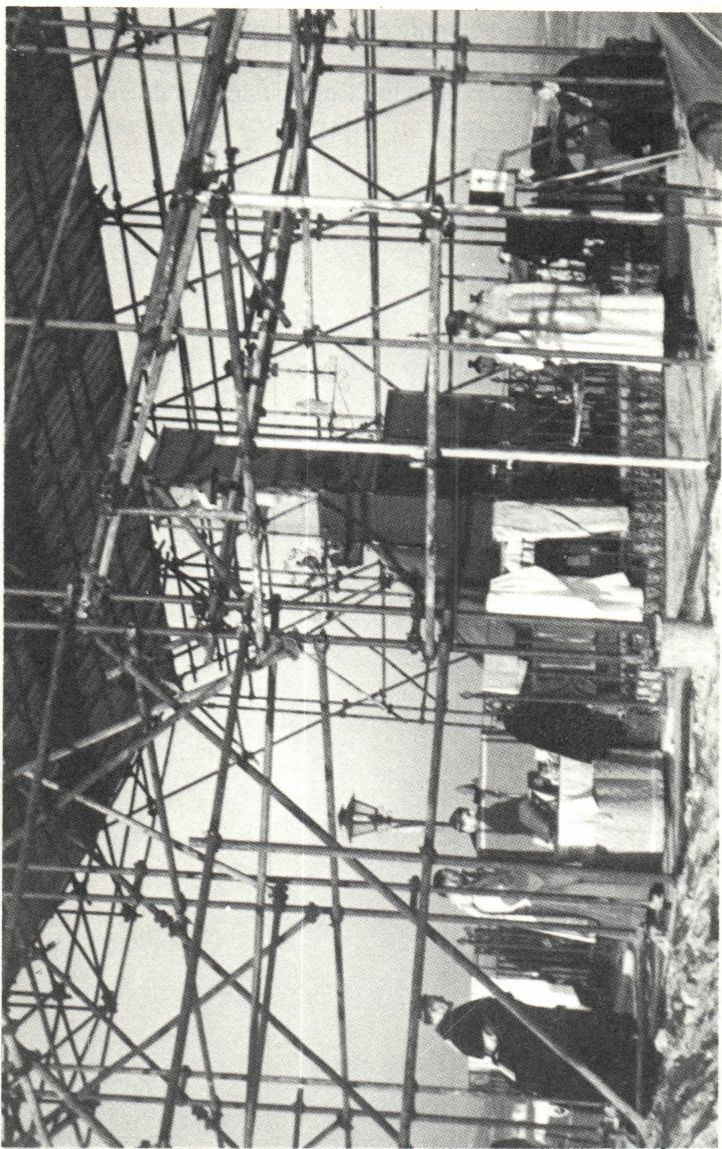
Una hermana de raza negra, llegada desde Canadá.

“A los Obispos y pastores de la Iglesia os doy uno de los últimos avisos, antes de que venga la gran catástrofe. Muchos estáis permitiendo que los lobos maten a las ovejas. Estáis permitiendo que la herejía entre en la Iglesia. Daréis estrecha cuenta de ello, muchos de vosotros seréis destituidos; separaré a los pastores de las ovejas. Sois los máximos culpables de que en España reine la herejía. Estáis ciegos”.

La consagración de los obispos cismáticos en el Palmar viene a llenar el hueco que esos obispos “herejes” están dejando en el cuidado verdadero de las almas. Todos los palmarianos que están empeñados en la tarea de reformar la Iglesia tienen fe en que, tras los muchos ataques que están sufriendo y tras el desconcierto —según ellos aparente— que están sembrando, el Palmar será, de ahora en adelante, el centro del Catolicismo y la salvación de la Humanidad entera.

Los últimos mensajes recibidos del cielo aseguran que el Sumo Pontífice abandonará el Vaticano y llegará a España, huyendo de los comunistas. Clemente ha visto, en uno de sus éxtasis, a Pablo VI salir aterrorizado del palacio del Vaticano y atravesar los Pirineos, para refugiarse en España. “Lo vi salir, pisando los cadáveres de los sacerdotes asesinados”. Los devotos del Palmar no saben con certeza si el Santo Padre fijará su residencia en el Palmar de Troya, aunque parece lo más probable. Algunos mensajes celestiales hablan también de la posibilidad de que el centro de la Iglesia, ya reformada y limpia de herejías, puede ser el Santuario de Nuestra Señora de la Cabeza, en la sierra de Andújar. “En este caso —dicen— habría que considerar como providencial que Franco lo mandara reconstruir, después de que fuera destruido durante la guerra civil.” La vidente palmariana, que oculta su verdadero nombre bajo el seudónimo de Mary Frack, nos ha comunicado: “Yo vi la salida del Papa huyendo del Vaticano hace ya varios años. Vi incluso su coche negro, vacío, a la entrada del Palmar.”

Las cosas se están complicando cada vez más. A la sorpresa de la puesta en marcha del cisma, le sigue ahora la duda del papel que en él desempeñarán cada uno de los que han participado y la incógnita del futuro de Pablo VI. Clemente ha manifes-



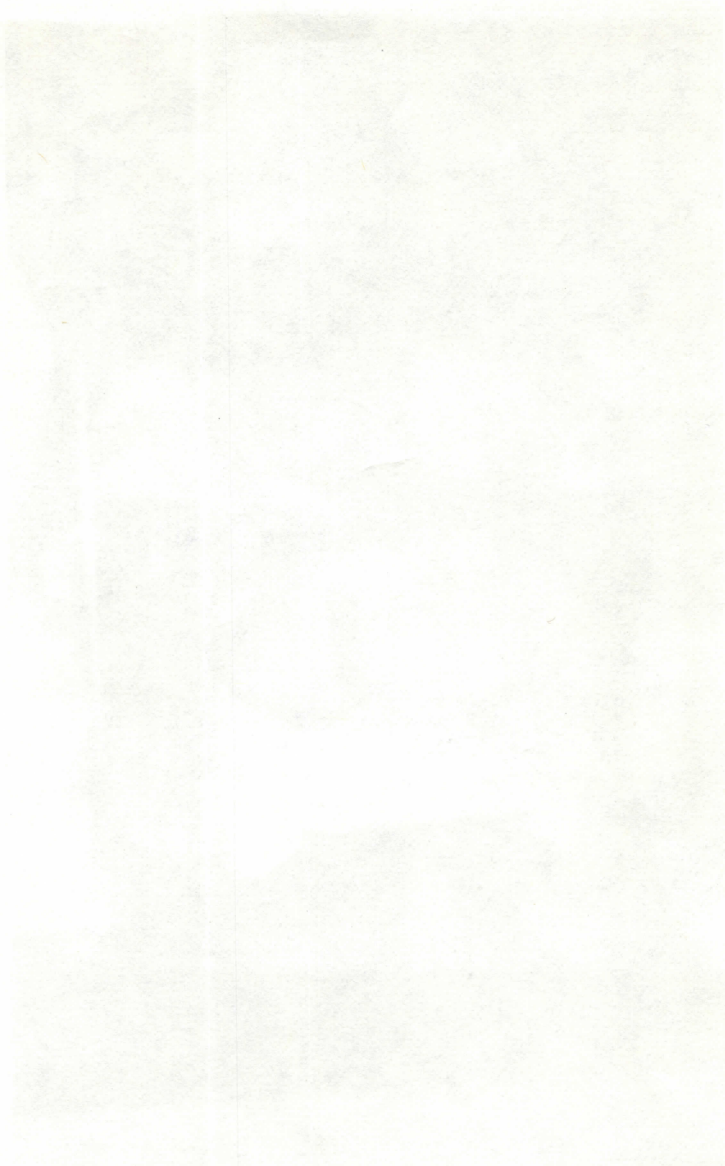
Varios obispos palmarianos celebran Misas simultáneamente, en el lugar de las apariciones.

tado que, si el Sumo Pontífice no lo acepta y remacha la excomunión, prescindirán de él.

Y sigue la cuenta, porque los acontecimientos, de verdad, no han hecho más que empezar a producirse. "Haremos lo que Dios nos ordene".



Clemente Domínguez, verdadero patriarca de la nueva Iglesia palmariana.



THE UNIVERSITY OF CHICAGO PRESS
CHICAGO, ILL. 60637

SUMARIO

Nota de los autores	7
Una primera visita al Palmar de Troya	13
Primavera de 1968: La Virgen se aparece y habla ...	35
Clemente, en el Palmar	53
No contesta el Vaticano	69
El pozo de los milagros	79
Dios pide un templo	95
Mística y sangre al 50%	101
Comuniones místicas visibles	117
El sol baila en el Palmar	123
Los recursos de Clemente	133
La voz del cielo	139
Viene el Apocalipsis	147
La de Dios en el Palmar: Estalla el cisma	169
Obispos a gogó	179
El cisma a toda vela: Clemente, ¿Papa?	201

